

PEDRO BALMACEDA TORO

(A. DE GILBERT)

ESTUDIOS I ENSAYOS

LITERARIOS



SANTIAGO
IMPRENTA CERVANTES
CALLE DE LA BANDERA, 73

1889



Teodoro Palma Cecilia Torres.

ESTUDIOS I ENSAYOS
LITERARIOS

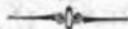


**El producto de esta edicion se ha cedido a beneficio
de la Liga Protectora de Estudiantes**



PEDRO BALMACEDA TORO

(A. DE GILBERT)



¡Morir!...

“¿Qué encuentra el hombre
Tras ese velo negro que separa
La luz de las tinieblas?”...

¿Acaso es verdad que todo concluye i se aniquila con la muerte?

¿Acaso es cierto que cuando las sensaciones del color i de la luz ya no vuelven a herir las pupilas; cuando la sonrisa por última vez se dibuja en los labios; cuando se apaga la postrera chispa que ardía en el cerebro; cuando en el instante misterioso de la

agonía, la esencia vital se desvanece; acaso es cierto que cuando tales cosas se ven i se palpan en un sér querido, todo está perdido para siempre?

¡Nó! que a veces morir equivale a renacer a la vida de los mas dulces afectos, del recuerdo perdurable que se guarda en lo mas íntimo del corazón, con el mismo respeto que rodea las reliquias en los santuarios sagrados.

Morir es a veces alcanzar supremas recompensas; purificarse dentro del crisol en que se funde i transforma la materia; es vivir en los dominios luminosos del espíritu; perpetuarse en la memoria de los que elevan el cariño a la altura de una relijion inviolable.

Felices los que así emprenden el viaje del mas allá, los que tejen por sus propias manos las coronas que han de envolver sus despojos en perfumes de eterna primavera.

*
* *

Le veo todavía como en la hora solemne de los mudos adioses, cuando me acerqué, sin hacer ruido, temiendo sacarle de un ensueño, hasta el borde de su lecho mortuario.

Su espaciosa frente parecía coronada por sus rubios cabellos; su hermosa cabeza sonreía, cual si ajitasen

sus nervios las gratas visiones de una juventud sin crepúsculo, iluminada por las medias tintas de las mañanas estivales.

Hubo un momento en que aquel cuadro me hizo el efecto de una ficción de la vida; creí ver que sus labios modulaban afectuosas palabras; que sus ojos parpadeaban i se fijaban en mí; toqué su rostro con indecible timidez; pero las lágrimas traicionaron mi aparente calma...

La fría realidad se imponía cruelmente i arrebatava mi fujitiva esperanza.

Solo entónces comprendí cuán de veras le quería; solo entónces pude medir la magnitud de aquella desgracia irreparable.

En breves instantes cruzó por mi imaginación la vida entera de mi amigo; i la recordé tan brillante i tan pura, tan exenta de toda humana miseria, que encontré pasajero consuelo i pude decir, con ese convencimiento que nunca engaña:

—Pedro, tú no has muerto; descansas de una labor que fué excesiva para tus años; renaces en las producciones de tu delicado ingenio.

Soi de los que piensan que la pasion debe callar i enmudecer cuando se miden las virtudes i merecimientos de los que han terminado la jornada del vivir.

Al trazar estas líneas, creo estar delante de un sepulcro recién abierto, en el cual las siemprevivas del cariño i la gratitud cubren aun el nombre inolvidable de Pedro Balmaceda i la fecha de su prematuro fallecimiento.

Seria obra estéril desfigurar cualquier hecho o realzar cualidades cuyo valor no puede ser puesto en duda ni por las exigencias del mas estrecho i envidioso criterio.

Me limitaré, pues, a procurar que la verdad mas severa, única base de la justicia póstuma, surja por sí sola, como emanacion de luz, para señalar las acciones jenerosas i las pájinas inspiradas de este jóven escritor.



¿Para qué indicar la fecha de su nacimiento i para qué averiguar el dia en que se eclipsó su existencia?

Vivió apénas veintiun años; no habia llegado al límite que las leyes asignan a la mayor edad; i, sin embargo, él era mucho mas que un jóven de privilegiada inteligencia, mucho mas que un hombre de verdadero

porvenir; porque a su edad, i en repetidas ocasiones, pudo escuchar los aplausos de éxitos tan envidiables como merecidos.

A los dieziocho años la fortuna comenzó a sonreirle; i nunca dejó de brindarle sus favores, hasta la hora aciaga en que su espíritu superior, sintiéndose agobiado en la estrecha prision que lo contenia, se elevó a las serenas rejiones de lo infinito, para satisfacer la sed de sus ideales.



I ahora, tiempo es ya de esbozar el retrato de Pedro Balmaceda Toro; de exhibir su vida como ejemplo i estímulo a los que luchan en el campo augusto de las letras, por conquistar laureles i renombre.

Desde su infancia dió a conocer las valiosas prendas que constituian el tesoro de su corazon i de su intelijencia.

Sin buscar excusa en los padecimientos de la traidora enfermedad que le ha llevado al sepulcro, se sometió con placer a un réjimen estricto de educacion, en los principales colejios de Santiago.

Sus dias de enfermo i sus horas de abatimiento fue-

ron dulcificados por los solícitos cuidados de su familia i por su afición a la música i el dibujo.

En ménos de seis años hizo con brillo poco comun, el aprendizaje de las humanidades.

Por inclinacion i temperamento, a la vez que miró con cierta distancia las lenguas antiguas, las ciencias físicas i las matemáticas, adquirió vastos conocimientos de historia, de literatura i de filosofía, sin descuidar los preceptos gramaticales de la lengua castellana i de otros idiomas modernos.

A la fecha en que obtuvo el diploma de bachiller en humanidades, o sea, cuando aun no contaba dieziseis años, se hacia notar entre sus maestros i compañeros, por la extraordinaria facilidad con que hablaba el frances i el ingles.

La lectura de *Los Novios* de Manzoni le hizo cobrar afición a la lengua del Dante i de Petrarca; i tantos i tan rápidos progresos realizó en este idioma, que, a la vuelta de pocos meses, traducía sin dificultad las obras de los mas insignes prosistas i poetas italianos, hasta el extremo de haberle oído recitar de memoria, largos fragmentos de las famosas canciones de Cárlos Frugoni i algunos delicados sonetos de Edmundo de Amicis.

A pesar de los elojios i alabanzas que tributaba a Heine, uno de sus autores favoritos, nunca se dedicó al aprendizaje del aleman; i, a este propósito, recuerdo que un dia le pregunté si pensaba estudiar ese idioma.

—Tal vez, me contestó; pero lo que le puedo asegurar es que si Schiller i Goethe hubiesen escrito versos mas armoniosos, mas eufónicos, tendria por ellos una admiracion mas profunda. Lo que a mí me atrae es cincelar la frase; i no conozco en la literatura de Alemania ningun Benvenuto Cellini del estilo.

Su idioma favorito era, a no dudarlo, el frances.

La razon de esta preferencia se imponia al examinar las tendencias de su espíritu.

Estaba persuadido de que la lengua castellana es la mas apropiada para ciertos jéneros, como el histórico, el didáctico, el filosófico i el de la alta elocuencia; pero, a su juicio, la lengua francesa es la única que se presta para espresar con brillo i novedad, todos los caprichos de una rica i fecunda imaginacion, la única capaz de traducir embriones de ideas.

En historia literaria habia hecho metódicos i dilatados estudios; i en ellos perseveró, con increíble constancia, hasta sus últimos dias.

Sin poseer, como he dicho, ni el griego ni el latin, conocia los mejores trabajos que se han publicado sobre crítica de las literaturas orientales i sobre las mas célebres obras de la literatura romana i helénica.

A este respecto, Pedro Balmaceda habria llegado a ser un erudito.

A todos sus amigos les sorprendia oirlo hablar, con igual suficiencia, así de la literatura hebrea como de los poemas sanscritos; de los orijenes del teatro antiguo como de las producciones de Shakspeare o de Molière; de Tácito o Suetonio como de Buckle o Macaulay; de los poemas del ciclo carlovinjio como de los cantos de Byron o Víctor Hugo.

Una tarde en que hablábamos de la antigua arquitectura del Indostan, me dijo:

—Las pagodas indianas se asemejan a los poemas de Vyasa i de Valmiki. ¡Qué hombres! agregó. Escribian millones de versos con la misma facilidad con que esculpian montañas para construir los templos dedicados a inmortalizar a Rama, el Dios jóven i bello, inspirador de las mas nobles pasiones i de las hazañas heróicas.

—¿Conoce usted, le interrumpí, las epopeyas sanscritas?

— Algo, me contestó. He leído, hace tiempo, un interesante estudio de Eujenio de Ochoa sobre el *Ramayana*. Últimamente he vuelto a hojear los trabajos de Revilla acerca de los poetas épicos de la India, i un libro de Luis Enault, que encierra preciosos datos sobre los dramaturgos de ese pais inverosímil.

Por estos detalles, que recuerdo entre muchos otros, se podrá medir su consagracion a los estudios literarios mas variados i completos.



Sus ideas filosóficas i relijiosas me fueron desconocidas hasta el año 87.

Solo una vez le oí espresar, en medio de alegre i animada charla, la opinion que le merecian los que alardean de libre pensadores.

— Desprecio tanto, decia, a los fanáticos como a los escépticos; pero me esplico mejor la sinceridad de los que dedican largas horas a la satisfaccion de sus deberes relijiosos, que la audacia de los que afirman que se puede vivir sin pensar en un Ser Supremo. Yo no pretendo, continuaba, darme cuenta exacta de la Divinidad; me limito simplemente a no erijir altares a la materia, a no confundir el destino con la

fatalidad, a pensar i creer en *Algo* — lei, principio o poder—que, en su mismo misterio, en su misma impenetrable oscuridad, me esplica, sin que pueda definirlo, la razon de ser de cuanto existe en el Universo.

La materia, repetia en esa ocasion, es mezquina, impura; i, sin embargo, hai quienes creen en la *inmortalidad de la materia*. Yo, que rindo culto a las mas grandes obras del ingenio humano, debo sentirme inclinado a creer en la *inmortalidad del espíritu*.

Por lo demas, i ya cercano el dia en que la muerte debió solucionarle muchas vacilaciones i dudas, revelarle quizás la verdad absoluta, él se sentia inclinado a aceptar los principios morales de Herbert Spencer, que lójicamente conducen a la relijion del deber: el hombre, en la medida de sus fuerzas, servidor i esclavo de sí mismo, de su familia, de su patria, i, en último término, de la humanidad.

*
* *

Al recibir de manos del rector de la Universidad el diploma de bachiller en filosofía, humanidades i bellas artes, Pedro Balmaceda Toro formó la resolucion, violentada despues por su delicadísima salud i sus tareas literarias, de dedicarse a la carrera del foro.

Inició, en efecto, con notable suceso sus estudios universitarios.

En Derecho Internacional, Derecho Natural, Economía Política i Derecho Público i Administrativo, se colocó al nivel de sus mas aventajados compañeros; i ello se esplica sobradamente, si se considera que, como alumno o como estudiante privado, con el objeto de profundizar sus conocimientos en esos ramos, se consagró a conocer las obras de los mas célebres tratadistas.

Pero el estudio de las leyes i del derecho tiene una faz poco simpática para los que no han nacido con inclinacion a la hermenéutica jurídica: el Derecho Romano i los Códigos.

Grandes atractivos ofrece, sin duda, la cultura de Roma en tiempo de Augusto, i el conocimiento de las obras de Plauto i Terencio, de Virjilio i Horacio, de Ciceron i Tito Livio, de Tácito i Juvenal; pero en cambio ¡qué triste es conocer algunas disposiciones de aquella legislacion que autorizaba a los patricios romanos para disponer en sus testamentos, que miles de esclavos envilecidos siguieran en pos de su féretro, sin mas esperanza, cuando no eran manumitidos, que la de ser arrojados a morir en la isla del Tíber, por el delito de impotencia o el de senectud!

Como base de la legislación comparada, se comprende la importancia del Derecho Romano. En este punto no hai discusión posible; i así lo estimaba mi amigo aun despues de haber estudiado el famoso libro de las acciones, que, por cierto, hace recordar el laberinto de la leyenda griega.

Es de imaginar, me decia Pedro, en vísperas de rendir exámen de la Instituta, que las leyes romanas han sido escritas en su mayor parte, con la punta de una espada. ¡Curiosa república la de los tiempos de Cayo Graco i de Mario, en que la plenitud de los derechos, el *optimo jure cives*, solo competia a quien estuviese en estado de llevar las armas!

Con el Código Civil, a pesar de la justa celebridad de que goza esta obra monumental, se renovaron para el jóven estudiante sus temores de no seguir la carrera que con tan feliz éxito habia comenzado.

La verdad de las cosas es que él estaba destinado a crear luminosas ideas i no a interpretar la intención de los legisladores, a producir páginas de esquisito arte artístico i no a concordar las disposiciones del Código Napoleón con las del Código de Bello.

A fines de noviembre último pude comprobar exactitud de esta afirmación.

Llegué una noche a su gabinete de lectura i le encontré estudiando el título del Código Civil relativo a las asignaciones forzosas.

Tan pronto como me vió ocupar un asiento, cerró el libro, tomó una hoja de papel i empezó a escribir al correr de la pluma.

A los cinco minutos me presentó una página que decia así:

¡Vencer mi afición a las letras i aprender argucias de leguleyo!

¡Cuestion considerable!

¡Esto no puede ser!

Cuando usted entró en mi pieza reñian descomunal batalla el artículo 1172 del Código Civil i la estrofa XI de las *Hojas secas* de Acuña, el inspiradísimo vate mejicano.

Lea usted, acuérdense de sus tiempos de estudiante i compare, por mas que el símil sea grotesco.

Leí el artículo que define la porcion conyugal, que habla del patrimonio de una persona difunta, del cónyuje sobreviviente i de su congrua sustentacion.

Ya no me acordaba de él, i a duras penas habria podido explicar lo que se entiende por congrua sustentacion.

Leí en seguida la estrofa del desgraciado poeta, en que lamenta los desdenes de la mujer amada:

"¡Cómo quieres que tan pronto
Olvide el mal que me has hecho,
Si cuando me toco el pecho
La herida me duele mas!
Entre el perdon i el olvido
Hai una distancia inmensa;
Yo perdonaré la ofensa;
Pero olvidarla. .. ¡jamás!

Recitamos despues el *Nocturno*, que parece escrito con lágrimas; i cuando concluimos la lectura de la dolora *Mentiras de la existencia*, una de las mas intencionadas composiciones del poeta-suicida, me dijo Pedro, con singular viveza:

—El abogado escluye al hombre de letras. Antes de los veinticinco años habré publicado dos o tres volúmenes; pero antes de esa edad no habré hecho ningun alegato de bien probado.

La muerte le hirió con alevosía, precisamente cuando soñaba realizar sus promesas i sus propósitos; pero como una débil compensacion, sale hoi a luz el primer tomo de sus estudios i ensayos literarios, que, por desgracia, es tambien el último volumen de sus interesantísimas producciones.

*
* *

Si yo no hubiese tenido la fortuna de conocer en la intimidad a Pedro Balmaceda, tal vez no habria podi-

do medir, en todas sus manifestaciones, el talento lleno de orijinalidad, de este jóven tan admirablemente dotado para las mas difíciles i delicadas lucubraciones del espíritu.

La primera vez que le traté, hube de quedar sorprendido de su precoz ingenio.

Era entónces un adolescente, que no podia tener mas de dieziseite años.

Su cuerpo indicaba un temperamento nervioso i una constitucion enfermiza, revelada al mismo tiempo, por el color blanco-pálido de su rostro.

Habia en su semblante las líneas mas pronunciadas de la simpatía i cierta espresion dulce e infantil.

En sus ojos, que nunca empañó la sombra de bochornosos deslices, se veia hasta el fondo de su alma, la que jamas dió acojida a odiosos rencores ni a bastardas miserias.

En sus labios vagaba siempre una sonrisa, de cariño el mas puro para sus padres, de afecto sincero para sus amigos, de confianza sin reserva para sus conocidos, i de consoladora esperanza para los que le debieron proteccion i favores.

Los méritos i tendencias de una persona se pueden conocer tanto por sus acciones como por el medio en que vive.

El que frecuenta los museos artísticos siente la pasión de lo bello; el que busca la fuente de la virtud en el corazón de la mujer honrada, es capaz de descubrir los sublimes secretos del amor; el que acepta a un amigo desinteresado para revelarle los misterios dolorosos de la vida, detesta el egoísmo; el que encuentra placer en la atmósfera viciada de las tabernas, es un sér inútil i despreciable; el que hace de la oscuridad su cómplice, para vengar una ofensa, es un hombre abatido i degradado.

El amigo, cuya fisonomía bosquejo en estas líneas, amaba la verdad, iba en pos del bien, hasta realizarlo, i soñaba, en sus juveniles delirios, con la contemplación de la belleza absoluta.

Lo incierto, lo falso, lo que alimenta la duda, eran otros tantos estímulos para sus poderosas facultades para su lójica sutil de investigador incansable.

Cuando sentía decaer su espíritu por los padecimientos de su enfermedad al corazón, le gustaba penetrar con el escalpelo del raciocinio, en el recinto de lo desconocido, hasta encontrar la razón de ser de las

acciones humanas; i llegar, por la via inductiva o de la deducción, a destruir los engañosos mirajes del error.

Esta medicina del alma la aplicó a menudo con éxito i hubo de procurarle, en muchas ocasiones, vigor i aliento para perseverar en la lucha que durante tantos años, libró con sus traidoras dolencias.

La bondad de carácter es tan atrayente como la inocencia de las mujeres hermosas.

Mi amigo creia lo mismo, i vivia persuadido, segun lo manifiesta en una bellísima página, «de que si el hombre es bueno, es porque nace de la mujer; i si es jeneroso i de ánimo levantado, porque en la madre, en la esposa, en la hermana o en la amiga, encuentra el amor, que dilata los horizontes de la felicidad, i el ideal, que hace posibles las mas nobles acciones.

¡El amor!

Pedro sabia comprenderlo i sentirlo.

A las niñas hermosas les pedia en uno de sus artículos «que llevasen siempre violetas en el pecho, promesas en la mirada i sonrisas en los labios.»

Incurriria en olvido si no afirmase que el eco de aquellas palabras fué escuchado, i que Pedro Balma-
ceda tuvo la dicha de ver, en un vaso de plata que adornaba su mesa de trabajo, muchas violetas, mensa-

jezas de los arrebatos inefables del cariño que sabia inspirar el jóven literato i el artista de corazon.

¡La bondad, la práctica del bien!

¡Cuántas veces le ví dar su óbolo a los mendigos; cuántas veces le oí espresarse con pena de los hogares sin lumbre, de las desnudeces que el frio martiriza, del hambre que hiela los labios i roba su calor a las venas; i cuántas veces tambien me habló de las recompensas con que soñaba su fantasía, para dar bríos i confianza a los que llevan en su cerebro el jérmen de ideas destinadas a señalar nuevos i mas felices senderos!

¡Sí! Él era bondadoso por naturaleza. Ambicionaba las magnificencias de los millonarios, de los opulentos, de los que pueden darse el placer de desparramar a su paso las riquezas; pero en su ambicion no daba acogida a mundanales caprichos ni a impuros deleites.

Habria aceptado una fortuna para enjugar las lágrimas de los que viven en la miseria, i para premiar, con la prodigalidad de los Médecis, a los poetas, a los pintores i a los músicos que sufren crueles pobrezaas i soportan, en medio de la indiferencia de las nulidades, la fiebre creadora de la inspiracion.

Lo bello le atraia i le fascinaba.

En las formas de la Vénus de Milo, interpretadas por su mirada de artista, veía el secreto del genio del hombre, que se eleva hasta la concepción de lo sublime.

En el ruido de los árboles, en el lenguaje de las olas, en el vuelo de lumínicos insectos, en el fulgor del relámpago, en la luz incierta de los astros que vagan en el espacio, en el ósculo de la esposa, en el andar vacilante del niño; en todo esto descubría su laboriosa i fecunda imaginación, las manifestaciones, discordantes, al parecer, pero eternamente armónicas i eternamente bellas, del genio de la Divinidad.



Era un artista, en la mas amplia acepción de la palabra.

Sin haber visitado los museos de bellas artes de los países europeos, hablaba con entusiasmo de los mas notables maestros de la pintura i la escultura.

Había leído i releído su valiosa colección de obras francesas sobre el arte antiguo i moderno; de tal manera que su opinión era la de una autoridad cuando se trataba de apreciar el valor de un cuadro, de una estatua o de una composición musical.

Ernesto Molina le enseñó a dibujar al lápiz i a la pluma i le dió algunas lecciones para la combinacion de los colores que se emplean en la pintura al óleo.

En las vacaciones de 1888 se atrevió a pintar unas cuantas marinas i paisajes, que, si eran defectuosos como estudio de la perspectiva, revelaban sus magníficas cualidades de colorista.

En el taller de Nicanor Plaza aprendió a modelar en greda, de lo cual me convencí viéndole hacer la cabeza del *Diógenes* de Puget i un pequeño bajo-relieve que representaba la *Libertad* de Ceribelli.

Dibujaba, pintaba i esculpía como un aficionado de talento i de esperanza.

Otro tanto se puede decir de sus conocimientos musicales.

Todos sus amigos le oyeron entonar con una voz afinadísima, aunque de poco volúmen i estension; i tocar en el piano, con refinado gusto, trozos de *Cármén*, *Mignon*, *Gioconda*, *Hebrea*, *Aída* i otras partituras.

En su gabinete de estudio habia tambien un testimonio elocuente de sus aficiones artísticas. Arreglado con gusto i orijinalidad, llamaba de preferencia la atencion por su escojida librería de autores contemporá-

neos, la mas valiosa que haya visto a ningun jóven dedicado al cultivo de las letras.

Tenia la pasion de los cuadros i las porcelanas; de las acuarelas i de las tierras cocidas; de las aguas fuertes i los grabados; de los tapices antiguos i de las curiosidades pompeyanas.

Para él, un autógrafo de los Goncourt, un busto de Carpeaux, un retrato de Carolus Duran, un boton de rosa, en el cual hubiese puesto sus labios una mujer hermosa i de ingenio, valian, por sí solos, mil veces mas que todos los efectos que se ocultan en los sótanos helados de los bancos.



Pedro Balmaceda — es necesario repertirlo—fué un artista, en la mas amplia acepcion de la palabra; i ello se prueba de un modo evidente, con la publicacion del libro a que estos renglones sirven de humilde i justiciero prólogo.

Niñas, que, a traves del prisma de vuestra immaculada inocencia, divisais la vida como entre cendales, leed este libro, cuyas pájinas tienen el perfume de las flores que acaricia el sol de primavera; leedlas i aprendereis, como decia A. de Gilbert, "a buscar, con la

sed de lo que no existe, el tesoro escondido de algun ideal», aunque mas no sea «la sombra de una sombra»... Recorred las páginas de mi amigo i os convencereis de que «es preciso amar i despues de haber amado, seguir amando siempre.»

Jóvenes tímidas, que temblais de emocion cuando se habla del aroma embriagador de los azahares i de la nube de sagrado incienso que envuelve a los que reciben las bendiciones divinas en las gradas del altar; tímidas i hermosas jóvenes, leed *La marcha nupcial* i luego sabreis que «la vida no es mas que un poema entre dos personas.»

¿Habeis leido las leyendas de hadas de Catulle Mendes, de Coppée o de Banville?

¿Sí?

Dedicad entónces algunas horas a los cuentos de A. de Gilbert, en que el estilo parece morisca filigrana, tejida por los dedos de alados artífices; i decidme en seguida, si este libro no encierra tantas riquezas como los joyeles de un nabab.

No lo pongais en duda; que muchos de sus artículos hacen pensar en la paleta de Corot, la de suaves i poéticos tonos, la de luz paradisíaca.

Uno de los cuentos coleccionados en este volúmen comienza así:

«Las flores que tiemblan con el aire; las rosas hechas con palideces de aurora i frescura de nieve; las espigas i las clemátides de ópalo; los lirios de los valles, que sirven de cajuelas perfumadas al rocío de la noche; los nardos, en donde guardan las mariposas sus suspiros; las margaritas de color de cielo i vaguedades azules de zafiro; las esmeraldas floridas; i vosotras, ninfas de los bosques, que bañais vuestros cuerpos en agua de luz trasparente i sonrosada...»

A qué fin llevarian otras citas por el estilo de la anterior, cuando todos han de admirar el manto de damasco, tapizado de piedras preciosas, con que Pedro Balmaceda sabia adornar i vestir las ideas orijinalísimas de su deslumbradora fantasía.

Su pluma de oro no solo tejia encajes i finas tapicerías orientales; no solo conseguia engastar rubíes i diamantes; que, cuando él lo queria, espresaba su pensamiento con la concision i profundidad de los axiomas filosóficos.

Hablando de las pasajeras alegrías de un enfermo, dice en uno de sus mejores cuentos:

«Aquello era vivir engañando con risas; detras de la máscara brotaba el llanto.»

En un artículo bibliográfico, destinado a elojiar los *Abrojos* de Ruben Darío, sintetiza de este modo su juicio sobre el aplaudido poeta de Nicaragua:

«Es Bécquer, con el cielo de Sevilla; es un poco de Musset, con la tristeza aristocrática del *faubourg Saint Germain*; es Leopoldo Cano, es Bartrina, es Heine, el único que ha tenido el cielo entre sus brazos, el único que ha acariciado a los dioses, que ha vivido en el Olimpo i que ha sufrido grandes contrariedades, a la altura de su jenio i de su desgracia.»

En una de sus críticas de teatro, hablando de la famosa escena de los sepultureros del *Hamlet*, se espresa en estos términos:

«El protagonista contempla a aquel cuadro con la mirada oscurecida. Coje un cráneo, lo limpia con su capa i observa los huecos donde palpitaba la vida joven i espléndida.

«Es el fin de la comedia, de esta buena mascarada, donde todos desempeñamos algun papel.

«La tierra se nutre con la ceniza de todos los que vuelven a ella.

«En el sepulcro se confunden los jenios i los imbéciles.»

Despues agrega, con la desnuda verdad de una sentencia:

«La igualdad de la tumba, el anónimo mas cruel de la vida.»

Es imposible decir mas en ménos palabras.

¿Hasta dónde pudo haber llegado este jóven escritor, que a los veintiun años, débil i enfermo, daba a luz pájinas que firmarían muchos autores de notoria celebridad?

No sabia responder; pero me siento inclinado a decir que A. de Gilbert, siguiendo en sus estudios i en sus escritos una marcha progresiva, habria sido en pocos años, un hombre de letras de reputacion americana.

Su talento i su ingenio eran inagotables; i se manifestaban de igual manera, en la charla familiar, en sus cartas i en los artículos que daba a las columnas de los diarios.

Me bastará copiar algunas de sus cartas o fragmentos de ellas, para comprobar esta asercion.

Una de las últimas correspondencias que recibí de él dice, copiada a la letra:

«Desde que llegué a Viña del Mar he vivido con la preocupacion de hacer algo para la prensa.

«Han pasado los dias i me encuentro aun pensando

en lo que he de escribir, sea cuento, crítica o qué sé yo...

«Pero es el caso que mi salud, que se ha mejorado notablemente, me ha dado la huelga necesaria para gastar las horas en la mas deliciosa pereza, leyendo algunos libros i tejiendo, con afan incansable, en la rejion de los grandes sueños, mi tela de Penélope...

«I aquí me tiene usted, como el primer dia, respirando los aires de mar que suelen llegar hasta mi pieza, desidioso, indolente i con el alma plagada de recuerdos.

«Me leí *La Puchera* de Pereda, que no vale lo que podia esperarse de un autor tan afamado; una novelilla mediocre de Theuriet i el último libro de Drumont, el autor de *La France Juive*.

«Sabrá usted que hace poco tuve el gusto de recibir una obra de Hostos,—*La Moral social*,—precedida de una amabilísima dedicatoria, que me honra en alto grado.

«Como usted comprenderá, merecer alabanzas de Hostos, satisface.

«Hoi, infaliblemente, si no me viene algun contratiempo en la salud, algun dolorcillo al corazon, cualquiera de estas pequeñas menudencias que me asesinan el ánimo, me pondré a escribir un cuento.

«Tengo el cerebro que rebalsa; la copa está llena; i

quiero gastarme, por via de hijiene, con un poco de literatura.

«¡Ah! otra de mis preocupaciones es edificarme un rinconcito. Si mi padre persiste, como creo, en adquirirme una pequeña propiedad, pienso levantar una *casuca* para mí i mis amigos, a mi gusto, donde pueda retirarme cuando me asedien los nervios i se me enturbie el ánimo.

«Estoi convencido de que mis enfermedades son, en gran parte, provocadas por la vida de ciudad, es decir, la neurósis que producen la falta de horizontes, las altas paredes, las calles adoquinadas; i luego, despues, el trabajo de todos los dias; i mas allá, para los que principian como yo la lucha de la vida, aquella ansiedad incansable del mañana, nunca satisfecho, siempre aguardado.

«Componga, junte usted todos esos detalles i tendrá el enigma de muchas molestias i de muchas incertidumbres.

«He adquirido los planos de un *casuchin* encantador i que vale mui poca cosa.

«Es indudable que el campo dará vigor a mis nervios i fortalecerá mi espíritu.

«Pienso llevarme mi pequeña biblioteca i mi pobre galería.

«Arreglaré todo aquello del mejor modo posible. Unos cuantos árboles al rededor de mi estancia; amigos cariñosos que me acompañen de cuando en cuando; una taza de café despues de la comida; la charla, mis queridos libros, mis proyectos literarios...; pasar así algunos años, tratando de formar mi peculio; i en seguida..... atravesar el Rubicon, amigo mio.

«Sin independencian no se consigue la personalidad que afirma la libertad de la vida. Los mejores talentos de este mundo se pierden, ahogados por la *miseriua*, como dice un escritor español, quien disminuye el sustantivo para que no cause terror a los que empiezan la jornada.»

Estoi persuadido de que en sus cartas se retrata de cuerpo entero. Cuanto yo dijera sobre su carácter, sus gustos i sus aspiraciones, seria pálida espresion de las cualidades i anhelos de su alma.

Por eso he de transcribir algunos otros fragmentos de sus interesantísimas epístolas.

Con motivo de la muerte de don Miguel Luis Amunátegui, me escribia el 23 de enero de 1888:

«¡Qué triste pérdida para el pais!

«Lo mata el pensamiento. Ha caído abrumado por el trabajo; se le han venido encima las ideas, aplastándolo.

«No se puede soportar por muchos años eso de llevar en la cabeza la cosecha de medio siglo de labores intelectuales.»

Al día siguiente de aparecer en *La Tribuna* su notable artículo titulado *Un naufragio*, le felicité de todas veras, enviándole a Viña del Mar unas cuantas frases afectuosas i todos mis aplausos.

A vuelta de correo podia leer la siguiente respuesta:

«Hoi en la mañana me levanté agradablemente sorprendido con una carta suya.

«Me da usted un juicio tan halagüeño acerca de mi artículo, que me ha envalentonado sobremanera.

«Usted no se imagina el bien que hace un estímulo sincero.

«Si no fuera que me siento resfriado i con la cabeza mui pesada a causa de una lijera fiebreçilla, le aseguro que hoi mismo me pondria a trabajar en una *japonisería*, algo así como una exhibicion de abanicos i quitasoles cubiertos de flores de loto, i de transparentes pintados a la acuarela, con la punta del ala de una golondrina.

«Quiero apurar el color, pero en sus tonos mas suaves; quiero escribir a lo Watteau, si es admisible esta manera de decir.

«Hé aquí la *japonisería* en cuestion; le doi puramente un bosquejo a grandes rasgos.

«La emperatriz del Japon se muere de nostalgia entre sus monstruos de bronce.

«Para divertirse un poco le da de puntapiés a sus mandarines i bonzos, i quiebra sus abanicos en las narices de sus damas de honor.

«Está celosa de unas Vénus que el emperador ha hecho traer de Paris; desea parecerse a ellas, tener los mismos perfiles griegos.

«Hace venir a su pintor favorito, un notable artista, que con una pincelada bosqueja un horizonte i con unas cuantas manchas de espátula, dibuja un pavo real.

«¡Que me hagan mi retrato!—dice la emperatriz.

«Segundos despues, aparecen los acentos circunflejos, los tonos de ámbar quemado, las palideces cerosas de su fisonomía, realzada por el oro i el rubí de su trajes.

«Un verdadero ídolo de marfil!...

«¡Qué horror—esclama—esa no soi yo!

«I el pintor favorito es azotado con látigos de piel de culebra.

«Al pasar por donde están las Vénus parisienses, el pobre artista esclama:

—«Los demonios quieren ser dioses...

«Al dia siguiente la emperatriz no siente celos i se entretiene en dar de puntapiés a sus mandarines o en ju-

gar con sus babuchas de seda, color garganta de paloma atornasolada.

«No se hacen Vénus con el marfil de los ídolos.

«Ese es el cuento, que le envío en esqueleto.

«Cuando esté terminado tendrá su poquillo de intencion.

«¿Tiene orijinalidad?

«Usted contestará por mí.

«Proyecto ademas algunos cuadritos sueltos, que pienso publicar en un solo cuerpo; cinco o seis, a manera de bosquejos, tomados del natural; pequeños paisajes, hechos a grandes pinceladas.

«En ellos concentraré mi estilo para acostumbrarme a describir.

«Despues vendrá lo demas, cuadros con figuras, por ejemplo: *Un matrimonio en dia de lluvia, Una escena en la Alameda, Un taller de escultura.*

«Todo esto dentro de los límites de la verdad, observada i sentida.

«Intentaré escribir de modo que las cosas salten a la vista i sean palpables, si es posible.

«Estoi convencido de que fuera de lo que *se ve*, no hai camino seguro. Lo demas es andar haciendo equilibrios con las frases, buscar cadencias i rimas, como le sucede a tantos que se baten con los pinceles, sin mi-

rar un modelo, i hacen verdaderas mezcolanzas de colores.

«En el dia es preciso dejarse dominar por la verdad i rechazar todo adorno excesivo, a fin de abarcar el conjunto del modo mas neto i preciso.

«¡Ah! Usted cree que algun dia puedo tentar la novela.

«Qué conciencia he de llevar de lo que es la observacion física i psicológica.

«En fin, me emplazo para los veinticinco años.

«Antes, por nada.

«I para concluir:

«¿Ha llegado a la «Ville de Paris» algo nuevo de Daudet, de Pierre Loti o de Paul Bourget?»

¡Los veinticinco años!

Se imaginaba llegar a esa edad i poder celebrar el vijésimo quinto aniversario de su nacimiento con la publicacion de una o dos novelas, de un volúmen titulado *Cuentos de primavera* i de un estudio crítico de las principales galerías de pintura que existen en Santiago.

Sus mejores planes, la mayor parte de sus proyectos, los destruyó la mano implacable de la muerte.

Salvaron, sin embargo, del naufragio de sus esperanzas, las hermosas pájinas de este libro i muchas otras

que no se ha creído prudente publicar, pero que son de muchos conocidas i que señalan su carrera brillante de diarista.

Amaba la profesion del periodismo i miraba con simpatía a los jóvenes bohemios que hacen en él sus primeras armas i ganan, en lucha ardiente, sus primeros laureles.

En la prensa, llegó despues de una jornada en que cada uno de sus pasos recuerda una victoria, desde el puesto de crítico de teatros i de bellas artes hasta el de redactor político.

La Época de Santiago fué, en los primeros meses de 1887, el escenario en que se dió a conocer ventajosamente como polemista acerado i de fina i vigorosa dialéctica.

Sus artículos de controversia política tienen mucho del laconismo, de la frase nerviosa i del argumento inesperado, que caracterizaba la pluma del mas distinguido de nuestros diaristas, Justo Arteaga Alemparte.

* * *

Inútil seria que entrase yo en un análisis escrupuloso de las cualidades mas resaltantes de A. de Gilbert, como artista literario.

Prefiero detenerme aquí i no hablar mas de su talento, de su inventiva, de su orijinalidad, del brillo i poder de su imaginacion; ya que nada es dable añadir al juicio, en alto grado honroso, que emitieron nuestros principales órganos de publicidad, al dar la triste nueva de su inesperado fallecimiento.

Ha llegado el instante de poner término a este bosquejo biográfico, cuyas líneas han sido dictadas por el mas lejítimo cariño; pero ántes de sellarlo con las lágrimas de la gratitud, que se debe a los amigos cumplidos i jenerosos, me será lícito repetir, con cuantos conocieron i estimaron a Pedro Balmaceda Toro:

—Jóven escritor, tú no has muerto; descansas de una labor que fué excesiva para tus años; renaces en las producciones de tu delicado ingenio.

M. RODRÍGUEZ MENDOZA

Santiago, agosto de 1889.



PRIMERA PARTE



❖ H A M L E T ❖



I

NOS encontramos en presencia de uno de esos tipos humanos, que resumen en sí toda la multiplicidad, todo el conjunto de una naturaleza enferma, sombría. Pertenece Hamlet a ese círculo de personas que entran al mundo por *la ancha puerta de los dolores*, como dice Balzac. Nacen con el jérmén de su propia desgracia, desarrollan su espíritu en la meditacion; el mundo les ofrece todos los puntos oscuros; la vida sus mortifica-

ciones, sus inconsecuencias, sus lados desagradables, porque nada hai bueno o malo sino en fuerza de nuestra fantasía, i aquellos que educan su alma en la observacion de las flaquezas i debilidades de los hombres, llegan a formarse un concepto errado del mundo; solo ven las ironías de la suerte, las desmedidas ambiciones de los unos, la perversidad de los otros, i juzgan que en la tierra no hai hombre que sea honrado ni mujer en quien pueda depositarse la confianza, porque la traicionaria su fragilidad o su virtud.

Esta lucha entre las facultades morales i las inclinaciones, orijina un desequilibrio que por lo jeneral lleva a la melancolía. Los sentimientos, las pasiones se desarrollan en abierta contradiccion; la bondad, que es el instinto primitivo, se apaga con el escozor de la duda; la fe se cambia en descreimiento; i todas las enerjías del individuo, toda la sávia de la juventud que nos impulsa a luchar, se apagan, se aniquilan, anuladas por esa fuerza negativa del desaliento. La vida, en esos casos, se reduce a la simple accion de los nervios, miéntras el espíritu cava dentro de sí mismo, la sepultura de sus propias ideas, de su propia voluntad. Es el *dejad hacer* del filósofo.

Hamlet es uno de esos enfermos que sin llegar

a la locura, pesquisan tan íntimamente su propia naturaleza, que se abisman en su observacion i pierden el hilo del raciocinio. Esa ironía mordaz de su palabra, ese descoyuntamiento de sus ideas, se encuentran íntimamente relacionados con su carácter neurótico i soñador. Hamlet tiene las asperezas de un apóstol i las debilidades de un hombre de nuestro siglo, en que se contradicen sus facultades i sus enerjías.

Hamlet es, pues, no el símbolo de la locura, sino un hombre de nuestra época, educado en las decepciones de la vida, ajitado por las debilidades de su espíritu, por las inconsecuencias de su carácter, por los detalles infinitos de su propia naturaleza, de la naturaleza humana, que ha hecho de los hombres criaturas apasionadas, capaces de grandes acciones, de vastos pensamientos, pero susceptibles a la vez, de odios, de rencores, de venganzas terribles, de todos los defectos inherentes a nuestra condicion.

Se ha criticado a Shakespeare que haya atribuido a su personaje tanta indecision, tanta debilidad.

Si nos encontrásemos en presencia de un héroe de las antiguas tragedias griegas, sin duda alguna que solo veríamos la nobleza de sus intenciones,

la decision en sus actos; i en la hora de la venganza, la ceguedad terrible del odio, la enerjía implacable de los semidioses que cumplen la sentencia divina. Pero Hamlet es, por el contrario, un hombre, una criatura humana reflexiva, que ha formado su naturaleza en las sombrías abstracciones de su espíritu. No obrará, pues, en ningun caso, sino obedeciendo a todos esos encontrados instintos que luchan en su alma.

Si se estudia el desarrollo del carácter de Hamlet, se verá que en todo procede de acuerdo con aquella debilidad propia de las flaquezas de un hombre.

Su misantropía no se desarrolla despues de adquirir la certidumbre de la muerte de su padre. Antes que aparezca la sombra, dice: "¡Oh! si esta robusta carne pudiera deshelarse, derretirse i disolverse en líquido rocío!" El disgusto de la vida se ha hecho en él una segunda naturaleza. El matrimonio de su madre, le arranca exclamaciones dolorosas, i contribuye a ahondar, aun mas, sus pensamientos oscuros.

"Se sirvieron para las bodas los mismos guisos que sobraron del fúnebre banquete."

El recuerdo de su padre le trae a la memoria las pasadas alegrías. Su corazon se estremece de

ira i se abandona con íntimo placer a sus meditaciones. Confunde el mundo exterior con el mundo de los espíritus. Se naturaliza con los fenómenos celestes, con las visiones, hasta hacer palpable sus vagos sueños.

Cuando se aparece la sombra de su padre, no experimenta ninguna turbacion ni miedo; se encuentra ya ligado a sus meditaciones. Sufirá, en adelante, la tortura de un pensamiento único.

“Sí, esclama: ¡Olvidarme de tí! Sí, sombra desgraciada, miéntras la memoria ocupe mi cerebro desordenado. ¡Acordarme de tí! Sí, quiero borrar de mi memoria, todo frívolo recuerdo, todas las máximas que aprendí en los libros, todas las impresiones del pasado...”

Desde entónces, la imájen de su padre ensangrentado, se ofrece sin cesar a su memoria; desde entónces, la vida no será mas que una idea, un propósito; desdeñará todas las alegrías, todos los consuelos que puede ofrecerle el amor; reconcentra sus odios, i finje la locura, para desviar toda sospecha.

Un loco puede decir lo que quiere, i momento a momento, hiere a su tío, a su madre, con aquellas frases de melancólica ironía, terribles, que

son su apreciacion acerca de las miserias de la vida. *¡Palabras! Palabras! Palabras!*

Nada patentiza mas estas agitaciones interiores, que el conocido monólogo del "ser o no ser." Allí sus odios i sus dudas, sus debilidades, sus temores, todo lucha por dar paso a la venganza. En la vida no obramos sino por reflexion. Aun en los actos mas insignificantes, el hombre despliega su raciocinio, pone sus facultades en actividad, i nada ejecuta, sino despues de grandes perplejidades, de dudas, cuando ya la lucha es tan terrible que al criterio se sobreponen la pasión i el instinto.

Ese debe ser, sin duda alguna, el significado del monólogo. No es solo Hamlet quien medita, es Shakspeare, en persona, quien recorre su vida. Él, que de humilde carnicero llegó hasta obtener en su época, todos los triunfos del arte; él, que representaba sus dramas i sus comedias; él, que veía el poder de su jenio creador, que sentia la fuerza de sus facultades, las concepciones de su cerebro; él, que humanizó todos los sentimientos i pasiones en los personajes de sus obras. Cuando escribió *Hamlet*, una de sus últimas obras, puso en el símbolo de aquel pensador estraviado, toda la amargura de su espíritu, toda la profunda

sabiduría de su experiencia i, sin duda alguna, al trazar el monólogo, debió de sentir el profundo desequilibrio de su naturaleza, de su gran talento, con las miserias de su vida, las intrigas de su hogar, la falta absoluta de apoyo, al declinar la existencia, después de haber luchado, después de haber creado como un Dios.

Todos los críticos reconocen que en el *Hamlet*, es donde Shakespeare agotó toda la fuente de sus observaciones. Por eso el drama se descuida en la acción; su trama adolece de muchas imperfecciones; pues todo el elemento de intriga se encuentra subordinado a la pintura del carácter de Hamlet, perfectamente real, impregnado de esa áspera filosofía, que dan al hombre los desengaños i vicisitudes de la existencia.

Por eso también, cuando se le ofrece la ocasión de matar a su tío, que es el envenenador de su padre, tiembla i recoge el puñal. Si los hombres reflexionan en actos insignificantes ¿qué no pensaría Hamlet en ese momento? No porque temiera echar al cielo el alma de Claudio, como han pensado muchos,—eso sería una crueldad excesiva,—sino porque teme cometer un asesinato, que pugna con su corazón generoso. Castiga a su madre poniéndole en transparencia las cualidades de su

padre difunto, i emplea con Claudio ese lenguaje, en que cada palabra es una puñalada, segun su propia espresion.

En los demas dramas de Shakespeare son los mismos personajes los que crean las situaciones; el rei Lear como Oteló, decidian con sus actos su propio destino. Hamlet es víctima de la accion; sufre sus consecuencias; se deja enviar a Inglaterra, i la suerte lo vuelve nuevamente a su patria; solo el destino lleva a término la venganza. Su madre bebe un tósigo, sin saberlo. Laertes muere atravesado por la espada que él mismo empapó de veneno. El rei, por fin, cae víctima de sus mismas redes. Desde el principio de la tragedia se ve a Hamlet insensible a todos los halagos de la vanidad, a las elasticidades de los cortesanos, porque su corazon se nutre con el escepticismo de la vida, buscando la verdad de la cosas, desengañado de los hombres, temeroso de las mujeres, i sombrío, toda vez que el recuerdo de su padre viene a la memoria, instigándolo i precipitándolo a la venganza.

Aquí podríamos estudiar la figura de Ofelia, que se bosqueja débilmente en todo el desenvolvimiento del drama.

Ofelia tiene espíritu, corazon sensible, delica-

do. Su ternura por Hamlet es una pasión de las más estrañas; la dulzura de su voz contrasta con la ironía del joven príncipe, que le señala el convento como la suprema felicidad. «¡Véte a un convento, Ofelia!» La pobre niña no sabe qué hacer; su cabecita rubia principia a sacudirse tristemente, a mezclar sus lágrimas con los sueños, i entre aquellos desvaríos, huye la razón junto con los cantos. La muerte de Polonio, atravesado como una rata por el florete de Hamlet, la arranca el último rayo de luz. Desde entónces, ya no es más que una pálida encarnación de la locura. Locura tranquila, sonriente, que se adorna de flores i de espigas. Aquella fisonomía descolorida, aquel perfil de mujer inundado por una sonrisa misteriosa, por la dulzura de su mirada, atraviesa la escena conmoviendo tristemente los corazones. Los cantos i las guirnaldas llenan su vida. Es la balada del sauce, son las margaritas del estío...

Aun muerta, parece que vaga en su sonrisa la historia de sus amores.

Nada conmueve más que el carácter de Ofelia, en medio de aquel conjunto de pasiones i odios.

Haremos una última síntesis acerca de Ham-

let. Su locura finjida, la constante lucha de su espíritu, la excitación de sus facultades, el fondo escéptico de sus acciones, su filosofía, su sabia filosofía, nos lo presentan como un hombre donde se reflejan agrupadas todas las enfermedades morales de nuestro tiempo. Hamlet es el hombre que ha vivido observando, i por lo tanto, es escéptico; sus ideas acerca del mundo, tienen todas las *angulosidades* de los temperamentos reflexivos, que solo divisan la envidia i la maldad; no cree en el amor, porque el espectáculo del matrimonio de su madre ahoga todo sentimiento de ternura i porque aquellas dulces sensaciones desviarían el curso de sus pensamientos i aplacarían su odio; el egoísmo de las personas que lo rodean, la envidia de sus émulos, la fría amistad de los que mas íntimamente lo conocen, aquellos conflictos por que atraviesa su alma, todo lo lleva al raciocinio, al cálculo de las ideas, entre los huesos de un sepulcro, buscando la realidad en las sombras mismas de la muerte. "¡Morir... dormir... dormir... acaso soñar!..."

II

Imposible sería analizar en todos sus detalles, la fisonomía de Hamlet. Esta creación

sombría de la naturaleza humana, donde entran en conflicto los instintos abnegados i los deseos mas viles, absorbe por entero toda la atencion de los espectadores; i aun al final del drama, no es posible darse cuenta de toda la movilidad de sentimientos que se disputan el espíritu del actor. Nunca la escena logrará acentuar uno a uno, todos los rasgos característicos que forman la encarnacion de Hamlet. Por eso, Coleridge dice que *Otelo* debe oirse en el teatro, pero que el *Hamlet* debe leerse con detencion, pesando una a una sus reflexiones, su amarga filosofía.

Quisiéramos haber estudiado a Emanuel en el desempeño de este papel importantísimo, consagrándole la atencion que merece su *Hamlet*. Creemos que el actor ha alcanzado el absoluto dominio de sus facultades. Se nos presenta posesionado íntimamente de aquella naturaleza múltiple, cambiante, llena de rincones oscuros, que a veces tocan en la demencia, i que se mantiene, sin embargo, con toda lucidez de espíritu.

Emanuel nos ha dado el *Hamlet* que debió soñar Shakespeare: sombrío, irónico, torturado por la venganza, atormentado por el cariño, de Ofelia, impotente para contrarrestar sus desventuras...

Cuando aparece la sombra de su padre, cae al suelo dominado por el respeto profundo que le inspira; oye de su boca la relación de su muerte; el mundo se le presenta desde entonces lleno de amarguras; huye de los placeres de la vida, del amor, de todo contacto humano, porque ¿de qué sirve la existencia cuando se agota en nosotros la fuente del cariño i de los sentimientos? Su carácter se hace arisco, receloso, muda por completo de fisonomía, las ideas lúgubres son su único consuelo. La ambición, la gloria son muy poca cosa, cuando un hombre ve el egoísmo de todo lo que lo rodea, la miseria de las jentes, la cínica ternura de una madre...

Ya tenemos al actor bajo una faz nueva: el escepticismo, el abandono de su espíritu a toda idea terrenal; sueña, vive de sueños, porque es lo único sin realidad, ya que la vida es la *sombra de un sueño*.

Viene el monólogo "ser o no ser."

El distinguido actor lo dijo con un colorido nuevo, inesperado. Las palabras tenían en su boca todo el valor intenso que imaginó el poeta. *Dormir... morir...* Aquellas largas pausas, que separaban una palabra de otra, que aislaban la idea, dejándole el relieve que requiere toda la

intencion de la frase; i luego despues, la esclamacion de sorpresa: ¡Ah!... *i quizá soñar!* i aquella larga enumeracion de las desventuras humanas, en que la voz se precipitaba i heria uno a uno todos aquellos vicios, aquellas maldades que se disputan el corazon del hombre. Todo eso fué simplemente admirable.

Pero donde Hamlet pone en transparencia la verdad de sus ideas, los cambios profundos operados en su carácter, es en el acto quinto, el acto del cementerio.

Los sepultureros abren una tumba con la indiferencia del que trabaja sin saber lo que hace. Cantan i beben sobre la fosa i hacen las mas tremendas reflexiones acerca de los infelices allí enterrados. Los azadones se mellan en los cráneos, i en cada palada de tierra, rueda algun despojo, algun hueso fracturado por la humedad... Allá va una calavera... es la del Yorick, el bufon de los alegres conceptos; otra... ¡quién sabe de quién será!... Esa es la igualdad de la tumba, el anónimo mas cruel de la vida.

Hamlet contempla aquella escena con la mirada oscurecida. Coje un cráneo, lo limpia con su capa i observa los huecos en donde palpitaba la vida jóven i espléndida; es el fin de la comedia,

de esta buena mascarada donde todos desempeñamos algun papel.

La tierra se nutre con las cenizas de todos los que vuelven a ella. En el sepulcro se confunden los jenios i los imbéciles. Hamlet piensa en la deleznable grandeza de nuestro cuerpo.

Los despojos de Alejandro, de Ciro, han ido a fecundar, con el cuerpo del bufon, aquellas pálidas flores del sepulcro.

Nos encontramos en presencia del verdadero Hamlet. Allí se comprende por qué estima tan poco su vida; por qué el amor es para él nada más que una sombra pasajera; la amistad, el mas amable de los sofismas, por qué se ha reconcentrado en el fondo de su alma, desdeñando las ambiciones de un trono, sin participar siquiera de ninguna de las vanidades que forman su cortejo. El filósofo tiene razon, el loco lleva su cordura hasta el extremo de hacernos comprender la razon de sus acciones, la enerjía negativa de sus pensamientos.

Cuando sus amigos lo traicionan, cuando su madre lo desdeña, cuando su padrasto quiere envenenarlo, es indudable que en presencia del espectáculo de una tumba, las mas sombrías refle-

xiones escusan su modo de obrar. ¡Hamlet tiene razón!

En el silencio de la noche, la cínica canción del sepulturero se confunde con el chillido metálico de los azadones; ruedan los cráneos i los huesos, mientras Hamlet se pierde en la sombra de los árboles, iluminados a intervalos por los pálidos reflejos de la luna.

Morir es... dormir...





➤ OTELLO ➤



PUEDE decirse, al leer las obras de Shakspeare, lo que Paul de Saint-Víctor decía de las tragedias de Esquilo: *Hic sunt leones...*

Aquellos simbolismos de la pasion humana, aquellas encarnaciones de Otello, Hamlet, Yago, Shylock; aquellos vicios i aquellos odios humanizados, que son el patrimonio de todas las épocas i de todos los tiempos, han llegado hasta nosotros con toda la frescura salvaje con que los concibió su autor; i hoi todos escuchan como nuevas, estas eternas vejezes de la emulacion, del cariño i de la avaricia. Desligando de la obra de Shakspea-

re todo ese sabor local de su época, esas crueldades de estilo i esas asperezas inherentes a un hombre que escribe con el gusto de su tiempo, se destaca de relieve, entre la bruma de la poesía i el calor del lirismo, el problema de las pasiones, la lucha de la humanidad.

La flaqueza del hombre no tiene fronteras, como la fragilidad de la mujer.

Heine, hablando de los tipos femeninos creados por Shakespeare, los presenta en una curiosa galería sicológica, como personas amigas con quienes ha mantenido estrechas relaciones, criaturas mudables, llenas de sensibilidad i contradicciones morales, como su naturaleza física; corazones desgraciados de quienes ha recibido mas de una lágrima, mas de una caricia afectuosa. Cuando las veo en los libros, agrega, me parece saludar antiguos conocidos, buenas jentes que me han acompañado en mis desgracias!... Es la impresion que producen todos esos tipos humanos, reflejo de pasiones i virtudes, que han vivido nuestra vida... Por eso sacuden tan profundamente i ligan el espíritu a su recuerdo, como si se tratase, no ya de creaciones dramáticas, sino de entidades morales que aun se cruzan en el camino de nuestra existencia.

Hoy, Hamlet es la locura, pero la *locura metódica*, como dice Polonio; Shylock, la avaricia; Romeo, la encarnación del amor; Macbeth, el remordimiento; i el oscuro moro, los celos. . .

Hablaremos de Otello, i mui especialmente de la interpretacion que da a este personaje el señor Emanuel; interpretacion vigorosa, rica en situaciones dramáticas que son de su exclusivo resorte, como esas escenas mudas, en que todo el colorido, todo el movimiento, se encuentran reconcentrados en la fisonomía del actor.

El nudo de la pieza son los celos, destilados por el terrible Yago en el oido del moro.

Las primeras escenas preparan la trama, i en el acto segundo se ve ya el oleaje de la pasión que crece, que ofusca i que lleva al tremendo desenlace de la muerte de Desdémona.

Otello es un temperamento africano que se desenvuelve en medio de una sociedad europea, refinada. Este mismo contraste de civilizacion i de costumbres, da mayor realce al carácter berberisco, impetuoso, que pierde la posesion de sus nervios i se abandona a sus expansiones salvajes.

Este papel, como se ve, es susceptible de muchas interpretaciones. Salvini desplegaba en él toda la fuerza de la pasion que es dable en un

hombre de raza oriental; Rossi contenía un poco el fuego de su naturaleza i daba mayor realce a aquellas escenas en las cuales cede la ternura del amor que acalla los celos; el señor Emanuel nos ha presentado un Otello diverso, que si bien guarda en el fondo toda la crudeza i el arrebató de su sangre mora, se modifica por el contacto con la raza latina, ménos hirviente, aunque igualmente apasionada.

Los que recuerdan a Rossi i Salvini, han establecido, como es natural, un punto de comparacion entre estos distinguidos actores i el señor Emanuel. Los viejos abonados de todas las temporadas de teatro, aquellos que vienen estableciendo la comparacion, desde la primera compañía que los inició en los secretos del arte, cuando el gusto andaba aun en mantillas, reprochan al señor Emanuel su juego dramático; creen que su Otello no es el Otello concebido por Shakespeare, brutal, intemperante, sino un Otello dulcificado por la moderna escuela realista, demasiado discreta en sus interpretaciones.

El teatro moderno ha llevado a la escena, junto con la impresion de la vida real, una interpretacion mas en armonía con esas mismas realidades. La pasion es un accidente; el drama, una excep-

cion de la vida. No es natural, pues, que un actor, desde el principio hasta el fin de una obra, mantenga sus nervios en excitacion constante, porque sucede que en los momentos trájicos, en las crisis de la pasion humana, no encontraria la nota verdadera, la nota que sacude i se desborda sin causa. Es mucho mas lójico, es mas conforme con la verdad esa discreta actitud del señor Emanuel, i esa misma sencillez que se le critica, es lo que forma el contraste con la violencia de sus maneras, de su fisonomía, de su voz encolerizada.

Por otra parte, la pasion no reside tanto en los gritos, ni en las contorsiones, como le gusta creerlo al público. Es mucho mas tremenda la ira reconcentrada, que ahoga las palabras i si estalla, estalla con toda la fuerza que orijina esa misma lucha contenida, sorda.

Otro reparo, de orden fisiológico, se ha hecho al señor Emanuel.

Un moro, un africano, es un temperamento que tiene la sangre hervida por los soles del desierto, i no es natural que cuando se despiertan i avivan sus pasiones por los celos, guarde la discrecion un hombre educado, que se contiene por otra educacion diversa que ha recibido, i que tiene cierto respeto, aun en las situaciones mas violentas, por

el honor de una mujer, no porque la aborrezca, sino porque en la sociedad europea la comedia de la vida se hace con una máscara, que no soporta la rudeza de un carácter africano.

Dentro de esta misma lógica, debemos observar que la ficción del drama no coloca a Otello en medio del aduar, donde podría manifestarse toda su fiereza, sino que lo pinta en una corte, como almirante de Venecia, al servicio de la República, con muchos años de residencia en esta culta ciudad. Debe suponerse que sus instintos primitivos se domesticaran con el contacto de aquel centro intelectual, con el trato de las mujeres i todos esos medios de halago que varían i transforman los caracteres mas secos i adustos.

Otello, en el drama, conserva el orgullo nativo; pero tiene los modales caballerescos del soldado, del hombre a quien una república confía su suerte.

Por eso creemos que el señor Emanuel ha interpretado su papel tal como debe concebirse dentro de las excepciones a las realidades de la vida, ajitado por la pasión, torturado por los celos, i en lucha con su amor ilimitado hacia la pálida Desdémona.

Está mas en lo real, mas en lo posible, aquel su-

frimiento callado, que estalla por momentos, i que vuelve a contenerse, porque mui a menudo, odian mas los que callan, que los que gritan i vociferan.

Quien quiera que conozca un poco la sicología de las pasiones, podrá apreciar toda la valentía, toda la novedad del papel de Otello, interpretado por el señor Emanuel.

El mismo Yago, el de los odios feroces en medio de su calma finjida, dice: *¡No soi lo que parezco!*





➤ ROMEO I JULIETA ➤



HS la obra de juventud de Shakspeare. Hai una época, en la vida de los escritores, que sin alcanzar la cima del jenio, derrama en su existencia todo el fuego i la pasion de los primeros años; no se cuidan los preceptos, pero se sube hasta el ideal. Con esa emocion interior, ese brote de los sentimientos, de la vida que hincha las venas, conciben la naturaleza, el amor, i saludan el despertar de las pasiones, en los himnos que murmura el labio trémulo. El poeta adquiere con el tiempo la plenitud de sus facultades; do-

mina su fuego, compone obras mas acabadas, llenas de observaciones profundas, pero no vuelve a encontrar esa primera expansion de la juventud, ese lirismo que envuelve al mundo en una red de notas i de cantos.

Casi todos los escritores de jenio tienen una obra que marca ese período, que sin ser la mas acabada, es la que ha conquistado por su emocion, por su naturaleza, los aplausos de su tiempo. A este jénero pertenecen *Romeo i Julietta*, *Don Cárlos* de Schiller i muchos libros de Gœthe.

La popularidad de *Romeo* ha pasado por todas las escuelas literarias, i aunque no está a la altura de *Otello* o de *Hamlet*, conmueve tanto, apasiona tanto, como estas sombrías idealizaciones de la conciencia.

Es el poeta quien habla entre las frases apasionadas, es la juventud con su ceguera de amor, la que inspira los cantos; es la primavera que derrama su sávia i fecunda los corazones de sentimientos jenerosos; i Romeo es la primera etapa de la vida en que consagramos nuestras fuerzas, nuestras aspiraciones, a todo lo grande que hai en el mundo; en que se lucha por la patria i se muere por la mujer amada.

No se busque consecuencia ni lójica. La juventud es así, obra por impulsos irresistibles; dominada por la primera idea, persigue con la sed de lo que no existe el tesoro escondido de un ideal, i arrolla cuanto se pone delante, i va hasta el fin con la frente levantada, i acariciando en el espíritu no sé qué melancólicas ideas, proyectos sin sentido, la sombra de una sombra!...

«En todo hombre, hai un poeta que duerme dice Saint-Beuve. Aun aquéllos que tienen la amistad del desengaño confían un poco en el porvenir, acarician una esperanza secreta.

Ese es el mérito de los grandes escritores: expresar nuestras ideas, nuestros sentimientos; es eso lo que se busca en los poetas: el reflejo de lo que sentimos.

De aquí proviene, sin duda alguna, el entusiasmo que produce *Romeo i Julieta*. Para la juventud, es el himno del amor; los que bajan la pendiente, recuerdan la historia pasada i sienten renacer en su corazón los consuelos del cariño, del afecto puro i desinteresado.

Es en Verona la ciudad asoleada, donde pasa el drama. El héroe es el amor.

Esta narracion antigua, tomada de las novelas italianas, adquiere una nueva fisonomía. No

es la simple historia de dos jóvenes enamorados, es el estudio de un sentimiento, es una faz la mas delicada de todas las pasiones que forman el conjunto de observaciones del dramaturgo ingles.

Julietta i Romeo se destacan con la misma luz, con la misma intensidad de pasion; en ámbos el amor va hasta el sacrificio; no consideran el odio de castas que separa su afecto, no escuchan las maldiciones de su familia, porque la única idea que los preocupa los hace fuertes para soportar todas las luchas i contrariedades.

El carácter de Julieta se diseña desde el primer instante. No es pasivo, como el de Desdémona, que recibe los halagos del moro i se deja llevar al sacrificio por su falta de enerjía, confiada en su ternura inocente. Julieta se estremece, su corazon se abre al misterio de la noche i se entrega en brazos de Romeo, como el esposo ideal del Cantar de los Cantares. Concibe la vida como un poema, i en todo obedece al primer impulso, a los arranques del instinto. No tiene esperiencia, pero tiene la juventud que hace perdonar todas las faltas! . . .

Romeo, igualmente apasionado, solo ve la vida en el amor de Julieta. Cuandole anuncian su muer-

te, esclama: "Ella ha muerto, es preciso que yo tambien muera". I se dirige a Verona, a visitar la tumba de su amada; i allí, sin horror a la oscuridad de lo ignoto, sin vacilaciones, toma el veneno, que le hace ver en sus últimos instantes la sombra de Julieta.

En todo el trascurso del drama no se nota una incertidumbre, un desfallecimiento; aquellos dos jóvenes cantan el himno de la vida con toda la frescura de alma que hai en sus naturalezas apasionadas.

El odio de las dos familias rivales, acrecienta el amor i hace del idilio un drama.

Frai Lorenzo, es la razon de la esperiencia, que contiene los extravíos de la juventud, que los llama al buen camino. Pero Romeo no escucha sus palabras ni sigue sus consejos. ¿Qué saben los viejos de las pasiones de los jóvenes? "Tú no puedes hablar de lo que no sientes," le dice.

Una pieza de estas condiciones, que pone en escena los mas elevados sentimientos del alma, que escoje aquellas situaciones mas delicadas, mas llenas de atractivos, despierta vivo interes en el público, como asi mismo, es un ancho campo para los artistas dramáticos.

La señorita Reiter i el señor Emanuel desem-

peñaron los principales papeles. En este drama, en que la frase misma de la traducción, tiene toda la cadencia i la armonía del verso, es mui fácil desplegar todas las inflexiones de voz, todos los matices, todo el colorido que requieren aquellos pensamientos primaverales, ardientes como el sol de Italia. El artista se encuentra en plena posesion de sus facultades, su voz se adapta a la ternura, al dolor, a los jemidos desesperados, a las escenas de cariño, en que el labio murmura i acaricia, a los momentos extremos de la agonía, de la muerte. Aquellos períodos líricos suenan como notas de un canto lejano; los trinos de la alondra se confunden con los susurros del viento. . .

La señorita Reiter, cuya voz la clasificaria Legouvé, como "voz de oro", tiene momentos felicísimos, de imcomparable suavidad, de enerjía suprema; cuando bebe el narcótico, dudando si será un veneno, i en el último acto, cuando se hiere con el puñal de Romeo, alcanza a revelar todas sus dotes privilegiadas. Por otra parte, su actitud, su traje, todos los detalles de su persona, caracterizan mui bien a Julieta, a la rubia heroína del drama, pálida, sensible, como todas las mujeres del teatro de Shakespeare. Lady Macbeth

i Julieta son las únicas excepciones a esa galería de criaturas pasivas, que se dejan querer, sin el sentido práctico de la vida, soñolientas, meditadoras, envueltas en la túnica del amor místico.

Romeo,—el señor Emanuel,—se nos presenta con todo el ardor de la juventud; parece que conociera aquellas palabras de San Agustín, «ama, i haz lo que quieras.» Su espíritu no vive mas que para el amor, no desdice un solo momento de aquella ternura ciega, que es su carácter i su naturaleza; ¡cómo vibra su voz, cómo tiembla su palabra armoniosa! El señor Emanuel tiene instantes admirables. En la celda de frai Lorenzo, despues que ha sido desterrado de Verona, nos ofrece una escena de desesperación, en la cual se echa al suelo como un niño, llora, se revuelca i quiere atentar contra su vida. El sacerdote le recuerda su deber, i contiene aquella crisis, interpretada con viva exactitud.

Frai Lorenzo, debemos decirlo, deja mucho que desear. El actor Valenti, que realza en toda ocasion los papeles que desempeña, esta vez no ha acertado a comprender el verdadero carácter de la pieza. Frai Lorenzo, no es un lego irónico, que se rie del amor i se burla de los sentimientos mas puros; no es tampoco el tipo del fraile injenuo, que

habla con toda la bonhomía de un sacristan. Por el contrario, estudiando el espíritu de este papel, se vé en las palabras que Shakspeare pone en boca suya, cierta grave majestad de hombre que ha en-canecido observando las luchas de la pasion; conoce los remedios para esas heridas, i las cura con sus frases consoladoras. Es todavia, frai Lorenzo un tipo de filósofo, que busca el *por qué* de las cosas, aun en las florecillas que le brinda el campo. Recuérdese el monólogo con el cual entra en escena; nada hai de mas preciso, mas profundamente real i a la vez mas saturado de amargo escepticismo. I el señor Valenti recita ese trozo con la lije-reza de un corazon jóven, que no comprende todo lo que encierra. En la escena con Romeo, cuando éste quiere matarse, apaga completamente el efecto dramático por su accion inadecuada.

En una palabra, le pediríamos al señor Valenti que modifique su interpretacion. Si se fija en las frases de su papel, verá toda la gravedad que requieren, toda la circunspeccion, no exenta, por supuesto, de esa amable franqueza que es el resultado de la esperiencia de sus canas. Las ilustraciones de Kaulbach que ha sido uno de los artistas que mas ha popularizado los personajes del teatro de Shakspeare, nos presentan un

frai Lorenzo de larga barba i de aspecto venerable.

Antes de concluir estas líneas, diremos que el *Romeo i Julieta* del teatro Santiago, ha sido una de las piezas mejor puestas en escena i mas bien interpretadas.



SEGUNDA PARTE





➤ EL SALON DE 1886 ➤



HUÉ hace dos días solamente. La tarde estaba fresca, alegre, sonrosada; era sin duda alguna la mejor circunstancia para visitar con tranquilidad i calma la esposicion de pinturas. El aire presta al espíritu algo de su naturaleza flotante; — i el arte, como el aire, necesita para ser juzgado, mucha diafanidad, mucho polvo de oro, mucha luz... Por eso escojí sin trepidar aquella tarde.

En una de las avenidas de la Quinta Normal, se divisa, casi perdido entre las ramas de árboles i el azul del cielo, un pequeño Partenon de formas

correctas, sencillas, que encierran la belleza en su desnudez encantadora. Aquel edificio hace pensar en toda la historia del pueblo griego,—raza de hombres que formaron los dioses del Olimpo,—i cuyas estátuas guardan aun, como un recuerdo perdido, las sonrisas i las miradas de aquellos tiempos.

El arte griego ha pasado de siglo en siglo como el beso jeneroso de despedida entre una i otra época, entre las tristezas del jenio que se va, i la multitud que llega; porque a medida que los conocimientos i la enciclopedia van invadiendo las esferas de la vida social, el exclusivismo del hombre de talento se pierde i se abruma con las ciencias i se anonada con la jeneralizacion. Entónces se discutian los dioses; hoi se discuten los hombres; i el cielo se aleja mientras mas se estiende el horizonte. El arte griego hoi día, para nuestras escuelas de pintura, es como el exordio de las clásicas arengas i los viejos discursos.

¿Están de mas estas ideas? Solo agregaré que iba a entrar en un salon de pinturas i a juzgar un puñado de hombres; e involuntariamente, el pasado me mostraba con sus mármoles desnudos, todas las teorías del arte, todas las amplitudes

del jenio, toda la poesía magnífica de una época que enseña i que preside la pasión del pensamiento.

I

Sin duda alguna, se necesita algo de ceguedad voluntaria al tratar de estudiar las pocas obras de mérito, o que al ménos tienen la audacia de una teoría; porque,—i esta es una confesion,—en Chile no hai escuelas, no hai caractéres, no existen por desgracia las condiciones necesarias para dar fisonomía propia al arte que se dulcifica, que se mezcla, que se encarna en la vida de un pueblo, que participa de su sustancia i se trasforma en habitante gracioso i risueño del nuevo hogar, como las palomas de blancas alas que anidan en techo recién construido, suavemente dispuesto para recibir el fruto de sus amores.

Un país nuevo, sin vida literaria, es el cristal que espera el rayo de sol para producir el arco iris. Con mas razón que en ninguna parte tenemos derecho para exigir buenas telas, mármoles atrevidos, algo de la exuberancia natural de las selvas vírjenes.

No se diga que falta el ambiente, que no hai instruccion para apreciar la obra de desenvolvimiento artístico. Si no se producen escuelas, es porque falta el espíritu.

«No hai arte. Solo hai hombres. ¿Llamais arte al oficio de la pintura, del poeta o del músico, miéntras este consista en frotar la tela o el papel? Habrá, pues, arte miéntras haya jentes que tengan estas ocupaciones. Si, por el contrario, creéis que lo que preside al trabajo material es lo que resulta de este trabajo; si pronunciando la palabra *arte*, quereis dar un nombre a esa entidad que tiene tantos otros: inspiracion, meditacion, respeto por las reglas, culto hácia la belleza, realizacion del ideal; si bautizais de esta manera una idea abstracta cualquiera, en ese caso, lo que llamais arte es el hombre.»

Creo con Musset, que la decadencia literaria i artística no proviene de la falta de estímulo, de amparo de los gobiernos. Depende sencillamente de que los hombres faltan, i de que el ingenio de la mediocridad solo tiene valor para llorar su desgracia, abandonándose a la corriente...

Estamos en disposicion de adoptar todo lo que sea la doctrina. Se puede contemplar el campo dorado por el sol, que espera los trigos. Las pri-

maveras de los primeros años son tan verdes, tan fructíferas, tan llenas de abundante injenuidad

.....

.....

II

Los señores José Tomas Errázuriz, Enrique Swinburn, Pedro Lira, Juan de Dios Vargas, Ernesto Molina, S. Correa, Herzl, Gonzalez M. i algunos otros que se me escapan, forman el grupo de los esponentes.

Confesaré desde luego que la impresion que se recibe es mediana. Necesita de las excusas de la benevolencia. Es verdad que lo que significa estudio, esfuerzo, concepcion, merece los aplausos de los que aman la vida artística, las risueñas i pintorescas mañanas de taller.

He colocado intencionalmente en primera fila al señor Errázuriz. Nos ha traído de Europa un colorido especial, que llaman escuela, i que bien puede ser discutido; pero agregaré de antemano, que el señor Errázuriz es un talento para bosquejos.

Veo varios cuadros que caracterizan su pincel i sus tendencias: número 25, *Lavanderas de Etre-*

tat; número 27, *Sol de verano (Etretat)*. El primero es una playa pedregosa, aquí i allá cubierta de trapos; hai muchas mujeres; el mar se divide en el fondo. El dibujo es incorrecto, las situaciones de las figuras, bien armonizadas; pero domina como conjunto, un tono pronunciado, incoloro algunas veces, otras veces teñido en exceso, hasta el extremo de hacer pensar en esas enfermedades de la vista, que anulan los colores i que producen los mirajes mas raros.

El señor Errázuriz posee unas pupilas por demas orijinales, las pupilas azules de la escuela *intransigente*. Parece que trabajase sus cuadros a la luz temblorosa de una gran llama de alcohol desteñida, pálida i con reflejos azulados.

Sin duda alguna, en cualquiera rama del arte aun en la pintura, la audacia es un progreso; pero aquello de mostrarnos las piedras, el mar, las mujeres, la ropa... todo, bañado en el mas perfecto azul de Prusia, es algo...

Se me ha dicho que en Europa el cielo suele presentar esos colores. Puede ser. Prefiero el cielo de Chile, ménos comprometente para la paleta del pintor i mas lleno de poesía para el temperamento de un artista. No es el señor Errázuriz quien tiene la culpa. Se ha afiliado a una escuela

i tiene que seguir, como en los partidos políticos, todos los errores de la intransigencia, i predicar los principios de su bandera.

Ante todo ¿es esto una escuela? Merece la pena averiguarlo. Las escuelas en pintura son las transiciones naturales de una a otra época, de una a otra tendencia. Nacen de las deficiencias del talento, de la falta de recursos para la realizacion de una obra cualquiera. El dia en que un hombre concibe un proyecto i le faltan los medios necesarios para efectuarlo, diremos que ese hombre tiene derecho a crear algo, que venga a dar fin a sus deseos. Una escuela nueva es una faz desconocida, es un descubrimiento en las rejiones del arte i las mas de las veces nace, como Vénus, con toda la audacia de sus vicios i con todo el vigor de su audacia impetuosa. Cuando se miran cuadros en que el cielo ha derramado sus rayos mas alegres, que parece jugaran inquietos con las carnes de las vírjenes paganas que acarician sus trenzas rubias para morir a sus piés, tiernos i delicados, seducidos por el aire de perfumes que se ajita al rededor de sus cuerpos; cuando corren por el espíritu estremecimientos voluptuosos i resaltan esos colores que devuelven la vida, de algo que ya no existe, entónces podremos decir :

esa es una escuela, ese es un hombre. Pero, ¿qué pensar de una tendencia desgraciada que tiende a suprimir los tonos en vez de aumentarlos, que empequeñece la graduación del arco iris?

¿Es eso una escuela?

¿A qué principio definido responde esa cólera azul, que hace soñar en los mundos absurdos de Edgardo Poe, o en los viajes al centro de la tierra escritos por M. Julio Verne? ¿Qué dice, qué horizontes descubre?

¡Son las pequeñas impertinencias de la novedad; son los monstruos indianos i los abanicos chinescos del arte de la pintura!

Melancolía. — Una mujer vestida de blanco (blanco, en el cual parece que entraran combinados, el azul i la ceniza de un cigarro); un ramo de *no me olvides* en el pecho i unas manos cadauéricas que sostienen cansadamente un libro entre las faldas.

¡Qué tipo de mujer! Es aquello la tísis en el período agudo, cuando ya las respiración ahoga, cuando el semblante palidece i las fuerzas se aniquilan con el aire de las alas sombrías del sepulcro.

El *eterno femenino* de Goethe falta en los ojos,

en la expresion de la fisonomía. No es la tristeza soñadora de la distancia, no es la nostalgia que trae sollozos, es simplemente la lectura de un mal libro, de un mal autoi....

Todavía dos cuadros mas y concluiremos con el señor Errázuriz. En el segundo salon hai una tela que responde a un nombre que nada significa i que nada revela: *Tras del biombo*. Este es otro tipo de mujer. La anterior era pálida, la del biombo es morena, pintada en un momento en que falta la luz; sus facciones se destacan brumosas, sin un rasgo de colorido. El biombo parece adherido a su espalda. El pecho, que pudo ser magnífico, es desgraciado. No se puede pintar todo lo que se vé. Ahí está el arte; suprimir los defectos i completar las deficiencias no es la menos valiosa de las cualidades de un pintor.

I llegamos al fin de la jornada.

Un retrato del señor C. Morla Vicuña completa el grupo de cuadros exhibidos con la firma del señor J. Tomas Errázuriz. Es la mejor de sus obras. Tiene distincion, cierto sello orijinal, algo de convencional en el colorido; en una palabra, creo que esa tela posee las cualidades de su autor. Las demas reunen todos los defectos de su escuela.

IV

Al revés del señor Errázuriz, que nunca hará prosélitos, el señor Pedro Lira, se nos presenta con toda una corte de alumnos, de discípulos i de admiradores. Mui difícil será, pues, estudiar sus cuadros, que tienen los laureles del triunfo, sin que la sorpresa de la verdad hiera algunas pequeñas susceptibilidades.

Desde luego hai muchos puntos de contacto entre la escuela azul i la escuela gris. Una suprime los colores, la otra ha inventado la democracia de la paleta, con todas sus consecuencias i sus vicios.

Cuando falta el talento se producen las alegrías de la estravagancia. Escuelas de decadencia, en las cuales no se admira el dibujo, el colorido, la composición, han llegado a imponerse por la fuerza del tiempo i de la vista. Se las ha llegado a encontrar bellas, porque así lo aseguraban críticos de salon, porque salian de lo comun, porque tenian el *cachet* europeo, algo de novedad, mucho de extraño, i... porque son las únicas que han llegado con su bagaje de polémica a plantar tiendas en nuestro país.

Hoi dia, la luz i los colores emigran ante el tono *convencional*,—¿no es verdad que esto es perfectamente revolucionario?—ante los mantos grises i los tules cenicientos—¡crepúsculos del arte!

Son nuevos horizontes, los que despierta la lucha, nuevas ideas, nuevas teorías. Hai algo, en esos cuadros, que esplica el espíritu moderno, incisivo, tenaz; pero que aleja poderosamente de los viejos ideales, de los ideales risueños, de los ideales color de sol de los maestros que se pierden en el olvido. Habrá mas sombra, no mas cielo.

El señor Lira tiene dos faces opuestas que marcan las dos gradaciones de su pincel, el sistema realista, hasta cierto punto vigoroso, i el espíritu perfectamente de *convencion*, que es la base de todos sus cuadros mitolójicos. Por ahora, solo hablaré de *Safo*, en donde está esplicado el ideal de sus teorías.

Es un mar inmenso, sin playas. Las olas ajitadas parecen recordar la orilla. En un extremo, Safo, con la lira entre sus manos, la cabellera tendida al viento, como un símbolo de inspiracion, contempla el cielo cruzado de nubes.

Es una vieja idea, es la fibra sentimental de la antigua poesía, que impregna el alma de todos

los pintores. El señor Lira ha desenvuelto a medias, casi en bosquejo, aquella idea magnífica, que pudo convertirse en aplausos i en gloria.

La figura se destaca incolora, apénas diseñada. La cabeza, en situacion un poco difícil, no dice si la diosa soñaba en la inmortalidad del espíritu o en las saturnales sin número que agotaron la materia privilegiada de su cuerpo.

Ese cuadro es la nostalgia de los colores.

Todavía otro estudio histórico, interpretado también maestramente, desde antiguo.

La desgracia orgullosa de María Estuardo, esa tristeza digna, que hasta el último instante conservó su sello de grandeza, está simbolizada en una mujer vestida de negro, con un rosario en la mano, i la vista fija en el mundo desconocido que había de mostrarle el hacha del verdugo.

Esto es todo un tema, pero no todo un cuadro.

La espresion de la fisonomía carece de dignidad; se nota en ella, algo como la última coquetería femenina, la última caricia de sus ojos a la luz; parece que esa reina, se aprontase a morir, como el mariscal Murat, con todo el cortejo de su belleza. Estudia melancólicamente la posición de su vista. Es aquello una verdadera voluptuosidad del sepulcro.

Una niña tejiendo.— De gracioso talle, de pelo claro; un jubon oprime su cintura; las manos enredadas entre la lana i las largas agujas de marfil; en el fondo se divisa un hombre ocupado en un taller de herrería. Hé aquí el asunto que encierra el título arriba indicado, modesto como su heroína, que parece tener las rubias vaguedades de Margarita.

Núm. 82. *Cabeza de mujer.*— Qué sencillez para tanta gracia. Qué humildad de nombre para ese estudio delicado, para ese hombro desnudo, para esa camisa, que apénas se dibuja por encima del manto negro.

Muchos pasarán sin detenerse, sin levantar la vista hasta el rincon, en donde está oculta esa pequeña tela, ese capricho *rembranesco*...

¡No es raro! Hai tantos cuadros grandes!

El señor Lira, como autor, es sin duda alguna el que se lleva la palma entre unã media docena de competidores. Tiene enerjía, franqueza, estudio, mucho estudio i mucha ciencia... pero, en cambio, el maestro es un tanto desgraciado, i tiene la rara condicion de perder a sus alumnos.

Se puede ver al jóven Correa, que este año exhibe una pobre colección de telas, grandes casi

todas, sin que ninguna posea algun mérito artístico.

Los paisajes del señor Correa i los del señor Lira, solo se diferencian entre sí, en mui poca cosa: en la firma i en el talento.

Lo que una persona caracterizada puede emprender, es un escollo para los jóvenes que no tienen la reputacion de los años, ni la virtud puritana del tiempo, que envejece la gloria i la coloca a la altura de las ambiciones.

Así, el señor Lira nos presenta un paisaje—una sementera verde, que es su mejor obra de paisajista—en la cual parece que las espigas se inclinasen blandamente con el roce del aire; mientras que el señor Correa no se hace distinguir por ninguna tela que le sea peculiar, característica.

La labor del señor Lira es variada i por lo tanto, mas espuesta a la crítica. Sus alumnos siguen su método, un método que solo hace surjir a los hombres de treinta años, que viven del razonamiento científico. Las expansiones de la juventud, propensas a la alegría i a la franqueza, se apagan en esa escuela de invierno, fría, nebulosa; en esa crudeza que asombra en un joven, en esa vejez prematura de estilo, que coloca a los prin-

cipiantes en la situacion de los desengañados, de los escépticos de la pintura.

Sus cuadros son la obra de un filósofo observador, pero que vende su inesperienza en las pinceladas dudosas, tímidas, de sus pequeños tipos de estudio.

Por ejemplo, *La escena campestre*, que atrae todas las miradas, por lo grande de las figuras, por lo pequeño de la idea, es un bosquejo informe, sin gracia. El dibujo falta en absoluto, la composicion está mal distribuida, mal organizada. El señor Correa, discípulo de la escuela del señor Lira, contempla con escrupulosa fidelidad los defectos de las mujeres mas que las buenas cualidades de sus ojos o cualquier rasgo agradable de la fisonomía.

Aquel *pilluelo*, en cuya cara aun se puede ver el barro de las acequias, i cuyo sombrero deja contar todos los hilos de paja de su copa, léjos de sorprender, causa un efecto contraproducente.

Todavía el *muchacho campesino*, llevando un atado de cardos en la cabeza, digno compañero del anterior, revela mejor el talento del señor Correa.

No es la verdad que sorprende a la multitud lo que busca el pintor para sus telas. Es la belleza

oculta, la belleza aristocrática, la belleza que se purifica pasando de la calle al espíritu embriagado de luz. En la verdad existe algo mas que la simple esposicion de los colores: el temperamento que le presta vida.

El artista debe hacernos ver lo que para nosotros pasa desapercibido. El artista tiene la doble mision de engrandecer la realidad, de prestar belleza a esas fisonomías que escoje como perfecciones, i todavia, no todo lo que es susceptible de ser trasladado a la tela, puede exhibirse como *tour de force*.

Las naturalezas muertas, solo sientan bien en los talleres que guardan todas las tristezas i los desvelos de sus autores. Solo ahí gozarán de celebridad, de gloria íntima, de admiracion casera; pues el público tiene derecho a las exigencias del buen juicio i de las buenas impresiones.

¿Qué efecto producen esos grupos de cebollas, de pescados, de zanahorias, que en su maravillosa exactitud, parecen derramar todos los olores picantes de su naturaleza? ¿Agradan? Un hambriento las admiraria con la fe de su estómago vacío; pero cuando se va a una esposicion, el espíritu tiene la sed de la belleza.

V

Nada patentiza mas el carácter de un pintor, que su manera de apreciar i concebir la naturaleza. Cuando se contempla un pedazo de tierra con todas las sinuosidades artísticas de la verdad, parece que el alma se concentrase en la vista. Por eso digo que el arte es el hombre; i es mui fácil imajinar la evolucion que se opera en el espíritu cuando se trata de fijar en la tela el paisaje que tenemos ante los ojos. Casi podria describir con palabras materiales esa fecundacion de rayos de sol, de aleteos de paloma i de brisas perfumadas, que, atravesando las pupilas, viene a reflejarse, llena de vida i vehemencia, en un panorama real, i que, al mismo tiempo, posee todo el espíritu i las condiciones del pincel que lo produce.

El paisajista dispone, por lo tanto, de muchas cualidades de *emocion* que le ensanchan el camino i hacen su labor mas precisa, mas orijinal, mas propia.

Los cuadros del señor Juan de Dios Vargas son su jenio luminoso i risueño. Son magníficos idilios de espigas, verdes bosques, tranquilas i

mansas lagunas, que se extienden i debilitan en el llano. Tienen el aire poético de Corot i toda la vigorosa tristeza de su autor.

Enrique Swinburn oculta muchos defectos bajo esa transparencia de cristal de sus aguas. Ha estudiado poco la perspectiva; sus cerros no se alejan, no forman horizonte. Sus noches de luna han llegado al excelsior del convencionalismo. No tiene mas que un tono, que varía con las circunstancias i que alcanza la curiosa novedad de poder suprimir el efecto de sombra, cambiando sus cuadros a voluntad, en salidas o puestas de sol.

Las marinas, que pinta con talento, son descuidadas. El dibujo falta en absoluto. Esa bahía de Valparaiso es un tanto cenicienta. Los buques son fantasmas alados que parecen impelidos por el jenio maléfico de los mares. Necesita conocer la estructura exterior de los navíos, o al ménos la forma elemental del casco i de las arboladuras.

La playa de Viña del Mar, que exhibe en el primer departamento, sorprende por la estravagancia del suelo, i mas todavia, por el colorido falso del mar.

Ademas, no estudia la naturaleza. Se abandona a las impresiones, pinta al acaso, sin detener-

se, sin observar, llevado por la fantasía i la imaginación.

Su facilidad le perjudica, i creo que esa misma facilidad ha enviciado los tonos de su paleta, rica en colores, pero falseada por este motivo, i sobre todo, le ha hecho adoptar una perfección que parece acercarse a esas pinturas de las antiguas porcelanas finas, ingeniosas, quizás, pero que hacen recordar a los marqueses i los duques del siglo empolvado de Luis XV.

No podré negar que sus cuadros están impregnados de cierto misticismo i de una fe en los colores, que producen el encanto i el agrado tranquilo de las noches de verano.

De una escuela opuesta i, sin embargo, atractiva, el señor Ramon Subercaseaux se hace admirar por un estudio de playa de *Concon*, que lo coloca por encima de todos.

Sin duda alguna, aquello es espléndido. La naturalidad impetuosa del agua, que viene a morir en la arena, levantando brumas i olas azules, fascina i trae a la memoria el poema monótono del océano, con sus tempestades i sus alegrías.

Recien llegado de Europa, el señor Onofre Jarpa parece atraído por los cielos de la escuela

impresionista. Por lo jeneral, la tendencia del señor Jarpa es oscurecer el fondo para dar mayor realce al primer plano; esto produce choques desagradables de perspectiva.

A su estudio veneciano,—no sé por qué recuerdo,—le noto mucha semejanza con la marina de un autor extranjero, bastante apreciado, i cuyas telas se encuentran en mas de un salon de Santiago.

Ya en vísperas de partir al extranjero, Ernesto Molina presenta el retrato de su señora madre, que obtuvo el premio en el *Certamen Maturana*; una vista del muelle fiscal de Valparaíso, de ejecución graciosa; un estudio a pleno sol, i el bosquejo de un moribundo.

¡Qué bueno! han dicho casi todos.

¡Qué triste! pienso yo, contemplando esa fisonomía apagada, ese misterio que presenta la sorpresa de lo desconocido i cuyos labios parecen murmurar el enigma de la agonía.

¡Qué verdad! ¡Qué tristeza!

.....
.....
Tambien tenemos acuarelas, i Pedro Herzl,

Swinburn, Vega i algunos mas, conciben pequeños estudios, lijeros, suavemente pintados.

Herzl consigue en la acuarela esa fuerza i esa franqueza que falta a muchos en la pintura al óleo.

Vega tiene un *viejo* alegre i dedicado a la lectura de algun libro de filosofía, que le procura consecuencias morales, por demas picarescas.

La escultura, mui pobremente representada, solo tiene cuatro o cinco bustos del señor Medina i un proyecto para el monumento de Vicuña Mackenna, que ha enviado desde Europa el señor Virjinio Arias.

La lucha del mármol, fatigosa, ingrata, inutiliza demasiado pronto a sus obreros. De los antiguos nombres, nada queda, apénas el recuerdo.

Plaza, el mas atrevido de nuestros escultores. el mas intelijente de nuestros artistas, parece contar los desengaños del mundo. Los cuadros se pierden, se rompen, se borran. El mármol queda, exuberante de vida, desafiando al tiempo, desconocido para la multitud, pero orgulloso en su silencio helado.

Los bustos del señor Medina, pobres de ejecu-

cion, acusan la constancia del trabajo... i nada mas.

Lástima que el señor Arias no haya conocido al señor Vicuña Mackenna; sus proyectos de estatua carecen del espíritu que animaba a ese incansable literato. Aquel hombre que escribía i despues pensaba, está mui distante de ser ese caballero tranquilo, con la pluma en la mano, que reposa de las fatigas del espíritu.

Vicuña, fué, sobre todo, agitacion febril, orgullo de existencia; paseó la vida con altanera humildad.

Dista mucho, pues, el señor Arias de interpretar esa personalidad que se impuso á su época i a la historia.

VI

Cuando salí del Salon toda la jente habia desaparecido. Yo tambien concluía el estudio de los cuadros, i al despedirme, creí ver todas esas cabezas de muchachas, rubias i morenas, que me sonreían amigablemente. Casi imaginé haber contraído alguna pasion amorosa...

En jeneral, la esposicion ha sido mejor que las anteriores. Hai mas cuadros orijinales, ménos

copias. Poco numerosa por desgracia, i reducida por el número de las telas, pero marcada con una tendencia uniforme, con la idea realista en todas sus manifestaciones.

Por eso he criticado algunos cuadros que se apartaban del rumbo, que parecian el producto de un subjetivismo desgraciado, sin fuerzas. No sabria decir si hai adelanto o decadencia.

Tal como se presenta el desenvolvimiento artístico de nuestro país, parece influenciado por las escuelas europeas; i mas que por las lecciones de una escuela por las pequeñas intransijencias del sectarismo.

El arte vive con el tiempo, se transforma con la sociedad; tanto en la historia como en el arte, se puede estudiar la fisonomía de una época cualquiera.

La edad media que produjo todas las ignorancias de la santidad, es indefinible; solo ha dejado las grandes vidrieras coloreadas de las catedrales góticas; el renacimiento, mucho del paganismo griego, muchas telas inspiradas en los antiguos recuerdos; la época moderna, todas las transiciones i las luchas de la intelijencia; ahora se puede admirar la evolucion jeneralizadora i al mismo tiempo localizada.

El pintor espresa la naturaleza comunicándole su manera de pensar i de sentir. Particulariza sus emociones, i acentúa el medio en que vive.

¡Los dioses se van! decia Enrique Heine, a la muerte de Goethe, el Apolo de las musas.

Para nosotros ¡aun no llegan los dioses!





↳ SOBRE PINTURA ◀



EL SALON DE 1888

MAS exposiciones de pinturas de esto; tres últimos años, manifiestan el visible adelanto del arte en Chile,—el arte que siente el temperamento de nuestros artistas meridionales, sin ninguno de los exclusivismos de una tradicion, de una escuela, de un museo; ese arte que ha vivido en la naturaleza, en el ambiente de las montañas, en el turbion de los rios, en las hondonadas de los valles, impregnando a los pintores de esa

savia moderna que observa la belleza en todas partes, donde quiera que vean los ojos, que sienta el corazon; este arte chileno, que tiene algo de la sencillez idílica del Giotto, algo de la enerjía fortificante de los perfumes campestres; que se ha desenvuelto, como una muchacha campesina, a los rayos del sol, entre la vejetacion rubia de la primavera, con sus brazos morenos i tostados, su cuerpo amplio i gracioso, sus movimientos un tanto salvajes, pero conservando siempre esa gracia de la juventud, esa seriedad risueña de la niña que se trasforma en mujer...

I es fuera de duda que nuestros pintores abandonan ya el período de iniciacion para entrar de lleno, con alas propias, en la ancha carrera de la produccion artística, allí donde el hombre crea, donde la imaginacion concibe, donde los actos todos de la vida tienen un sello peculiar, la nota de la orijinalidad, del sentimiento.

Por eso, si hubiese de caracterizar la pintura chilena en algunos de los cuadros de nuestros pintores, ya sea por la novedad de la factura, por ese *aire* que me imagino ha de tener el arte en cada país, segun sea su clima i sus condiciones sociales, escojeria por ejemplo, *El podador*, de Celia Castro, con su crepúsculo de ópalo disuelto

en rosas, *La Náyade* de Valenzuela i su *Resurreccion de la hija de Jairo*.

Lo que llama la atencion en nuestros artistas es el colorido, esa tendencia a derrochar la luz en todas las combinaciones imajinables, hasta en sus matices mas dudosos i ménos comunes; estudian *d'après nature* el paisaje asoleado, la figura al aire libre, la caprichosa puesta de sol, con la conciencia i la fe de los temperamentos latinos, que viven bajo un clima benigno i delante de una naturaleza espléndida i hasta soñadora. No es de estrañarse, pues, que los cuadros del señor Jarpa inclinen el espíritu a la meditacion; todos nuestros artistas tienen una pequeña dosis de opio, fantástica, alucinadora, llena de enigmas i de sueños, que pone en medio de la observacion rigurosa su dejo de idealidad i de nostalgia.

Pero al lado de estas cualidades, que con el tiempo han de regalarnos toda una escuela de coloristas, "traductores de sol", se advierten, sin embargo, algunos defectos colectivos que no pertenecen a determinadas personas, sino que afectan la corriente jeneral, defectos orijinados por las buenas cualidades de los pintores.

El *Salon* de este año tiene en sí toda una provechosa enseñanza que es preciso no despreciar,

ya que estas lecciones se imponen en los hechos mismos. Alguien que se dé el trabajo de observar el centenar de telas aglomeradas en nuestro pequeño museo, verá ante todo, si compara los cuadros de Smith con los actuales, un adelanto; i mas que todo eso, un cambio mas en armonía con las necesidades actuales del arte, con sus recursos esquisitos i su tendencia a independizar el espíritu de los artistas.

El ideal del arte hoi dia no es, por supuesto, el de hace veinte años; no porque haya cambiado la idea de la belleza, sino porque las aspiraciones intelectuales de nuestra época han llevado el espíritu humano a la perfecta libertad de nuestras concepciones; porque la evolucion de las ciencias que dominan i subyugan hasta la idea mas insignificante del hombre, ha abierto a su voluntad el ancho horizonte de la naturaleza; i así como todos los fenómenos psicolójicos se van reduciendo a una funcion cualquiera de la fisiolojía, es decir, a hechos mecánicos, orijinados por el movimiento de nuestros nervios, la emocion, las sensaciones de nuestro espíritu han encontrado un molde humano, una incógnita que resuelve todos los misterios que la estética antigua entregaba como problemas de metafísica irreductibles, a una so-

lucion puramente matemática. I ya que en el hombre residen todas esas fuerzas creadoras, estudiemos al hombre, modificado por el medio ambiente, por sus cualidades puramente físicas, por todos esos detalles que concurren a formar la orijinalidad de la criatura humana, aquello que le separa de los demas, que le da vida propia,— su *temperamento*, sin el cual no habrá nunca artista que cree, ni concepcion que sea capaz de producir en nosotros la admiracion de la obra de arte.

Así como en la antigüedad la gramática del arte irradiaba de una fórmula divina,—el *ideal* de Platon, —nosotros sentimos el arte de un modo enteramente personal, desligado de todo precepto absurdo, de todo cánon que imponga, de todo lazo que amarre, sin mas lei que las leyes físicas de la naturaleza,—la acústica, la óptica,— sin mas reservas que el criterio personal, sin mas guia que la propia emociion, que el sentimiento que llevamos en nosotros mismos, que nuestra vista, que todo lo abarca, que todo lo ve, con sus colores, con sus sombras, con sus medias tintas, con toda la gradacion delicada, que le comunican nuestros sentidos, pues el hombre lleva en sí la causa i el efecto de sus propias sensaciones.

¿Qué es el *temperamento*? Sully Prudhomme dice: "El temperamento de un artista es su misma naturaleza, física i moral, en toda su complejidad, siempre que determina una elección entre todas las combinaciones armoniosas propias de su arte." Agrega en seguida: "...es su temperamento quien forma su *ideal*; pues un ideal no es otra cosa que el término necesario a toda comparación en arte, como en cualquiera otra cosa; de suerte que basta hacer una elección para afirmar que en ella, de buen o mal grado, hai un ideal (1)." Luego, somos nosotros quienes formamos nuestras sensaciones, quienes tenemos en nosotros mismos la fuente inspiradora de nuestras ideas; luego, están de mas todas las fórmulas consagradas por las escuelas de filosofía; luego, el arte es humano i nace del hombre, con todas sus peculiaridades, sus notas jenesíacas; i por fin, el hombre, i solo el hombre, es quien forma en su mente, el *ideal*, el término abstracto de comparación para todas sus obras.

Esto que parece tan evidente, que es casi ya una verdad para nosotros, hombres nuevos, que concebimos bajo la absoluta independencia de

(1) SULLY PRUDHOMME, *La expresión en las bellas artes*.

nuestro criterio, ha necesitado el trascurso de los años, las invenciones de la ciencia, el espíritu positivo, para cambiar los viejos patrones del arte, aquel clasicismo inquisidor, que como el lecho de Procusto, alargaba los miembros o acortaba los tendones de todos aquellos que no se sometían a sus leyes inflexibles, formadas por la tradición de los grandes maestros del arte antiguo. Se quería infiltrar en una sociedad nueva toda la médula de una sociedad vieja, ya caduca, sin afinidades con nuestros propósitos, con nuestros ideales renovados.

Es curioso observar que hace muy pocos años la estatuaria moderna ha buscado el movimiento, la vida, en las actitudes; ¡ es raro que solo ahora se conceda al hombre el dominio de sus facultades artísticas, ¡ se le diga a las ideas, "creced ¡ multiplicaos."

Es, pues, el hombre quien forma el arte; son las sociedades quienes crean las escuelas; es el espíritu de la época quien imprime el sello de la producción intelectual en todas sus variadas e infinitas manifestaciones; es ese conjunto de incidentes, que forman la vida humana, lo que compone aquella cadena, que como la escalera de Jacob, principia en nosotros ¡ se pierde en el cie-

lo,—elementos de arte, que dispersos i fragmentarios, recoge i sintetiza el artista, con sus pinceles, con sus mármoles, con sus armonías de notas.

Fácil es distinguir hoi dia la fórmula del arte, —la falta de fórmula: se produce, como las plantas, al aire libre, gozando del sol; jermiua en donde quiera que se manifieste una voluntad, que exista un temperamento. Todo es del dominio del arte; i así como Víctor Hugo decia: "no mas vocablos plebeyos," los pintores buscan sus cuadros, allí donde se armonizan sus gustos con la naturaleza. — I es este uno de los rasgos distintivos de la escuela nueva: el paisaje; porque como lo observa Taine (1), en ninguna parte, al traducir un espectáculo cualquiera del campo, un horizonte, una puesta de sol, pone el artista mas de su propia naturaleza, de su sentimiento: porque tampoco ninguna sensacion es mas personal que aquella que experimentamos ante la contemplacion de un paisaje. ¿Quién siente los colores del mismo modo? ¿Quién gradúa los efectos de luz de idéntica manera? ¿Quién penetra con igual intensidad de mirada el aire azul, esa atmósfera que ha-

(1) H. TAINE, *Philosophie de l'art dans les Pays Bas.*

bla a nuestros ojos segun sea el estado del ánimo?

I despues del paisaje, el retrato. Sí, el retrato mal que pese a nuestros pintores, que desgraciadamente nunca han sabido darle la nota personal, propia.

Quizás parece ocioso precisar el sentido de nuestra evolucion artística; pero cuando se considera la influencia tan vigorosa que ejerce en Europa, se notan entónces las ventajas que tienen nuestros pintores en la falta de un pasado, de un clasicismo, de una escuela de bellas artes, de una rutina académica. Hoi se piensa mas con Veron i con Taine que con Winckelman i Blanc; hoi se busca la independendencia absoluta del artista; se le abandona a sus impresiones, sin obligarle a cumplir los preceptos de tal o cual escuela; se respetan todas las naturalezas para que se produzcan donde las lleven sus inclinaciones. Hoi ya no existe la tortura de un maestro como David que obligaba a sus discípulos a componer segun sus reglas, a pintar segun sus pupilas, a dibujar segun su mano. El que tiene color lo derrama en sus telas; el que tiene dibujo afirma los perfiles por la precision de las líneas; el que siente bien, mancha con toda franqueza para espresar la verdad con que

concibe las cosas. Aquí se destruye con los hechos la acusación que generalmente se hace en contra del realismo.

Si copiamos la naturaleza, llegaremos al sistema del arte fotográfico, dicen algunos. ¡Imposible! Por más que hagamos, nunca logrará el hombre despojarse de su personalidad. Porque no todos sentimos con la misma fuerza, ni vemos los colores del mismo modo, ni es igual en nosotros la impresión que nos causa la imagen que deseamos trasladar al lienzo. Todo depende de la conformación sensual de nuestros nervios ópticos; de la mayor o menor intensidad en las vibraciones de esos mismos nervios; de la manera como llega hasta nosotros la visión del objeto, sea por las desviaciones del color, sea por la debilidad de la vista, que fuerza más unos tonos que otros i da mayor preferencia a los colores encendidos que a las luces pálidas; sea, en fin, por ese instinto del gusto personal, que da preferencia marcada a todo aquello que se adapta más a nuestro temperamento (1). Nunca, en ningún caso observando las mismas reglas, llegarán dos artistas a pintar

(1) HELMHOLTZ, *Principios científicos de las Bellas Artes.*

del mismo modo: los salvará siempre su organismo, conformado de diversa manera.

Así se comprende cómo en el paisaje nunca se han encontrado Millet, Courbet, Corot o Emile Breton.

Es esa misma diverjencia la que ha producido, con el trascurso de los siglos, tantas obras de la inteligencia humana; es esa disparidad la que ha salvado las investigaciones del arte, de la pintura, de las letras. Porque es indudable, que si los hombres pensarán de igual manera, habria llegado un término en que se habrian agotado los fenómenos que se observan en la naturaleza, i se habria aniquilado la fuerza de produccion.

Nó, no se encontrarán nunca los hombres en su carrera, miéntras vivan con esta naturaleza, con este organismo, esencialmente personal, particularizador, i seguirán pensando i elaborando esta vastísima produccion que llena el mundo, que revuelve las ideas, sacude los jérmes dormidos de los ideales nuevos i hace brotar, entre el frote de las teorías i de las suposiciones aventuradas, los grandes principios, esa lei del progreso, que cambia siempre, pero que siempre lleva a mejores destinos, al arte i a los hombres.

Por eso, en dondequiera que domine la supe-

rrioridad moral del hombre, allí se forman las escuelas, i allí adquiere independendia el espíritu del artista.

Nada mas estéril que los preceptos consagrados de antemano para una produccion cualquiera; las ideas preconcebidas matan el vuelo libre de la inspiracion i apagan la naturalidad desenvuelta de la juventud.

Por eso aun en Francia, que posee una de las organizaciones mas completas en punto a bellas artes, se ha llegado hasta el extremo de negar la utilidad de una escuela sostenida por el Estado; porque se comprende lo difícil que debe ser para maestros distinguidos, que han bebido todo su arte bajo la cúpula del Instituto, en los moldes griegos o en las composiciones hieráticas de fama antigua, renunciar a esa enseñanza, suprimir ese pasado de tantos siglos, dejar perderse por inútiles todos aquellos preceptos estudiados a costa de tantos esfuerzos, todo aquel mecanismo embrionario, seco i profundamente negativo en sus consecuencias. I ha llegado hasta tal extremo esta corriente de independendia para las artes, i sobre todo para el artista, que, al decir de Veron, casi todos los pintores nuevos, los nuevos maestros, se han formado en los talleres

particulares, fuera del alcance de Cabannel, el pontífice de la Escuela de Bellas Artes.

Todo esto viene a demostrarnos, resumiendo las observaciones anteriores, que la pintura chilena no ha pasado por ninguna de estas horcas caudinas del sectarismo; que los artistas no tienen que respetar una tradición que embarace su progreso, ni maestros que los obliguen a producir en contra de sus fuerzas o de sus necesidades morales; que el clima o la vejetación, el ambiente de nuestra tierra, todo contribuye a desarrollar entre nosotros toda una *escuela* de pintores realistas, de un colorido brillante i observadores siempre finos i atentos de estos mil secretos i combinaciones que la naturaleza guarda para los que la buscan i la estudian asiduamente.

"Al principio, son los hombres quienes forman las escuelas; despues, son las escuelas quienes forman los hombres," dice Fragonard.

Atravesamos justamente ese período en que los pintores chilenos deben formar la escuela chilena. Se nota en todos ellos ese deseo de amalgamar sus fuerzas, de encontrar el mismo camino, ya por la nota distintiva del color, ya por esa corriente acentuada en favor del paisaje, ya, en fin, por la independendencia de los cuadro

de jénero, que en la absoluta libertad de su composicion, marcan el rumbo de una época, si no por sus condiciones especiales, al ménos por el tema de los asuntos tratados. Ahora no buscamos efectos de conjunto en la historia de Grecia o de Roma,—la muerte de Sócrates o el rapto de las sabinas,—ni hacemos la anatomía de los santos de la Edad Media, al uso de Filipo Lippi, ni nos interesa el convencionalismo de las leyendas bíblicas; tampoco nos llama la atencion el simbolismo pagano de la mitolojía, a no ser en las acuarelas de Watteau o en los tapices que se remontan a Luis XIV. Ni dioses ni santos; nada mas que el hombre.

Esa es la característica del movimiento contemporáneo; i por lo tanto, movimiento de personalizacion, en que el artista descubre motivos i asuntos en las trivialidades de la vida, en las miserias de la pobreza, susceptibles de anotacion personal en toda las esferas de la actividad humana, en el campo i el taller, en la bohardilla húmeda, tamizada de musgos verdes i en el *bois-doir* cuajado de rayos de sol, donde la alegría esponja sus alas i esparce esa luz tibia que no conocen los desheredados de la fortuna; en las soledades del dolor i en los paisajes aborascados

de la tempestad, en la violeta que crece, en el trigo que jermína, en la savia que murmura bajo la corteza de los árboles, en el miserable que pasa por nuestra puerta, en el mendigo que se detiene bajo la arcada del palacio, en las claridades polvorosas del estío, en la frase de amor, en el párrafo de historia que relata la conquista de un pueblo; todo lo que sentimos, todo lo que pensamos, todo lo que tiene un matiz, una línea que encierra una idea, que sorprende nuestra imaginación desbordada; en fin, todo lo que cruza por el kaleidoscopio de la vida:—lo inverosímil i lo tierno; lo que parece un sueño i lo que es una realidad. Sí, todo... *Toute la lyre!*...

Creo, pues, que solo el esfuerzo de cada individuo, puede dar relieve al asunto que se escoje; i por lo tanto, debemos buscar,—cuando se trata de nuestros pintores,—cuál es el rumbo encontrado, cuál es la tendencia del arte nacional, i cuáles son los inconvenientes que retardan su desarrollo.

He pronunciado la palabra: escuela chilena.

Desde luego me inclino a pensar que no existe esa escuela, aunque tengamos artistas de reconocido mérito i otros que son una verdadera esperanza.

En un país nuevo, es el genio, en todo el amplio sentido de la palabra, es decir, el poder creador, quien llega a formar de la nada un arte con caracteres de novedad i originalidad; debemos reconocer que entre nosotros, en esta materia, no ha habido mas que talentos, organizaciones mas o ménos bien conformadas para comprender los secretos de la ciencia de la pintura i sentir sus emociones. Si, pues, la escuela chilena no existe preciso es averiguar a quiénes les ha cabido en suerte hacer la evolucion, derramando sus preceptos artísticos.

En primer lugar, encuentro en casi todos nuestros pintores una incertidumbre, una duda, una falta de consistencia en la realizacion de sus cuadros, que solo me esplico por esa misma incertidumbre con que han marchado los maestros. Así vemos que la mayor parte de nuestros jóvenes han repasado, en el corto espacio de tiempo que les han dejado sus estudios, todos los jéneros pictóricos, desde la naturaleza muerta hasta el paisaje, desde la composicion mitológica hasta el gran cuadro histórico, sin cuidarse de averiguar qué jénero es el que cuadra mas con sus instintos o a su temperamento.

En el Salon de 1886 vimos a los señores Gon-

zález Méndez i Correa esponer cuadros de figuras; el año siguiente dedicaron sus conocimientos al paisaje, fluctuando entre estos dos caminos, llenos de indecision. La señorita Celia Castro abandonó sus naturalezas muertas, aquellos rinconcitos donde crecian fresas i margaritas, aquellos pequeños estudios entonados en las luces mas vigorosas i a la vez mas profundamente sentidas, para explorar un nuevo campo en el cual, si ha ganado la novedad i la enerjía de la factura, ha perdido un poco su temperamento de mujer, aquella poesía que firmaba todas sus telas. El señor Lira, infatigable, tesonero, ha recorrido toda la escala, la variadísima escala de los jéneros de la pintura.

Primeramente escojió la mitolojía: Prometeo, Safo i tantas otras encarnaciones del paganismo; despues, la historia, es decir, Hernani, Coloa, escenas de caza en la Edad Media; las cabezas espresivas, los celos; un poco de la biblia, mucho de esos paisajes cenicientos i crepusculosos que acordan con su paleta, i, finalmente, el grande estudio de la pintura histórica, al aire libre, con agrupaciones de personajes, efectos de luces i de sombras, líneas de perspectivas, escorzos i pinceladas valientes i robustas. I esto sin tasa, sin dis-

tinciones. Nuestros artistas lo han explorado todo, siguen explorándolo todo, i no encuentran el género que mas se les asimila.

Es indudable que nunca alcanzarán la nota alta, si no sienten en su cerebro cuál es aquello que, de entre lo que nos ofrece el arte, nos atrae i nos conmueve mas. Eso quiere decir que estudian científicamente, demostrando en *tours de force*, mas o ménos bien compuestos, que conocen los resortes mecánicos, el secreto de la profesion; pero de ahí a creer que la pintura no es mas que un estudio de academias en que las actitudes del desnudo, aquella ondulación enérgica de los músculos, es lo mas acabado i lo mas perfecto, hai una distancia mui grande.

Aquí un artista exhibe a la vez cuatro o cinco trabajos de índole diversa, para mostrar, como lo decia hace poco, que sabe vencer dificultades i que tiene maestría. En Francia, Bonnat encuentra su rumbo, i se queda en el retrato; Neuville acierta en el género militar i alcanza los mayores triunfos; Breton no sale de sus colores i de sus campos; i, en fin, ahorraremos una enumeracion: hasta en la industria, la especialidad trae un perfeccionamiento i un mayor adelanto.

Por otra parte, se nota en nuestros pintores,

que en la eleccion de los asuntos, por lo jeneral, no se penetran bien de la idea, ni la desarrollan con arreglo a su temperamento, ni buscan el efecto en un conjunto, en un rasgo saliente, sino que toman todas las líneas sin cuidarse de dar valor a aquellas que tienen mas importancia. Así, sucede que, en presencia de un paisaje, no sienten la naturaleza, i pintan el primer rincon, una vertiente cualquiera, dos o tres árboles; pero no saben en dónde está la belleza del terreno, por qué gradaciones de luz se llega a un efecto de coloracion, i por medio de qué entonaciones se alcanza el resultado completo. He visto a muchos artistas plantar su caballete al acaso, donde hacia mas sombra, sin cuidarse de encontrar cuál era el lado mas hermoso de la campiña... ¿I qué de raro hai en esto, si muchos pintan sin sentir nada, si muchas de esas telas son hechas en el taller, sin observacion alguna, por convencion, con esa luz siempre ficticia de una pieza bajo techo?... Buscan poco la verdad en el dibujo, en el colorido; dan poco campo a sus inspiraciones personales; son mui pocos los que en sus cuadros dan la pincelada de maestro, aquella que tiene la conviccion i el sentimiento.

Podria agregar algunas otras de estas observa-

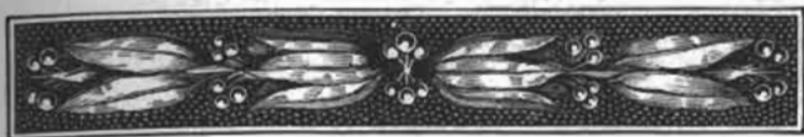
ciones, que, a juicio de muchos, son las que impiden a la pintura i a los artistas tomar un sello nacional, en el camino que les está trazado por el paisaje, por la figura o por la pintura de jénero.

Yo reconozco el talento de nuestros artistas; pero no encuentro en ellos la base de una colectividad, pues viven temerosos de ser bastante francos i de encontrar cada cual su camino, sin miedo a las preocupaciones o a las tiranías de los maestros.

Un hindú gastó su vida en buscar una perla, que, segun un derviche, tenia cerca de sí; el hindú murió en las escursiones... i no encontró la joya: la perla era su corazon.

Mucho temo que nuestros pintores busquen en tierra estraña la perla que llevan en su propia cabeza, en su cerebro.





LOS CUADROS

DEL SEÑOR DON ALBERTO ORREGO LUCO



MAÑANA tendrá lugar el remate de los cuadros que el señor don Alberto Orrego Lucó ha traído de su última escursión al sur de Chile.

Tiene, desde luego, el señor Orrego, el ojo avezado del artista que sabe escojer de entre aquella naturaleza de tonos caldeados o de tranquilo horizonte, lo que constituye la *característica* de su impresión, lo que sobresale, lo que tiene nota culminante.

Esto que parece tan fácil, es el pecado original de nuestros pintores: no saben escojer. En una gran perspectiva, se encuentran perplejos, titubean, el exceso de paisaje los anonada un poco, concluyen por aburrirse i pintan lo que se les ofrece mas a la mano, lo que está mas cerca, mas al alcance de los pinceles.

Esto sucede porque no poseen condiciones de impresionabilidad, no observan, no dan al paisaje toda la importancia que tiene como fuente de sensacion artística, no aplican a la naturaleza las condiciones de su temperamento; juzgan lo que tienen ante los ojos, mas que por la apreciacion personal, por las mayores facilidades que ofrece para ser trasladado al lienzo. En una palabra, pintan allí donde con toda facilidad se encuentra el asunto de un cuadro, donde los colores fluyen espontáneamente, i los tonos se producen con amable naturalidad, con la naturalidad excesiva de todo lo vulgar. I escapan de todo asunto, de todo paisaje donde el contraste es vigoroso, los tonos se acentúan i se subleva la paleta, allí donde entra la intuicion i el carácter del artista a luchar, a domar la enerjía de los colores, donde los reduce, los combina i los desparrama a su antojo, donde acentúa las luces i concluye por ser

dueño de toda aquella gama brillante, aquellas notas coloreadas que resaltan chispean, huyen, vuelven, saltan i desfallecen en perspectivas admirables, en horizontes cenicientos, en esas puestas de sol en que las nubes parecen un balcon jigantesco,—un balcon a la italiana, de donde cuelgan i se ajitan todos los harapos rojos i azules del cielo.

Esta manera de sentir, esos ojos que encuentran algo donde los demas no encuentran nada; eso es el temperamento. Vivir en tacto exclusivo, mirar con vista que solo uno posee; eso es la originalidad.

El señor Orrego tiene muchas de esas cualidades. En sus telas se ve la nota personal, propia. Mancha con una gracia infinita, i todos sus bosquejos, casi sin excepcion, nos dan a conocer un espíritu delicado. Hai en todos ellos suma elegancia, distincion, i mas que todo, un refinamiento, una ductilidad de colorido, que solo se adquiere con aquel roce, con aquella observacion continua, con aquel incesante afan de seducir, de aprisionar la naturaleza en un cuadro. Hé ahí la querida de los pintores. La naturaleza femenina, voluble, cambiante, delicada, vaporosa, ruda a veces, incolora otras, tiene para los artistas todos los misterios

de la mujer, una fantasía glotona de favorita hastiada.

Es preciso tratarla, no como a un modelo, exigiéndole servicios por fuerza; es preciso conocerla, indagarla i hacerle caricias... de otro modo...

Estas líneas van destinadas a saludar al señor Orrego,—a uno de los pintores que mas nos honran, el pincel mas empapado en sol... i, como pronto dejará esta tierra, a desearle que siga siempre con la musa risueña de su paleta. ¡Qué festiva muchacha! ¡Qué hada tan cariñosa!





LOS DIOSES QUE CIVILIZAN



HN CHILE somos esencialmente patriotas: tenemos la furia del patriotismo, que es una de las tantas enfermedades heroicas que sufren los pueblos jóvenes, sin tradiciones, con un pasado nuevo i que todo lo aguardan de su propia fuerza, de su virilidad.

Todo lo queremos chileno, las fábricas, las industrias. Pero esto solo no nos basta; se desearia ensanchar aun mas el *cachet* nacional. Ahora el arte debe ser chileno, i si no, no sirve; nuestra literatura debe tambien guardar ese sabor clásico

del patriotismo, olor penetrante de flores silvestres, tostadas por el sol.

I la marea creciente del "amor sagrado de la patria" amenaza convertirse en la mas estrepitosa revolucion, en el socialismo artistico mas desenfrenado, que solo reconoce a los héroes que gritan desde las estatuas, que levantan mui en alto las manos, que montan a caballo con toda la coquetería de un aficionado *a la alta escuela*.

De aquí ha nacido esa manía inocente de ciertas personas que gastar su tiempo en parchar las esquinas de las calles con las estampas de los héroes, hasta convertirlas en etiquetas de cajas de fósforos o marcas de jabon. ¡Los héroes se hacen socios industriales!

I conozco jentes cuya vida no es mas que una perpétua cancion nacional, cantada en todos los tonos imajinables, pero sin acompañamiento de música.

El pueblo, aquí en Chile, es perfectamente bochinchero, truhan, festivo, i anda siempre a caza de emociones picantes. Si va al teatro, es porque se le espera algun desaffo, alguna muerte, algun combate singular; porque la heroína tomará veneno i el padre se matará sobre su cadáver. Cuando anunciaban *Cármén*, la galería estaba repleta;

porque Cármen muere apuñaleada por don José, —una puñalada a la chilena. Si los españoles tienen las corridas de toros, creo que en el único país donde podrían aclimatarse como en su casa, sería en Chile. El pueblo tiene en los rodeos las mismas sensaciones violentas, las mismas luchas del animal con el hombre... solo falta la sangre!...

No es de extrañarse entónces que mire como obra de arte acabada la estatua de O'Higgins, i que aplauda casi todos nuestros monumentos públicos, pues en todos ellos hai una nota forzada, casi todos salen del dominio del buen gusto, la mayor parte tienen esa majestad vanidosa que encanta al vulgo, i que es solo el resultado de la mala educacion artística,—pues nuestros hombres de bronce i de mármol, tienen fisonomías altaneras, provocadoras... i eso le agrada, eso le deleita, i si las jentes hacen algunas reflexiones al estudiarlos, cuando mas esclamarán:

—¡Vaya, hombre! ¡qué bueno debería ser Carrera para las bofetadas!

—¡Qué bien monta O'Higgins! ¡Ese si que sabía andar a caballo!...

I los monumentos, que en las grandes ciudades sirven como ejemplo, como lección; las estatuas, que educan el gusto demasiado fuerte de las ma-

sas, que son una enseñanza, en Santiago alborotan el espíritu turbulento o son motivo para madrigales.



Esta misma carencia de estátuas me ha hecho pensar en los escultores, nobles corazones, que tallan en la roca viva la historia de los pueblos.

Soi admirador apasionado de la escultura, encuentro en el relieve del mármol, en las nerviosidades del cincel, en los bruscos golpes del martillo, algo que hace falta aun en las pinturas mas hermosas.

Muchas veces, en un taller del cual espero grandes obras, me he pasado largas i lentas horas de pié junto a un trozo de arcilla, observando, admirado, el impulso vigoroso de la mano, las caricias suaves de la espátula o la presión húmeda del dedo, i viendo surgir figuras graves e imponentes como el *Moises*, olímpicas como la *Vénus de Milo*, o soñadoras como casi todas las estátuas de la nueva jeneracion de Diosas. Impresiona sobremanera esa lucha tenaz i porfiada del hombre con el ideal, i ningun triunfo es

comparable al del escultor que crea una figura humana a golpes de cincel o con la simple tortura de un trozo de madera.

Quien ha vivido un poco esa vida en que todo se espera de la cabeza, en donde el corazón es luz i vida el pensamiento; los que conocen las amarguras de la esterilidad i han estado muchas horas, a veces un día entero, frente a un modelo, sopor-tando las veleidades de la arcilla, impotentes, fatigados, comprenderán la belleza, el placer intenso de esos hombres, cuando triunfa la mano i la idea se hace mujer, ángel, Dios.

Al hablar de ellos, se enciende la pluma... Quiero, mas bien, llegar friamente a esa conclusion inesplicable de la desgracia de los artistas, especialmente de los escultores.

Se realiza con mas facilidad una tela que una estatua, i por lo jeneral, rara vez se compensan las fatigas que orijina una composicion en mármol. Se paga el trabajo; pero no se pagan las angustias del artista, que aguarda por momentos que el ideal lo traicione. Para una estatuilla, ¡cuánto derroche de espíritu!

Plaza me decia:

—Las estatuas perfectas son como la felicidad: se hallan rara vez.

Plaza, es para mí, no solo un escultor, sino un hombre de letras, sin pluma.

—Voi a emprender una campaña, le escribió a un amigo, nó para matar el arte, sino para vivir con él. Fué entónces cuando decidió su próximo viaje a Europa, i concibió la idea de realizar en Paris los bosquejos de dos soberbias estátuas, que solo conocen los que frecuentan su taller.

Plaza es un temperamento orijinal, saturado de escepticismo. Las desgracias de la vida le han fortificado el carácter; hasta su sistema de trabajo es diverso del de ántes. Hai ahora en sus obras esa enerjía que dan los sufrimientos i que imprime a los artistas un sello audaz, robusto.

Lo he visto modelar muchas obras, así es que le conozco muchas amarguras; tiene, como decia el Dante, "la enerjía del dolor."

La admiracion,—palabra escasa en Chile, porque son escasos los hombres,—la admiracion que le profeso, viene de ahí.

Es preciso haberlo visto trabajar, observar su fisonomía, la contraccion de sus músculos, el aislamiento de la mirada, el ceño fijo, arrugado i esos parpadeos contínuos que parecen rechazar la vision demasiado luminosa de la idea, para

convencerse de la emoción que se apodera de él cuando está delante del barro misterioso.

Los ojos sumidos bajo el arco oscuro de las cejas, la frente amplia, los cabellos desmelenados, incultos i ásperos; de pié, inmóvil a ratos, trabajando con frenesí, en silencio, sin hablar palabra, pasaba el día entero, hasta la tarde,—una tarde plomiza, enferma, con un cielo surcado de nubes oscuras,—en que me despedí de él, exclamando para mí:

—¡Qué peso tan grande el de las ideas!

Una semana despues me mostró el proyecto de un grupo heróico, titulado:—*El chileno muere, pero no se rinde.*

Son tres hombres,—tres rotos,—desnudos, sobre unas cuantas tablas que flotan en el mar.

Uno, de pié, desafiando, con la mirada en el espacio; otro caído, arrollado, inerte; i el tercero moribundo, oprimiendo contra su pecho la bandera.

He contemplado este grupo muchas veces. Me parecia encontrar en él, algo de esa majestad de la estatuaria antigua, esa pureza de formas, ese aire sano de los dioses, que nunca envejecen, esa enerjía de los músculos heróicos, ese *no sé qué*, que es la característica de las grandes obras. Sa-

ludé en aquella estátua el monumento mas hermoso que vamos a tener en Chile.

Nada le falta; por el contrario, posee lo que ántes no tenia Plaza, i que hacia desmerecer un tanto sus obras: la valentía en la ejecucion.

Era demasiado tradicionalista. Le parecia un pecado alterar, en un punto siquiera, las reglas de la estatuaria griega.

Así, violentando sus gustos i su inclinacion, ha abierto surco a las pupilas de sus estátuas,—porque en ninguna obra romana están diseñados los ojos.

¡Ah! esos ojos frios, esos ojos que no ven, i que, segun Heine, son los ojos de la Divinidad, inmutables, impasibles!

Ahora bien, Plaza modelaba con esquisito cuidado i era de opinion que los músculos no debian tener mas que el relieve necesario para producir la belleza del conjunto. Nada de situaciones forzadas, nada de brazos nervudos; sus hombros son de figura esbelta, amplia, pero sin ninguno de los abultamientos del luchador o del discóbolo.

Hace ya algunos meses que no le veo. La última vez que conversamos, tenia abierta, cerca de la sala central del taller, una de las piezas donde se amoldan estátuas i se guarda el bronce para la

fundicion.—El monumento *Blanco Encalada*, saldrá de ahí. Otra de estas piezas estaba llena de bustos romanos: algun *Vitelio* de cuello prominente; algun *César*, que medita en un rincon, de fisonomía severa, pero ajada; la cabeza de un *Baco* jóven o la máscara contraída del *Diógenes* de Puget. Esparcidas por el suelo, se divisaban algunas nuca reproducidas de la *Vénus de Médicis* i objetos de bronce antiguo; anchos platos de orijen breton, con flores rojas en los bordes; el piececito inespresivo de algun amorcillo del Renacimiento; los ojos impasibles de la *Vénus de Milo*; la nariz correcta de un Apolo.

Allí, todo está revuelto, caído, los dioses i las *Vénus*; allí se hermanan i se juntan las modernas esculturas i los rotos frisos partenopeos; es la liquidacion desastrosa del paganismo, el paso del Mar Rojo de todas las divinidades de la mitolojía.

¡Qué estraña impresion producía aquel hacinamiento estraño de obras de arte.

Era la vida de los artistas lo que contemplaba; los ideales derribados, oscuro el cerebro i desierto el corazon por la esperanza.

Volvamos al principio.

Las obras de arte son una enseñanza. En los pueblos antiguos, donde el desenvolvimiento intelectual no estaba limitado a ciertas categorías sociales, sino que era una lluvia benéfica que alcanzaba a todos los espíritus, la estatuaria era uno de los muchos elementos de civilización.

Como lo recuerda Macaulay, es imposible que el cultivo de las masas alcanzara un grado más alto.

No debemos, nosotros, descuidar este punto. I, sin embargo, parece que hemos hecho todo lo posible por alejarnos del buen gusto. Tenemos miedo a las estatuas hermosas.

Desde el buen Colón, que se hiela de frío en su columna i que parece una ironía histórica, hasta la misma estatua de Serrano en Valparaíso, que no es otra cosa que un tenor que canta el *Madre infelice*, no poseemos una sola obra de arte.

I ya que tantos artistas officiosos se preocupan de diseñar proyectos para un arco de triunfo, es menester que dejemos a un lado esa preocupación de que es preciso tener algo que sea con carácter nacional.

Sería mejor que copiáramos un arco antiguo, ántes que andar buscando orijinalidades que conducen, por lo jeneral, al mal gusto.

Imajínese, como dice no recuerdo quién, la enseñanza que da una estátua.

Si es un héroe, impone por la actitud de su figura; los jóvenes lo admiran i el pueblo venera su memoria. Si, como en Roma, es una estátua desnuda, un gladiador cualquiera, pienso en la envidia con que mirarian las madres aquel tipo de hermosura varonil, aquel cuerpo fuerte, robusto, aquellos músculos soberbios, aquella ramazon espesa de nervios, como una encina, aquella apostura gallarda, que parece decir:—Yo puedo luchar por la patria. Imajino cómo los jóvenes educarian su cuerpo, vigorizándose, i cómo la multitud contemplaria extasiada aquellas formas de mármol.

Tenemos héroes, pero no tenemos estátuas dignas de los héroes.





LOS ARTISTAS CHILENOS

EN EL ÚLTIMO SALON DE PARIS



POR el último vapor de Europa han llegado los catálogos ilustrados del *Salon*, que anualmente tiene lugar en Paris, en el mes de mayo.

Esta esposicion es el torneo de todos los artistas del mundo. Allí van a disputarse la gloria todas las celebridades de la pintura, de la escultura i del grabado. Junto a los anónimos están las firmas de los maestros: Constant, Puy de Chavannes, Cabannel exhiben sus telas magníficas, i Falguère, Mercier i Dubois sus esculturas poderosas.

sas, amplias, con ese sello del movimiento enérgico i desembarazado, que es el ideal de los artistas modernos.

En el Salon están concentradas todas las escuelas, todas las sectas del color o de la sombra; allí triunfan los realistas, el *plein air*, i allí muestran las vaguedades románticas, los desfallecimientos de la paleta i las extravagancias de los bohemios de la pintura.

Anualmente llegan a pedir hospitalidad, cuatro o cinco mil telas: de esas solo se reciben dos o tres mil.

Nuestros artistas, este año han andado felices. Recorriendo las firmas de los esponentes, nos encontramos con los nombres de los señores Virjino Arias, José Tomas Errázuriz, Alfredo Valenzuela Puelma i Pedro Lira, aunque echamos de ménos nombres tan reputados como los del señor Alberto Orrego Luco, Onofre Jarpa, Ramon Subercaseaux i Nicanor Plaza, que podrian haber completado la exhibicion chilena, ya que suponemos que ninguna nacion sud-americana puede contar, como nosotros, con un número tan crecido de artistas de verdadero porvenir. Si con los escasos recursos, i con la pobre organizacion de nuestras escuelas de artes, los pintores i escultores

chilenos forman un grupo numeroso, a la vuelta de algunos años, cuando se cree la Academia de Bellas Artes, se complementen los estudios i se organicen los cursos de enseñanza teórica, ¿qué no podremos esperar de nuestros artistas? I aun así, en mantillas, mas de un nombre ha encontrado eco en el Salon, mas de un crítico ha estampado conceptos halagadores para mas de un artista, i mas de una obra de arte chilena ha merecido los honores de la reproduccion: que lo digan Lira, Arias, Plaza. El *Caupolican*, el *Prometeo*; *La Náyade* de Valenzuela, el *Roto Chileno* de Arias, tienen su párrafo aparte en nuestra pequeña historia de los artistas nacionales.

Dice el catálogo del Salon de Paris:

948. José Tomas Errázuriz, *Retrato*.

949. Id., *En los pantanos*.

El señor Errázuriz pertenece a esa escuela que busca el efecto del relieve en la sombra misma que hace consistir todas las gradaciones de la luz en una base de colores azules, desarrollando los tonos, los matices i las medias tintas con este color subido.

2427. A. Valenzuela Puelma, *Retrato del señor Alberto Blest Gana*.

Recordamos que cuando el señor Valenzuela

exhibió su *Náyade*, un crítico de *La Revista de Ambos Mundos* le consagró un párrafo por demas interesante, reconociéndole sobresalientes cualidades i una juventud de colorido a toda prueba, que aun tenia mucho que dar de sí.

1658. Pedro F. Lira, *Mujer chilena que va a la iglesia de la Merced*.

1659. *Remendona chilena, tipo americano*.

El señor Lira tiene ya su reputacion formada: es un artista distinguido, de vasta ilustracion, con tendencias propias, aunque lleno de novedad en sus concepciones.

Su *Mujer de Manto* que se exhibió en el Salon de Santiago del año 87, llamó la atencion de todos. Era una figura blanca que se destacaba en un fondo igualmente blanco. Habia en esa tela una combinacion atrevida, que se presta a los efectos de luces mas variadas, a todas las gamas de tonos blancos, hasta aquella blancura lijera-mente gris, brumosa.

3732.—V. Arias, *Arturo Michelena*, busto en arcilla.

Infatigable para su trabajo, Arias ha presentado ya su firma a muchos Salones; con el *Roto Chileno* obtuvo una mencion honrosa, con el *Descendimiento de la Cruz*, una segunda medalla. Con

el busto mencionado parece que tambien se le ha concedido una distincion honorífica.

Este es el lijero resúmen de la campaña de los artistas chilenos en la "capital del Arte" como dice Wolff.

Es de esperar que el año próximo concurren los señores Ernesto Molina, González, el pintor, i González, el escultor, que actualmente son pensionistas del Gobierno en Europa.

Con estos antecedentes podemos suponer que nuestro Salon será mui concurrido, tanto por la exhibicion para la Esposicion Universal, como por juntarse los certámenes organizados por los señores Maturana i Edwards.

Parece que el Gobierno hará traer todas las obras ejecutadas por los pensionistas.

Este movimiento creciente augura un mayor desarrollo si, como esperamos, se organizan debidamente los diversos ramos de la enseñanza de las bellas artes.



TERCERA PARTE



LA SEMANA EN SANTIAGO



UNA revista de la semana!
No es una idea nueva esto de narrar impresiones. Imagino que todos los hombres han comenzado por lo mismo, i la novela se forma por una série de pequeños acontecimientos, de historias, de charlas, en las cuales se derrocha el injenio con alegría i expansion, para concluir en el último capítulo con un encaje destrozado, con muchas lágrimas i, otras veces, en medio de puntos suspensivos!...

Nada de esto cabe aquí. Solo los franceses pueden escribir, con verbosidad incansable, sobre los

conocidos temas del amor, de la amistad,—todas esas viejas coqueterías de la moral que frecuentemente nos encantan, i que olvidamos con igual frecuencia.

Una semana en Santiago no tiene los atractivos de la novedad. Por una fiesta hai muchos dias que pasan en blanco, dias de invierno, de nieve literaria. I ademas, para escribir con alegría hai que estar embriagado de ingenio.

Habrà alguna vez una revista que haga reir; otras,—i éstas las mas de las veces,—grises, opacas, con todos los caractéres de una enfermedad nerviosa; disgustará al lector, i no se piensa que el cronista tiene que guardar su máscara juguetona, como *El gaitero de Jijon* que tocaba en los bailes alegres canciones, miéntras su madre agonizaba en la casa.

El pueblo griego tenia escuelas para enseñar a las jentes el modo de hablar en público, de estudiar a los grandes escritores: se aprendia a discutir i, lo que es mas notable, a callar con talento.

¿Por qué no se habria de educar la risa?

Hai mucho contraste entre los madrigales que se escapan en un salon i las francas burlas de nuestro pueblo.

Todas las cosas, aun las mas insignificantes, tienen su actualidad.

Hace algunos meses los diarios gastaron el fondo de la bolsa,—el ingenio de las grandes ocasiones,—para alabar a Sarah Bernhardt.

Aquella mujer flaca, estenuada, que vivia en languidez perpétua de encajes i de sollozos, tuvo su época. Dos críticos eminentes la caracterizaron de una manera bastante orijinal. Esa ternera de cinco patas i aquel manajo de huesos sabrosos, que la prensa aplaudió con tanta gracia, nos muestran el grado de entusiasmo que puede despertar una actriz.

Solo las mujeres provocan frases espirituales.

Despues de Sarah, el cólera. ¿I por qué nó? ¿No decia Luis XIV, en cierta ocasion:—I despues de mí el diluvio?

El cólera, la mas desconocida i la mas terrible de las enfermedades, hace sus víctimas en silencio. A toda hora del día se ven las carretelas conduciendo coléricos. Se nota en la ciudad un movimiento, un trabajo incesante. Las escenas se renuevan aun en las calles mas centrales. En todas partes reina la abnegacion.

Sin embargo, nunca falta una nota cómica.

En la cárcel, según dan cuenta los diarios, se produjo un caso sospechoso. En el acto vino una *golondrina* para llevar al individuo al lazareto. Se le subió en medio de las contorsiones más terribles.

A medio camino, viendo el preso que nadie lo observaba i que era más conveniente el aire de la libertad que los cuidados de un lazareto, corrió las cortinas i, con la tranquilidad del inocente, se bajó, tomando una de las calles estraviadas que lo ocultó a su guardian.

Es de presumir el asombro del cochero cuando se encontró con el carreton vacío...!

Esta semana, aparte de las columnas de defunciones, ha sido pródiga en flores, en luces i en incienso.

La consagración del señor Casanova, arzobispo de Santiago, que tuvo lugar hace algunos días, es una de aquellas ceremonias imponentes, llenas de majestad i que se perpetúan en el recuerdo de las personas.

El domingo, el reverendo padre Lucero cambió el traje gris i sus sandalias, por el hábito morado del obispo.

Desde muy temprano, la iglesia de la Recoleta

se vió invadida por una concurrencia numerosa.

El espectáculo era encantador i predisponia al recojimiento. El órgano, con sus voces graves i sonoras, con sus entonaciones llenas de arrebató i de misterio, parecia derramar algo de la divinidad, por las bóvedas del templo.

Las columnas de mármol, las pinturas sagradas, la luz proyectándose a través de vidrios de colores, el murmullo de la jente, los cánticos aislados del sacerdote, el incienso que subia hasta la cúpula, alguna lágrima de piedad, algun recuerdo doloroso, todo parecia confundirse religiosamente en torno del nuevo obispo.

Estas sorpresas desconocidas del poder, solo tienen lugar en el claustro.

La política prepara a los hombres para el ejercicio de los deberes cívicos; la relijion esparce la humildad en los corazones, borra del convento la nocion del marido i, en el capricho de la fortuna, hace surjir las grandes dignidades del sacerdocio.



El paseo organizado por las señoras de Santiago para socorrer las ambulancias, tuvo espléndidos resultados.

La *Kermesse del Santa Lucía* ha sido una fiesta orijinal, llena de atractivos i de sorpresas.

El cerro estaba adornado con gusto, casi diríamos con elegancia, si elegancia cabe en transformar las rocas, verdaderas excentricidades de la naturaleza, en alegres ventas, en pequeños sitios de reunion.

Desde la entrada habia algo estraño i que preparaba el espíritu a la alegría.

Las luces que serpenteaban por las avenidas, las banderas, los grupos de árboles, los juegos de agua con su murmullo arjentino, todas esas indiscreciones del buen gusto, tenian su palabra delicada para los paseantes.

A.bajo mucha luz; arriba muchas ráfagas de aire embalsamado, muchas cabecitas rubias, muchas palabras espirituales, muchos dichos intraducibles en el lenguaje, que encierran una historia. La plazoleta de Pedro Valdivia, era el punto de reunion de las niñas. Allí se veia *la crème* de nuestra sociedad; aquí tambien, se encontraba instalada la feria, servida por hermosas señoritas.

La suerte corrió lijera entre las cintas i los encajes. Muchos jóvenes cargados de juguetes; otros, con las manos vacías; i por último, un jar-

din de chicos i de chicas que paseaban ofreciendo ramos, dulces... i besos.

Todos sentian saciadas sus ambiciones. Algunos que llegaron tarde, se contentaban con admirar en silencio. Pero, todos, todos, sin excepcion, estaban alegres.

Las tandas atrajeron una concurrencia enorme; demasiada concurrencia tal vez, para el local, que presentaba un pintoresco golpe de vista.

Una observacion: las tandas fueron tres i segun anuncio del programa, la jente debia pagar un precio separado por cada una. Pues bien, al concluirse la primera, nadie se movió de su asiento i continuaron impasibles i, sin duda alguna, con heróicos deseos de asistir a la segunda.

Los directores se encontraban chasqueados. El método era sencillo, i todos reian de buen humor por la jugada.

Sin embargo, a la tercera petipieza, se apagó el gas i de este modo, se obligó a la ingeniosa concurrencia a abandonar el espectáculo.

En cuanto al baile, que comenzó a las once, dejará muchos recuerdos. Aquello era un cuadro de Alfonso Daudet.

A traves de los cristales se veía a las parejas seguir los jiros interminables del vals. El contac-

to de la seda producía *frou frou* deliciosos, el roce imperceptible de los encajes tenía algo de esas historias que principian i acaban en un segundo. ¡*La eternidad de un segundo!* como decía Heine.

La cabeza se poblaba de deseos ardientes; cada palabra era una esperanza; se jugaba con la vida, se apostaba a la felicidad en la carta insegura de una mirada, de una sonrisa.

I así toda la noche, hasta mui tarde, entre *calembures* i alfilerazos, se agotaron las palabras; las niñas, con la malicia instintiva del sexo; los jóvenes, con la franqueza de la ambicion.

Esta última época ha sido pródiga en exposiciones de cuadros.

Hace cuatro días se abrió en la Quinta Normal, organizada por el señor Manuel Renjifo, una exhibicion de telas, extranjeras casi todas i algunas nacionales.

De Monvoisin se ven cuatro o cinco. *Ali-Tebe-len, bajá de Janina*, es una magnífica situación, en la cual se ha agotado el detalle profuso de las sedas, del acero i de los bordados.

Los Jirondinos, cuadro que estuvo por mucho tiempo en uno de los salones del Club de la Union, es una obra admirable, como de estudio

en las figuras i que sintetiza dolorosamente los últimos instantes de aquel grupo abnegado de jóvenes que murieron por la Francia.

Segun cuentan las crónicas, Monvoisin vino a Chile por una de aquellas casualidades que inutilizan a un hombre i lo dejan en situacion ridícula.

I nada ménos que Paul de Kock tuvo la culpa.

Parece que el artista cayó en desgracia ante el escritor nombrado,—tan famoso en el barrio de las cocineras, al decir de T. Gautier, i para quien la estética era un término de química. I queriendo vengarse con su ingenio, escribió un libro, uno de aquellos libros que se venden a ínfimo precio, sin carátula i sin ortografía, dedicado a narrar las aventuras de Monvoisin.

Lleva por título: *Monvoisin Raymond*, que cambiando las palabras en sentido inverso, da el nombre del pintor: *Raymond Monvoisin*.

Esto es curioso i demuestra el grado de celebridad que alcanzó Paul de Kock; i solo por esto, pudimos obtener las hermosas telas de Monvoisin.

El paisaje de Allongé llama la atencion de cuantos han visitado la Quinta. Un grupo de árboles corpulentos, que dejan ver una perspectiva

soñadora, llena de nubes grises, con un horizonte que se aleja hasta perderse; algunos animales pacen tranquilos entre los prados.

I por último, *Los Desesperados* de Luminais.

Hé aquí un gran cuadro, mas bien dicho, una gran situación.

Un grupo de guerreros galos, que derrotados en una batalla, vienen a precipitarse al abismo, ántes que perecer degollados por el enemigo.

Uno de ellos, con los brazos cruzados en los ojos; el caballo con las narices aspirando el viento, majestuoso i con las patas en el vacío, es una figura admirable.

Lo demas del cuadro se adivina.

El polvo del combate solo deja ver por las ilusiones, las escenas tremendas de la carnicería, el llanto de las madres, el suplicio de los prisioneros, la fuga desordenada de los vencidos.

Al ir a ocupar el señor Casanova, el asiento de la suprema dignidad, se le acercó el señor Solis canónigo de la Catedral, i con palabra emocionada le dijo:

—Señor, acabais de ocupar el puesto, vacante hace muchos años, de pastor de nuestra iglesia. Este es un dia de júbilo para los católicos; pero

en el coro, una pequeña nubecilla empaña nuestra dicha. Un compañero está en desgracia. Sed grande i conceded la gracia de que vuelva a nosotros.

I a aquel venerable anciano se le humedecieron los ojos i se le enterneció la voz.

Al día siguiente, el compañero desgraciado fué repuesto, i asiste, como ántes, al oficio diario.

¡Digna conducta, la del señor Solis; digna acción, la del señor Casanova!





➤ PARIS-SANTIAGO ⁽¹⁾ ◀



SEÑOR DIRECTOR: Es mui difícil dar cuenta del movimiento artístico que dia a dia se opera en Paris. Esta gran colmena cambia sin cesar de gustos, de caprichos i de ideas, parece una mujer hastiada de los perfumes que la acarician. I hai razon para cansarse del talento. Hai demasiado ingenio en la capital del arte; se inventa demasiado, se vive demasiado lijero. Con una

(1) Esta revista i la que se inserta a continuacion fueron hechas en Santiago i son obras de pura imajinacion. Se publicaron con el seudónimo *Jean de Luçon*.

actividad febril, que asombra, con un lujo que sobrepasa las mayores locuras, los mayores deseos, uno al fin ambiciona un poco de oscuridad, ménos progreso, porque todas estas cosas, causan vértigos indescritibles, como si estuviéramos en la cumbre de la torre monumental de M. Eiffel: una verdadera torre babilónica.

Los hombres en Paris son insoportables, solo viven para hacer *calemboures* y pasearse en victoria por el *bois*; miéntras que las mujeres,—ese mundo de mujeres espirituales,—son el encanto i las delicias de los *boulevares*.

Imajinad una parisiense vestida con un traje-cito escoces, de colores vivos, con un sombrero adecuado al vestido i adornado con hebillas de plata oxidada,—plata vieja; un quitasol rojo i una de esas pequeñas bolsas tejidas, de seda, que son de última moda i que ostentan un escudo bordado de oro, es decir, la enseña de la familia, porque en Paris hai que tener un marquesado, aunque las rentas no den para alquilar un coche. Poned esta golondrina, paseando por las calles en un día de lluvia, con esa ajitacion de fiacres i de vendedores ambulantes; i, al verla, perdonareis a Dios que haya inventado tantos caprichos, que haya inventado a Paris,—el capricho mayor del

universo,—i a las parisienses, que son las flores de este capricho!...

Alfonso Daudet, nuestro mejor novelista, con perdon de M. Zola,—que se las presume de maestro i de jefe de escuela,—acaba de recibir una verdadera ovacion en el Teatro Odeon. Es verdad que el éxito de la pieza se encontraba asegurado con solo exhibir en los carteles de anuncio, el nombre de M. Daudet. Pero ¿no acaba de fracasar M. Sardou con su *Cocodrilo*, verdadero cocodrilo escénico, que ha dado de mordiscones a todas las reglas del arte i de la novedad?

La novedad. Hé aquí lo que pierde a los franceses. Si trabajasen con mas confianza en sus fuerzas i se preocupasen ménos del éxito en perspectiva, tendríamos mas *chef-d'œuvre*, i ménos libros charivarescos.

El argumento de *Numa Roumestan*, que ha sido representado en el Odeon es mas o ménos el siguiente:

Numa Roumestan, diputado provenzal, picaresco en extremo, familiar con las mujeres, engaña a su esposa. Esta le perdona bajo la condicion de no volver a las andadas, pero no hace caso de

esta advertencia. Se enamora de una chica de dieziseis años, la señorita Dachellery, que frecuenta los café-conciertos de Paris i lleva una vida de *bâtons de chaises*, como suelen decir los gomosos actuales. Roumestan, de mas en mas enamorado, olvida sus promesas de fidelidad, i obra con tanta soltura que su simpática esposa se da cuenta otra vez de las truhanerías de su esposo; le queda como último amparo el divorcio, i se lo anuncia como irrevocable resolucion, aunque le repugna, pues pronto va a ser madre. Conmovido por esta revelacion, Roumestan suplica, implora su perdon. Rosalía, herida en su amor propio, resiste i se va a casa de sus padres, pues M. i Mme. de Quesnoy viven todavía. Aquí interviene el padre i dice que en otros tiempos habia cometido la misma culpa que Roumestan, cuya falta le fué perdonada por Mme. de Quesnoy; espera, pues, que Rosalía seguirá este ejemplo i reconocerá el sacrificio honroso que él ha hecho. Se obstina, vuelve al mediodía de Francia i allí nace un hermoso niño. Durante todo este tiempo los amigos de Roumestan han arreglado una intriga que tiene por resultado devolverle el amor de su esposa, i el dia mismo del bautizo del chico se efectúa la reconciliacion. Como es natu-

ral, Roumestan promete nuevamente fidelidad a su *querida* esposa. Sí; pero ya conocemos lo que vale su palabra.

La interpretación fué regular. Paul Mounet no nos ha parecido estar realmente en el papel que su temperamento exige. Mlle. Sizos fué acertadísima en su papel de Rosalía. Lástima que Mme. Favart tenga un papel tan corto en esta nueva producción: una escena no basta para satisfacer a sus admiradores.

Numa Roumestan ha hecho olvidar al *Cocodrilo*.

Nada les hablo de *Francillon* porque es una obra juzgada de antemano.

Ya conocen ustedes el éxito obtenido por *Otello*, la ópera de Verdi. Es colosal. Parece que el genio de Verdi ha desplegado todas sus alas, alas magníficas, que en esta ocasión han rozado el cielo, i un poco del infierno.

Todos los teatros de Europa piden hospedaje para *Otello*. Nosotros, que nos preciamos de tener la última novedad, no la oiremos hasta el invierno próximo. En Lóndres sucederá lo mismo.

¿Saben ustedes que M. Suppé, el autor de

Fatinitza, ha compuesto otra opereta titulada *Bellman?*

Los temores de una guerra con Alemania van desapareciendo. Los diarios esplican por una multitud de silojismos, casi todos absurdos, los motivos que los impulsan a creer que S. M. el emperador de Alemania, se abstendrá de mover sus cañones i sus enormes ejércitos. Pero la verdadera causa, aquella que no se atreven a confesar, porque es una puerilidad, es que, ante todo, desean que se inaugure la esposicion universal del 89. De otro modo, Paris se moriria de nostalgia. Necesita para reir, una torre que alcance al sol, cien bandas de músicos, que hagan murmurar al Padre Eterno, i reflectores de luz eléctrica que despierten a los ángeles del cielo.

Paris desea remover el cielo i la tierra; ya ha conseguido lo último. I si no, que lo diga la Alemania... i que lo cuente el jeneral Boulanger.

Es indudable. La guerra no se llevará a cabo. M. Julio Simon lo asegura, i esto basta para satisfacer las mayores intranquilidades.

I con todo, muchas personas que en el año 1870 estuvieron en el sitio de Paris, han comen-

zado a publicar nuevas historias de heroísmo, en las cuales desempeñaron un importante papel: «Yo me encontraba en la *Gare*, cuando cayó aquella bala prusiana!»

—«Pero, tú no sabes lo que pasó en los Inválidos cuando mi compañía estaba de facción! ¿Recuerdas que una de las campanas de la Magdalena tocó a fuego, con solo las vibraciones de la metralla?»

Este lenguaje de recuerdos i de patriotismo exalta los ánimos, i despues de media hora de charlas, todos desean la guerra. ¡La guerra!

Por otra parte, M. Francisco Sarcey, gran crítico de teatros, i que sin duda alguna, hizo la crítica de la guerra del 70, porque los diarios decian: *teatro de la guerra*, ¡qué teatro tan sublime!—espanta a los mas incrédulos con los horrores del sitio. «Una vez, Martin Nouilles se mordió el brazo para acallar su hambre!» etc.

—Oh! qué horror! Es mucho mejor la paz! La paz... *La paz i la guerra*, tal es el título del último libro que ha publicado Leon Tolstoï. Los franceses escribieron la primera parte, la paz, en Versalles. Parece que ahora desean la segunda, pero... en Berlin!

M. Julio Simon desea la paz. En la cámara,

en los diarios, en todas partes donde sea un sitio de reunion, predica la paz.

A propósito. Hace una semana, mas o ménos, fuí al senado en busca de M. Flourens. No se encontraba en la sala. Al atravesar uno de los saloncitos destinados a los senadores, me vi detenido por M. Julio Simon, que escribia una larga carta, con esa letra menuda, nerviosa, como sus discursos.

—¿Usted escribe todavia?

—Ha sido siempre mi mision.

—¿Para el *Journal des Debats*?

—Nó. Para *La Époque* de Chile.

—¡De Chile!... ¿Qué es eso?...—preguntaron algunos senadores.

—Una pequeña gran nacion,—contestó nuestro viejo:—escribo para un diario liberal.

Todos se alejaron sonriéndose. ¡No creen que en América haya un pueblo al cual se le pueda hablar de libertades!...

Paris se divierte, i esto es lo principal. Lo demas no vale la pena.

Ustedes recordarán que hace cuatro o cinco años *Orelie I, rei de la Araucanía*, tuvo en jaque la atencion de todos los periodistas.

Hasta el *Fígaro* se ocupó de él. Pues bien, ahora se pasea por los *boulevares* otro *Orelie*, pero sin nombre, que refiere hazañas portentosas de los araucanos i de los chilenos.

Los parisienses, que son los hombres mas crédulos, siguen en bandadas a este rei sin tierras.

Lleva en el bolsillo una multitud de conchas, objetos de plata, algunas plumas vistosas, que vende a mui buen precio. Vive de sus rentas.

Lójico es suponer que este araucano jamas ha salido de las puertas de Paris, i que ni siquiera conoce la Normandía.

I esta es una de las muchas diversiones que existen aquí.

Así comprendo la ignorancia que hai en Paris con respecto de Chile.

Hasta luego, señor Director. En los últimos números de su diario he visto un retrato de lord Rostchild, que tomó a su cargo la conversion de la deuda de Chile.

Lo felicito. Ese es un pais que comienza a interesar a la Europa. I usted sabe que cuesta tanto interesar a estos viejos ogros!





❖ PARIS RARO ❖



S EÑOR DIRECTOR: Tenemos ya una tarjeta de saludo del invierno.

Hace cuatro días, a las cinco de la tarde, hora del ajenjo, se nubló el cielo con enormes manchas grises, como la capa de Sarah Bernhardt en *Fedora*, i sin esperar los paraguas, los *water proofs*, ¡zas! nos descargó una fuerte lluvia, interrumpida a trechos por blancas plumillas, que descienden a tierra con toda lentitud, como flores descuajadas, e inundan el suelo de barro brillante i acristalado.

Esos horizontes metálicos de las proximidades

de invierno, esos celajes sombríos, que parecen cuadros de Breton, amortiguan la alegría de los parisienses: cambia el escenario, las victorias i los coupés, los trajes oscuros, los sombreros i las capotas de fieltros aplumados; papá Noël, que reparte sus dones e inicia los espectáculos del año congelando el termómetro, entre las risas de los bebedores de *cocktails* i el calor estrecho de las parejas que se deslizan, apretados uno contra el otro. Hé aquí la nueva fisonomía que nos aguarda de la estacion que se inicia.

I es tan agradable experimentar la sensacion hiriente de los cierzos; resbalar los patines de acero por los prados congelados del bosque de Bolonia; repartir migajas a los cisnes ocultos en sus chalets; i en la noche, despues de haber oido *La Tosca*, de M. Sardou, recojerse a leer alguna historieta de Daudet.

¡Voilà la chose!

El invierno tiene placeres infinitos, fantasías blancas, poemas de sudario, i liebres a disposicion de los aficionados a la caza.

Va de caza.

Les contaré a ustedes, que el príncipe Cárlos Trauttmansdorf, todo un nombre, ha cazado en estos días una liebre. Con ésta completa la suma

de cincuenta mil, que lleva perdigoneadas en su vida.

El pobre está ya tan viejo, tan inútil, tan gotoso, que para realizar esta hazaña, ha necesitado hacerse conducir en silla de mano, por sus criados, llevando la escopeta alerta, a un bosque de sus posesiones. Casi estoi tentado a creer que le tenían guardado, entre las malezas, al pobre animalito blanco.

En Paris se bebe. Eso es indudable.

I atestiguan mi asercion, las narices radicales i comunistas que se divisan en los paseos. Se bebe demasiado, sobre todo, demasiado alcohol.

A las cinco de la tarde ciertos cafées de los bulevares se llenan de jente, atraida por el exotismo de una nueva bebida.

El príncipe de Baviera, que murió ahogado como no sé qué héroe de las óperas de Wagner, de quien era Mecenaz i discípulo, gustaba prepararse un licor con las violetas frescas de uno de sus castillos i con un buen Champagne firmado por Rœderer. Las botellas tienen firmas como los cuadros de pintura. ¡Qué desgracia! Yo nunca he probado un Benjamin Constant de las bodegas.

Uniendo, en taza de plata cincelada, un cesto de violetas i unas cuantas botellas, se sacudia la mezcla por espacio de algunos minutos, i el licor se pronunciaba en un matiz oscurecido por el zumo de las flores.

¡Unir el candor de las flores al fuego del Champagne!

Esta misma bebida, puesta hoi de moda, es la que saborean los parisienses, de pié, casi a escape, en el mostrador niquelado de los *restaurants* del barrio de Saint Germain.

Os nombré *La Tosca* de M. Sardou.

No puede llevarse mas allá la factura de la neurósis dramática, del suplicio i la tortura moral, de los cuadros terribles que se desarrollan en la escena, i esa desnudez asombrosa que viste las pasiones. M. Sardou ha llegado al fin. No hai quien pueda ir mas léjos, pues seria ir al abismo; estoí tentado a creer que en *La Tosca* se sienten los vértigos del vacío.

M. Pailleron, que parece que conversa, cuando escribe sus comedias, ha estrenado *Le Souris*. Mlle. de Richemberg, adorable actriz de cabellos rubios, graciosa en el decir, espresiva en los diá-

logos, ha tenido el papel principal. Toda una ovacion.

Un amigo mio, que frecuenta todos los teatros, desde la *Ópera* hasta el *Café Concert*, me hace una observacion bastante orijinal sobre las manías i los *coups de scène* que estudian las artistas. Todas usan mas o ménos los mismos jestos, las mismas actitudes; es mas aun, dejan caer el cabello, en sueltos bucles, en situaciones parccidas

Ved, me decia, en el primer acto de *Francillon*, como Mlle. Bartet se desata los cabellos.

En el primer acto de *El Abate Constantino*, Mlle. Darlaud se desata los cabellos.

En el primer acto de *Le Souris*, Mlle. Reichemberg se desata los cabellos.

No parece sino que las mujeres creen que su pelo es el filtro mas pernicioso de cuantos existen. Siempre vencen en las escenas de amor, cuando sueltan los crespos i el pelo se les viene a la cara.

Buenos libros. Libros raros.

Tchang-Tchin-ka.

.....

¡Oh! nos vamos a ahogar mui pronto en los abanicos japoneses i los libros japoneses. Es una

plaga mas colorada i mas enorme que los libros rusos.

Sobre todo, los libros japoneses fabricados en Paris, con salsa francesa, con papel frances, traduciendo las máximas de Confucio en jerga de boulevard, me parece que es algo no mui distante de semejar a esos manuscritos ejipticos de Ramsinit, facsimilados en lengua británica.

¡Oh! la mostaza de los griegos.

Pierre Loti, novelero breton, aficionado a las marinas i los aires salados de Biarritz i Trouville dará mui luego a luz, *Madame Crisantema*, honorable mandarina del imperio Celeste.

Arsenio Houssaye, que tan pronto escribe prólogos para Bonnetain como para la mas delicada de sus obras, ha publicado tambien *El libro de media noche*.

Le extracto dos frases:

«Quien se embarca con las mujeres se embarca con la tempestad. Pero tambien son ellas los botes salvavidas.»

«En toda hija de Eva, hai una mujer honrada i otra que no lo es.»

Los trabajos de la Esposicion adelantan sobremanera.

Mucho me alegra que vuestro gobierno concurre al torneo. De ese modo se desvanecerán las ideas que aquí se tienen sobre vuestro país.

Unos, se imaginan que los chilenos son domesticadores de osos; otros, que emplean el tatuaje de colores vivos; i existen periodistas que afirman a pié juntillas que Chile es una rejion inesplorada i que debemos proteger a Orelie I.

¡Pobre rei de Araucanía!

¡Cómo va a desmoronarse su imperio! ¿qué hará de las condecoraciones que guarda para sí i sus cortesanos? Frescas, sin uso, no han tenido ni siquiera los honores de un Caffarel.



CUARTA PARTE





LA RELIJIION EN EL ARTE



VOI a leer un bosquejo de estudio sobre esta interesante materia. Estas cuestiones en que el dogma estético se confunde con la historia misma de la civilizacion, son susceptibles de muchas amplitudes i puede considerárselas bajo muchos puntos de vista, ya sea con respecto a la influencia moral de la civilizacion, ya buscando el desenvolvimiento artístico en la misma doctrina relijiosa. Penetrando un poco mas allá de las jeneralizaciones podríamos llegar a estudiar directamente, por sistema comparado, los principios relijiosos i los principios artísticos, i vería-

mos la íntima relacion que existe entre ámbos.

I esto sin ir al fondo de la Grecia o del Asia.

Hoi día, en nuestros tiempos, hai una literatura, un arte, que ha nacido con esas condiciones, propias i orijinales de una civilizacion exótica, en que la relijion, el principio de gobierno, la organizacion política, la constitucion de la sociedad, emanan de la doctrina relijiosa: hablo de la Rusia.

Allí el principio de la divinidad se encuentra despedazado, fracturado por las sectas relijiosas, que ramifican i separan los ideales: la propia relijion ha establecido, como consecuencia lójica, la profunda i marcada division que separa las castas que forman la sociedad rusa. Por eso la comuna relijiosa i política vive arraigada i sin contrapeso alguno.

La relijion, absorbida por el czar, estiende su dominio a todas las conciencias, ya como lejislador, ya como pontífice, aniquilando todo esfuerzo que no se produzca en el sentido de sus intereses o de la nobleza que lo rodea.

Esta situacion anómala, esta oscuridad en que ha vivido el pueblo, le han forjado un carácter místico, supersticioso, i agotado su enerjía, aunque en el fondo exista esa *ola negra*, que en todos

los países ha estallado junto con las revoluciones: el escepticismo.

I en este medio social, en que la religión forma la vida de un pueblo, i crea sus instituciones, la literatura reviste esa doble fisonomía de la negación i del principio místico.

Desde Dostoyewski hasta Tolstói jermína en todas las novelas lo que podríamos llamar la neurósis religiosa. I aquel pueblo confunde en su literatura los movimientos políticos i las evoluciones sociales. El nihilismo comenzó con Turgenéff, que fué el primero que habló de esa palabra.

Por estas consideraciones tiene punto de mira tan intenso. La literatura rusa abarca paisajes tan en grande, que parece un reflejo de aquella tierra, de aquel horizonte limitado solo por las nieves o por el mar.

Todos los críticos europeos desentrañan el carácter literario de la Rusia en la religión eslava; la producción artística toda sufre la influencia del iluminismo, de la nostalgia... es decir, de las dudas, de las negaciones religiosas.

De esta manera podríamos estudiar en cada pueblo el desarrollo artístico según sean los principios religiosos que dominan en la sociedad.

Hoi por hoi, muchas jentes creen que hai decadencia en el arte; que hai postracion en los ideales: se estudian las escuelas, se comentan sus principios, se combaten sus defectos, i llegan todos a la conclusion de que la incredulidad del siglo, el agotamiento de la doctrina relijiosa, ha orijinado las incredulidades del arte, las tibiezas en el concepto de lo bello, las postraciones de la forma humana, i se vuelven los ojos hácia el pasado, i se recuerda el soplo heróico de la Grecia, la absurda majestad de la civilizacion de la India, el atrevimiento elegante de los arabes i las idealizaciones del catolicismo medieval, como si en nuestro tiempo el arte no revistiera toda la enerjía, toda la verdad que corresponde al desarrollo científico i social de la época en que vivimos.

El arte nace de la civilizacion: en cada pueblo adquiere el carácter peculiar de sus instituciones i de sus principios, i miéntras no vuelvan a repetirse los antiguos sistemas de gobierno; miéntras las antiguas relijiones no vuelvan a enseñorear sus doctrinas, no volverán tampoco las artes de los griegos, de los romanos i de los árabes. Así se explica el fenómeno curioso de las academias de arte, en todos los paises del mundo, que deseando con-

servar como supremo tipo de belleza el tipo griego, anulan los esfuerzos del arte moderno i retardan su lejítimo desarrollo. Hai que despedirse de los griegos; la inmovilidad de los dioses es la negacion del carácter primordial del arte contemporáneo: hoi el ideal es el movimiento, es la espresion, es la vida real en todas sus manifestaciones, en sus detalles infinitos. "¡Se van los dioses!" decia Enrique Heine. Con efecto, los dioses se van... ¡pero queda el hombre!...

Si recorremos la historia de la civilizacion veremos en sus líneas jenerales esta idea: el arte no vive al antojo de los hombres, ni es el resultado de utopías o de principios metafísicos; es la espresion de una época, es el sello del carácter de un pueblo i mui especialmente de su relijion...

De los elementos constitutivos de una sociedad, ninguno ha influido mas poderosamente en el ideal artístico, en la idea de la belleza, que las relijiones, que el principio de la divididad: en cada pueblo el arte reviste formas diversas, i en cada pueblo el arte tiene el sello propio, el color que le presta la relijion dominante; el ideal artístico se modifica segun sea el ideal relijioso.

No debemos, pues, sorprendernos del enorme camino recorrido desde los monumentos de la ci-

vilización antigua hasta el movimiento intelectual contemporáneo: el arte corre encajonado en los principios relijiosos. No deben sorprendernos los infinitos cambios experimentados por aquella idea de la belleza suprema, que tuvo su cuna en la Grecia i que ha florecido en todos los climas: en las rejiones frias, destiñendo su color; en los suelos templados, reforzando sus condiciones; i bajo el sol ardiente, trasformándose en bacante lujuriosa i desbordada.

No es posible desentenderse del principio relijioso cuando se quiere juzgar la civilización de un pueblo o el desarrollo i el grado de cultura a que alcanzaron sus individuos. Pero, a la vez, es mui fácil reconocer el oríjen de esos principios relijiosos, en cada una de las manifestaciones de la actividad social.

El principio de la divinidad es uno solo, reconocido, en abstracto, por todo el mundo; pero, en cambio, sus signos esternos, sus peculiaridades, revisten en cada país una forma propia i orijinal.

Las relijiones, en opinion de Müller, se modifican i trasforman bajo la presión de los fenómenos físicos, del adelanto intelectual, del clima, de la naturaleza del país donde nacen.

En la India, por ejemplo, que es la cuna del

principio relijioso i de las civilizaciones del universo, el principio divino ha jermidado en relacion con aquel suelo, en donde la naturaleza es superior a las fuerzas del hombre. Allí es tan formidable el fenómeno físico, que la voluntad humana no alcanza a sobrepujar ni a vencer la sola produccion de la tierra. El clima enervante niega a los hombres el carácter, la voluntad; el desarrollo monstruoso de la fauna, de la vejetacion, ahoga i aniquila cualquier trabajo; todos estos materiales, en que entran ligados la accion física de los elementos, han dado oríjen a la relijion indiana. Cuando el hombre no domina, sufre todas las torturas i los espantos de su naturaleza débil.

I en aquel pueblo, toda la civilizacion, todo el desarrollo intelectual, toda la vida se encuentra consagrada a la adoracion supersticiosa de sus dioses, que no son mas que simbolismos de aquella misma naturaleza que triunfa sobre el hombre i su enerjía moral. De aquí proviene el imperio que ejercen sobre esa raza anonadada, aplastada; la idea de la divinidad se desenvuelve sin trabas; Dios es el elemento físico, es el poder de esa misma naturaleza que ahoga. El arte, resultado de esta corriente, no pasa de ser monstruoso, retrato de esta lucha constante del cielo con el hombre; ahí

la vida no es mas que una consagracion de la muerte.

Las grandes pagodas, talladas en la roca viva, los ídolos de piedra, los monumentos arquitectónicos, llevan impresos el sello enorme de un pueblo fanático i aniquilado por ese mismo suelo, que en otras rejiones ha dado la libertad al espíritu, creando dioses humanos i humana relijion.

De la India irradia en gran parte la civilizacion antigua. Va hasta el Ejipto, que en condiciones mas o ménos semejantes, crea la relijion de los muertos.

No me detendré a analizar su produccion artística, ya que la casta sacerdotal, que era la privilegiada, la que tenia en sus manos los destinos de todo un pueblo, imprimia a la civilizacion el carácter pasajero de las vanidades humanas. La mas hermosa de las industrias era la de los embalsamadores, que conservaban momificados hasta los animales domésticos. La idea de la trasmigracion era el principio fundamental de la moral de la relijion; i allí, todo un pueblo cavó, con sus propias manos, el sepulcro de los reyes i de sus dioses. La civilizacion del Ejipto no era mas que un sepulcro destinado a enterrar una raza entera. Hoi sus vestijios son algunas pirá-

mides, algunos templos, algunas estátuas. Si se golpea la tierra, sonará huecamente, porque debajo yacen sepultadas muchas jeneraciones. Allí está la gran ciudad de los muertos que viven.

En todos los pueblos antiguos existe la misma fisonomía intelectual. Solo en los tiempos modernos el arte se ha desprendido de la relijion para vivir la vida humana; solo ahora abarca todas las manifestaciones de la actividad social, porque con excepcion de la Grecia, que modificó sus ideales relijiosos, la civilizacion asiática ha sido una misma i una misma su doctrina relijiosa.

La Grecia es uno de los pueblos en donde, por excepcionales circunstancias, se reunieron la benignidad del clima, la ondulacion suave del territorio, surcado de rios mansos que fertilizan las praderas i desarrollan la produccion agrícola, la serenidad del cielo azul, aquella calma serena que vigoriza i fortalece la raza. El primer golpe de vista es el de un pueblo jóven, con una relijion caracterizada por sus esterioridades, por las estátuas de sus dioses i por las leyes que rijen la sociedad, en donde la manifestacion intelectual es amplia, severa, con todas esas enerjías i esas tranquilidades de los ideales humanos.

Sorprende aquella relijion, en que la vida entra

como base fundamental, en que la divinidad es el principio de la forma. Todos los espíritus se desarrollan bajo estas ideas, en que la cólera divina es divinamente humana. La aspiracion suprema es la felicidad, no el temor. Las luchas de la vida tienen por objeto mejorar las condiciones de la familia, de la sociedad; la religion es mas bien un principio moral que fecundiza i hermana este desarrollo de las instituciones con los principios religiosos.

Como se vé, la idea religiosa nace pura, como aspiracion suprema de la Grecia, porque el suelo, la benignidad del clima, no alcanzan a dominar la fuerza del hombre i éste se encuentra en aptitud de conquistarlo por entero.

La divinidad entraba en todos los actos de la vida, aun en aquellos mas fútiles; se formaba el país para guardar los dioses; i se luchaba por la patria para salvar los templos. A veces los mismos dioses combatieron en los ejércitos griegos. No es, pues, la idea de la divinidad una furia implacable, sino por el contrario, un estado superior al cual puede llegar el hombre con la práctica de la virtud, un ideal que promete a la creatura humana un rayo de luz del cielo!

He hablado de la forma: es esta la caracterís-

tica de la civilizacion griega. Los dioses no eran mas que hombres superiores, dotados de mayor intensidad moral; el dogma era la materializacion de todos los símbolos relijiosos; el arte, que arrancaba de estos mismos símbolos, era eminentemente objetivo, exteriorizado, se traducia por aquella correccion de formas, en las cuales vagaba el soplo divino de sus mismos dioses. Por eso la felicidad terrestre se diseña en todas sus estátuas, en aquellas reposadas actitudes—no el reposo cansado i violento de los ídolos ejipticos, sino la inmovilidad ágil del hombre sereno, tranquilo i penetrado de la justicia de sus acciones.

Macaulay, que profesa estas ideas, ofrece sintetizada en una pájina toda esta admirable evolucion del espíritu humano, esta fibra moderna incrustada en la civilizacion antigua. Reune en ella a Fidias que clava las metopas del Partenon; a los rapsodas que en las calles recitan la *Illada* de Homero; nos muestra el Areópago, donde la voz de Temístocles arranca aplausos ensordecedores a la multitud; nos lleva al teatro, en que ese mismo pueblo estalla en jemidos, escuchando la musa de Esquilo; i por último, en la noche, recuerda las cenas en casa de Aspasia, en donde se reunian a disertar los filósofos acerca de los

destinos del hombre i de la naturaleza de los dioses. Imajínese por un momento esta actividad intelectual, que se estendia a todas las ramas de la civilizacion, i se comprenderá por qué el arte abarcaba la vida de todo un pueblo, por qué la forma era venerada como la suprema espresion de la belleza, i por qué los ideales religiosos no eran mas que corolarios de este desarrollo, de este empuje que ha llegado hasta nuestros dias, sano e intacto, a pesar de las crueldades del tiempo.

En el camino de la civilizacion la Grecia marca un nuevo rumbo.

Quiero recordar lijeramente a los romanos, que se desprenden de la misma Grecia. Todo su espíritu se trasportó al Lacio: las mismas leyes, las mismas artes, con sus mismos relieves i admirables esterioridades.

Sin embargo, el culto de la forma, de la materia, la idealizacion de lo real, cambia i parece con la llegada del catolicismo. A las postrimerías del imperio romano, por aquella implacable lei histórica de la renovacion i del cambio en los ideales religiosos, el paganismo se trasformaba poco a poco, e iba a confundirse en la relijion del Cristo.

En los primeros tiempos de esta evolucion vino la lucha entre la materia que condena el ideal i

este mismo ideal que destierra la materia. El arte tomó entónces una fisonomía intermediaria, que participaba de las dos corrientes i en la cual parecía ahogada la forma, para transformarse en el símbolo de una relijion. Bizancio, donde pueden palpase estas luchas, encierra todos los tesoros del idealismo católico, de la fragilidad soñolienta i oriental de los árabes i de la pura forma romana.

Allí se advierten por primera vez los jérmenes de una nueva civilizacion, de nuevas costumbres, de un arte nuevo. Los calados de las mezquitas mahometanas enjendran las ojivas i aguzan los ángulos i los círculos de las cúpulas de Bizancio; las columnas griegas se adelgazan i transforman, agrupándose en los macizos de los templos; la luz, la claridad, se pierden poco a poco, dando paso a la sombra misteriosa, a las penumbras de la relijion católica, que levanta de este conjunto de tres civilizaciones, las catedrales i las basílicas de la Edad Media, donde el arte se trasforma en un ideal, en una espiritualizacion vaga i soñadora.

El arte antiguo era la espresion de la vida; el cristianismo trasformó esa espresion real en una constante aspiracion que tenia su punto de apoyo

precisamente en lo que combatian las viejas religiones de la Grecia: la idealizacion del espíritu.

El dogma católico, con sus principios religiosos, sus luchas, sus mortificaciones, sus dolores apasionados, cifraba la existencia de la humanidad, en una vida futura, aniquilando la enerjía del viejo arte que espresaba los goces de la vida mundana. ¡Preparacion para el cielo!... dice M. Guizot, cuando habla del arte medieval.

Todas las pinturas de aquella época son un reflejo de esas mismas ideas. Se descuidaba la forma para representar en los santos enflaquecidos, torturados por la penitencia, el símbolo de la aspiracion a la vida perfecta.

Las catedrales encerraban todo el misterio, toda la majestad bíblica, toda la sombra que hai en las luchas de tan opuestos sentimientos.

Esta estagnacion que alcanzaba e irradiaba a todas las manifestaciones intelectuales, trajo como consecuencia, por su misma tension, un movimiento inverso, una resurreccion pagana encabezada por los papas.

El renacimiento artístico volvió a la estatuaria antigua, a la copia servil, a la adoracion de los modelos consagrados por los escultores griegos,

tomando, sin embargo, nueva fisonomía i carácter propio.

Desde entónces, el arte ha marchado independiéndose de los principios relijiosos, dejando a un lado la tiranía de las sectas i trasformándose, poco a poco, en el espíritu moderno, en la savia jeneradora del progreso de todas las instituciones.

Vemos así que el arte ha pasado por todos los ideales relijiosos, modificándose con las costumbres de los pueblos i el adelanto de la civilizacion. Todos estos movimientos siguen rigurosamente el propio desarrollo de la historia.

El arte antiguo, sencillo como su civilizacion, dulcificado por sus dioses benévolos, tranquilo por la vida de la sociedad, es hoy dia un atleta que tiene todos los movimientos, todos los dolores, toda la actividad, toda la lucha de nuestro siglo, de nuestras ideas relijiosas, cambiantes, indeterminadas, que a veces se subordinan a la ciencia, i palidecen cada vez mas con este rigorismo científico, experimental; si tiene mas vida, es ménos inmutable por la variedad de accidentes que lo modifican, aunque la civilizacion, que es una corriente jeneralizadora de ideas, tienda a subyugarlo i adaptarlo en todas las manifestaciones de la vida humana.

Este pequeño bosquejo nos conduce a apreciar el movimiento contemporáneo. Considerándolo como una prolongación, como un desarrollo de las ideas religiosas hacia el espíritu positivo, vemos en el arte, como en cualquiera otra rama de los conocimientos humanos, una nueva dirección, un nuevo rumbo, perfectamente palpable i perfectamente lógico, dentro de los acontecimientos que han originado su actual estado.

Antes, todos los conocimientos estaban basados en la filosofía especulativa, en la metafísica, subordinando la ciencia a estos preceptos de investigación, que llevaban, por lo jeneral, a las utopías i a establecer principios fundados en simples presunciones o dudas.

El desarrollo de estas mismas ciencias ha traído como corolario el sistema experimental i la lógica inductiva.

No está en mis manos trazar el cuadro del desarrollo científico de nuestra época. Yo he querido hacer notar simplemente el hecho de que estas evoluciones han enjendrado el espíritu moderno. Hoy aplicamos todas nuestras fuerzas, nuestras energías, a la investigación, al conocimiento de las cosas. La religión misma sufre esta corriente

del espíritu positivo. Hoi buscamos la realidad i la verdad.

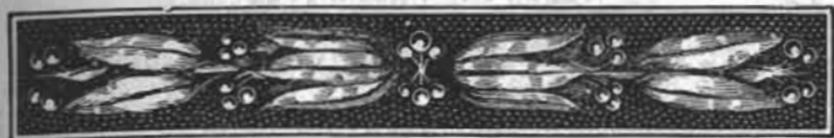
Por eso el arte reviste ahora esta forma múltiple de la espresion, de la vida, de la naturalidad, de la sinceridad, de la verdad. Por eso han surjido las nuevas escuelas literarias; i de aquí nace el realismo, que es la doctrina que encarna todas estas evoluciones.

No es, como lo pretenden algunos, que el arte moderno no sabe lo que quiere, no sabe dónde va...

Miéntras los hombres sigan empeñados en reducir todas las ciencias, todos los conocimientos al espíritu positivo e investigador, el arte seguirá con igual enerjía, con igual intensidad, reflejando todos esos cambios, todas esas variaciones que dan el sello al espíritu del siglo.

Goethe pedia para sí, luz, mas luz. El espíritu moderno pide para el arte, verdad, mas verdad.





LA NOVELA SOCIAL

CONTEMPORÁNEA (1)



I

HAI temas en el mundo de las ideas, de los hechos i de los sentimientos dominantes de una época, que tienen especial atractivo, pues se presentan a primera vista definidos, i aun con ancho campo de estudio, pero de ese estudio fácil,

(1) Este interesante estudio fué escrito en agosto de 1887 i presentado a un certámen universitario. Se in-

lijero, de palabras, en el cual pueden hacerse desfilar todas las gracias brillantes de la imaginación; estudios que son torneos de ingenio, donde luchan las frases con hermosos vocablos i en jiros variados i especiales; feria artística, en fin, que da ocasión para exhibir los encantos exteriores, las concepciones ideales i un realismo deslumbrador.

Esta es la impresión que generalmente producen los problemas que ofrece la novela social contemporánea.

Analizando, sin embargo, el cuadro de estudio que ofrece la novela, se ve cómo disminuye el atractivo, cómo nacen las cuestiones sociales, cómo disputan entre sí las escuelas literarias, cómo la belleza no es la simple apreciación de la forma, sino también el estudio de ella, según las teorías de la estética; i así, donde apenas se encontraba un paisaje que recreara la vista, surge una serie de proposiciones que, para resolverlas, requiere conocimientos i estudios anteriores que faciliten la resolución del problema.

serta en este volumen a pesar de que Pedro Balmaceda consideraba sus observaciones sobre la *novela social contemporánea*, como apuntes destinados a servir de base a un trabajo más completo i de largo aliento.

Por mucha preparacion que se tenga para emprender este estudio, siempre se encontrarán dificultades que nacen de una cuestion compleja, i que presenta tan diversas faces, necesitando cada una de ellas especial atencion.

¿Podrá la novela social contemporánea servir en lo futuro a la informacion histórica?

Se puede afirmar que hai diversas escuelas, que emplean distintos procedimientos para escribir la historia, i que igual cosa sucede con la novela.

Si tomamos una sola de estas escuelas, si consideramos una sola faz de la cuestion, este exámen seria incompleto por carecer de los requisitos necesarios i por la deficiencia de datos que suministra.

Si se agrega todavia, que dado el desarrollo que han tomado la sociología, la sicología, las ciencias esperimentales, la medicina i, mui en especial, la fisiología, que es uno de los elementos que mas contribuye para la apreciacion exacta del temperamento de las personas, el estudio de los caracteres i las variaciones constantes que los hombres sufren en los actos de la vida diaria; tendremos que es mui difícil reconcentrar en un pequeño bosquejo, todas estas ideas; analizarlas

aunque sea a la lijera; comparar el sistema filosófico de la historia, el modo de escribirla i llegar a una conclusion dada, sea esta afirmativa o adversa a la proposicion que se estudia.

Un tema de esta especie, que en unas cuantas palabras encierra toda una importante cuestion de historia i de crítica literaria, no es posible resolverlo en los estrechos límites de un estudio compendiado, para el cual, si se pidiesen las líneas jenerales del problema, no seria dable exigir nombres de autores, ni análisis detenidos de sus obras o de su influencia en el campo de la propaganda artística, puesto que todas estas cuestiones, estensa i minuciosamente tratadas en libros de gran valía, no tendrian mérito alguno al ser reproducidas, citando a cada paso, lo que sobre cada materia especial, piensa éste o aquel escritor distinguido.

Imajino que en todas las cuestiones donde ademas de la fecha i documento histórico, se pueden emitir conceptos propios i traer deducciones originales, deben aceptarse, ántes que el lujo de erudicion i la confrontacion de datos, las teorías avanzadas en la discusion i el método empleado en estas disertaciones.

II

Domina en el terreno literario una teoría, que desde tiempo atrás viene luchando esforzadamente por conquistar el cetro de la belleza, por dominar las creaciones del arte; teoría revolucionaria, que a la vez que es el resultado de una serie de esfuerzos, significa el triunfo de la idea moderna; corriente de civilización que arrastra a su paso las estatuas del paganismo, las Vénus i los Apolos de mármol, las tragedias clásicas de Racine, i las lágrimas cinceladas de la escuela romántica.

De todas las manifestaciones del arte literario, ninguna como la novela ha sufrido esta influencia de olvido por las antiguas tradiciones.

Sistemas, procedimientos, escuelas, medios de acción, todo ha cambiado, todo tiene un valor distinto; ha sido esta evolución literaria un grande ensanchamiento de facultades, el descubrimiento de los músculos de la pasión, la práctica al desnudo de todos los sentimientos, la disección de los espíritus en el anfiteatro de las miserias humanas.

La investigación científica, los hombres obser-

vados íntimamente en sus relaciones con la sociedad, la última fibra del corazón que sufre el análisis de la fisiología, el mundo, que antes había sido el invencible minotauro de Creta, desmenuzado i sufriendo el juicio de los novelistas; todas las jerarquías sociales, el nabab i el obrero; todas las tristezas i los misterios de la desgracia, todas las depravaciones, todas las caídas, los grandes caracteres i los corazones elevados, si se les reduce a elementos que disuelve la observación, el hombre de genio los aprovecha para sus creaciones, que jeneraliza el historiador formando la narración de los pueblos i las rudas epopeyas del trabajo.

Esta escuela, la escuela realista que ha existido en estado latente desde mucho tiempo atrás, ha llegado a un período de gran desarrollo, puesto que no solo en literatura dominan sus doctrinas, sino que tambien la pintura i la música sufren los mismos cambios i las mismas transiciones.

La novela refleja en la actualidad estas luchas i los triunfos del realismo. Esta evolución ha venido produciéndose lentamente, al través de los años, i edificando sus teorías sobre las ruinas de viejas deidades literarias.

Este movimiento es nuevo i fácil será encon-

trar su oríjen en las disensiones de la escuela clásica i la gloria moribunda del romanticismo.

III

La revolucion de 1833, que en Francia no solo fué civil i política, sino que tambien alcanzó a la sociedad i a las letras, es el punto de partida de la escuela realista.

Aquella época, en que surjieron grandes ideales literarios, en que se luchaba cuerpo a cuerpo por una fórmula cualquiera del drama o de la poesía; en que los hombres, íntimamente preocupados, mas que de encontrar la forma de gobierno, de engrandecer el siglo con sus producciones intelectuales; en que se descuidaba al pueblo, olvidando su pobreza, para darle torneos de sabiduría i luchas colosales del pensamiento; en que todas las necesidades de la vida se encerraban en el triunfo de la belleza; en aquella época en que el pueblo frances veia flaquear sus instituciones, i, a ejemplo de Arquímedes, recibia la muerte preocupado de un problema de jeometría, no tiene igual en la historia de las revoluciones, i presenta el curioso espectáculo de un puñado de hombres que se batian por la libertad de la idea literaria,

confundiendo en esta idea al país i sus hábitos sociales.

En Francia, todo movimiento, sea literario o civil, ha tenido el carácter de una revolución.

Surjió la escuela romántica con Víctor Hugo, sin sujeciones ni tiranías, francamente hermosa, llena de defectos, con todas las condiciones de la juventud, expansiva i arrebatadora, pero que solo gustaba de una faz de la belleza, de lo ideal; que solo concebía portentos, tiranos miserables o lacayos heróicos, empapada en las leyes del sacrificio, místicamente voluptuosa, i que creía en Dios porque no existía Júpiter.

Así Teófilo Gautier era el gran soñador de la escuela; escéptico, imaginaba novelas como *Mademoiselle de Maupin* o como *Fortunio* i *Spirita*, que son la negación de la vida real, pero absurdamente hermosas.

Se trataba de rejenerar la sociedad con utopías de frases; de encontrar el cielo abandonándose a especulaciones ideales o sorprendiendo a Dios en un rincón de la naturaleza.

El triunfo de la frase trajo el triunfo de la idea. Hablando Revilla de las trasformaciones de la historia, dice: "Hai una lei inflexible que rije la historia entera, i con arreglo a la cual *todo apojea*

es seguido de decadencia; toda institucion i toda manifestacion de la actividad humana, decaen cuando se agota el ideal histórico en que por algun tiempo se inspiran, i a toda accion corresponde una reaccion en sentido contrario.»

Esta lei constante que esplica las diversas formas de gobierno que se han sucedido en todas las naciones i el descrédito en que caen ciertos ideales políticos, no es estraña a los movimientos que se operan en literatura.

La escuela romántica fué perdiendo su prestigio, i aunque se reconocia el talento de sus iniciadores, una languidez involuntaria sucedió a su apojeio; la transicion no se hizo esperar, surjiendo de entre los escombros personalidades como Balzac, los Goncourt i Flaubert, que son considerados, hoi dia, como los apóstoles del realismo.

Nos ocuparemos primeramente de Balzac, que en la *Comedia humana* ha planteado el estudio de los caracteres, de las pasiones, de las necesidades del individuo, para demostrar el modo como la vida se ve influenciada por el medio en que nace el hombre, el círculo en que se desarrolla su espíritu, la lucha constante del trabajo, i esos mil elementos desconocidos que contribuyen a formar el corazon, i que sin ellos, no podrian com-

prenderse las acciones ni los móviles que impulsan a la sociedad.

Balzac nació en un medio desgraciado.

Falto de recursos i siempre en contradicción con sus deseos, formó su carácter i el de sus obras, las cuales están llenas de observaciones, de detalles en que se toma la fisonomía del personaje, su índole i su inclinación; siempre en lucha con la sociedad, censurando sus defectos i haciendo surgir de este conjunto encontrado de pasiones las desgracias que sufren los que encuentran en su camino la ausencia de hogar, de fortuna, de títulos nobiliarios. La falta de recursos hizo de Balzac un filósofo; i su desgracia, un novelista. De aquí esa penetración constante, esa sensibilidad exquisita, ese conocimiento cabal de los individuos, que lo coloca como el jefe de una escuela sin rival en el mundo. Sus obras, que forman un conjunto grandioso, tienen un sello de verdad irresistible, por la exactitud para producir la acción constante de los hechos i el estudio continuado de las personas, que dan a su trabajo fuerza i unidad.

Balzac hizo la historia de su tiempo. Cada una de sus novelas encierra el estudio de un tipo distinto. Es la universalidad de sus conocimientos

en materia de pasiones lo que hace mas valiosa su obra i su labor mas intensa. No hai novelista alguno que pueda presentar ante la historia un conjunto mas grande de observacion i, al propio tiempo, un análisis mas detenido de las diversas inclinaciones que revelan la voluntad i que esplican los móviles que guian a las personas en sus actos de la vida diaria.

Desde la época de Balzac hasta el dia el sistema ha experimentado grandes perfeccionamientos. El arte encuentra ahora notas mas sensibles i arranques mas conmovedores, situaciones mas verídicas, mas exactas; pero corresponde a Balzac haber comprendido la intensidad de las pasiones humanas, fundando así la psicología de la novela.

Con este jiro nuevo, hasta entónces desconocido, que conquistaba discípulos i admiradores merced al talento creador de un hombre, formóse una nueva escuela brillante, erizada de dificultades, que exige larga preparacion i un tacto especial para tomar de la vida las situaciones mas culminantes.

Fué entónces cuando aparecieron Gustavo Flaubert i los hermanos Goncourt.

Flaubert con sus libros perfeccionó a Balzac.

Aun cuando las novelas de Balzac son a veces mas profundas, de un sentimiento mas elevado, de una filosofia humana mas verdadera que las de Flaubert, no hai ninguna que, bajo el punto de vista de la perfeccion, pueda compararse a *Madame Bovary*, que despues de *Manon Lescaut* es la mas admirable de las depravaciones humanas.

En esta obra la proporcion del cuadro, la exactitud rigorosa de los hechos, la progresion creciente de un crimen que lleva hasta la muerte, constituyen algo verdaderamente grande. Nunca hasta entónces se habia escrito una obra que, como la de Flaubert, fuera mas profundamente sentida, mas real, de mas vigor, i en donde el análisis, la observacion i la fisiología estuviesen mas encubiertos por pájinas de admirable estilo i de una emocion desconsoladora.

En estos últimos tiempos solo *El Nabab* de Alfonso Daudet puede comparársele.

A la vez que esta pintura de costumbres era el resultado de las ideas planteadas por Balzac tambien lo era del talento de Flaubert, que dán-dose cuenta de las impetuosidades de aquél, logró formar, dentro de cierta esfera, la escuela realista, científica, tomando la verdad como la conciben los hombres de espíritu superior, es decir, descri-

biendo sus impresiones despues de haber sabido juzgar por la lójica inflexible de los hechos, i de depurar su criterio por la sensibilidad, para producir esa armonía de conjunto i esa suavidad de tonos, que acusan un estudio continuado.

No era Flaubert un hombre que presentia la sociedad. Si Balzac escribió *El lirio en el valle* en dos semanas, Flaubert escribió *Madame Bovary* en siete u ocho años. Este dato insignificante demuestra, sin embargo, la conciencia con que se dedicaba al trabajo, a la elaboracion lenta de sus obras; no le era suficiente su jenio, necesitaba el documento vivo. Así, para *La educacion sentimental*, uno de sus libros de mas labor i de mas observacion, dice Julio de Goncourt, vivió en un hospital de expósitos a fin de conocer en la intimidad a los niños huérfanos i apreciar mejor su existencia preñada de padecimientos.

Junto a Flaubert puede colocarse a los Goncourt, contemporáneos suyos, que contribuyeron en gran parte a la evolucion de la escuela realista.

Los hermanos Goncourt, espíritus delicados, amantes de la naturaleza, paisajistas brillantes i de un correccion de formas inimitable, tomaron del romanticismo el culto de la belleza, i del realismo esa verdad de colorido, que hizo de ellos,

los escultores, por decirlo así, mas audaces de la pasion. Sus libros son bajo-relieves que unen a la pureza del arte de la palabra, la vida ajitada i la conmocion estraña de la miseria i de los harapos.

Fácil es imajinarse el cambio de rumbo operado en ese tiempo i el vasto horizonte que se abrió a los escritores que venieron despues.

La corriente fué progresiva, i si la escuela romántica ha sido comparada por su impetuosidad i sus triunfos repentinos, al torrente que se despeña, puede decirse de la escuela realista que ha sido el ancho rio que ha arrastrado lentamente la vejetacion, los edificios, los campos que se estienen a su orilla. Méenos precipitada, pero mas segura, ha llegado mui léjos.

Hoi el rio desemboca en el mar.

Basta hacer un estudio comparativo, la cronolójía de la novela, para convencerse de esta evolucion. Alfonso Daudet, Emilio Zola, Ohnet, Feuillet, Dumas, Cherbuliez, Halévy, Merimée, Droz i tantos otros que no es posible retener en la memoria, han levantado la escuela, los unos, audazmente; los otros, contenidos; ante todo artistas, pero siempre apasionados de la realidad.

Ya es Zola con sus estudios sobre el pueblo

caído, depravado, sin instintos sociales; ya es Ohnet con sus cuadros sobre las luchas de la vida; ya narradores delicados como Octavio Feuillet, que encierra en sus páginas problemas de la alta sociedad; ya pintores del campo, de las escenas del mar; ya retratistas de la burguesía; ya, en fin, observadores escrupulosos de la sociedad en todos sus aspectos, en todas sus ramificaciones, en los accidentes infinitos de la actividad i de hambre.

Como se vé, en corto tiempo la novela ha adquirido en Francia proporciones vastísimas, difíciles de apreciar en este estudio. Se cultivan todos los géneros; si unos caen los otros triunfan.

Intencionalmente nos hemos detenido para indicar el desarrollo de la novela francesa desde el año 33. Es en Francia donde mas palpables se han hecho los triunfos de los novelistas, donde mas directamente han luchado las doctrinas literarias.

IV

Los pueblos de clima templado son menos susceptibles de transformaciones sociales i políticas que los países donde el sol enardece el temperamento de los individuos, haciéndolos mas

propensos a luchar por cualquiera idea nueva. Este fenómeno comprobado por antiguos i modernos publicistas i por los historiadores de Inglaterra i Alemania, puede aplicarse a ámbos países, en lo que se refiere a su literatura.

Las costumbres severas han impreso al movimiento literario i artístico de Inglaterra el mismo sello de fria grandeza que corona sus instituciones sociales.

Es Dickens el mas jenuino representante de la novela inglesa. Collins, Bulwer, Disraeli, Thackeray, Browthton i Elliot, no son mas que sus discípulos aventajados; observadores finos, atentos, pero respetuosos de la moralidad pública. Un novelista ingles es un *policeman* de la sociedad, que cuida del orden, i que aun sacrificaría el arte que campea en sus libros si alguna *lady* se sonrojase con sus páginas de escritor. Por este motivo, casi todas las novelas adolecen de cierta lánguida correccion. Les falta la emocion, la vida impetuosa, i como en el estudio de la pasion suelen encontrarse rasgos que lastiman la virtud, de aquí que hayan preferido la observacion exterior de las cosas ántes que la pintura íntima del amor.

El espíritu práctico, el desarrollo comercial i las instituciones libres del pueblo ingles, influyen

poderosamente en los hombres de letras, los cuales no han sentido nunca la opresion, ni conocen la ausencia de la libertad, que hace a los hombres tan inspirados i que procura a los poetas pájinas tan admirables.

En un centro de esta especie, la novela tenia que reflejar semejantes ideas. Por eso desde De Foe, el carácter de la novela inglesa ha sido siempre el mismo, acrecentándose con los años en el sentido de robustecer cada vez mas el ideal del trabajo.

La atmósfera tranquila, el humo de las chimeneas, el vapor, los ferrocarriles, el movimiento incesante de la industria, el espíritu obrero infiltrado en las masas, la produccion agrícola; tales son los espectáculos que se ofrecen al escritor i a los espíritus observadores.

Este cuadro social, esta vida de empresas no puede ménos que dar a las letras tranquilos escritores.

Goldsmith está hoi tan de moda como Hugo Conway; De Foe no envejece a pesar de sus años; i Richardson conmoverá siempre el corazon con sus novelas apasionadas. Miéntras que en Francia solo *Manon Lescaut* salvará del naufragio, porque es una obra *vivida*, si se me permite esta espre-

sion, en Inglaterra la tradicion realista arranca desde el *Vicario de Wakefield* i de *Robinson Crusoe*.

Al revés de la escuela francesa, que ha sido psicológica, analizadora de caracteres, la escuela inglesa ha llevado la observacion exterior hasta los últimos límites. No hai pintor igual a un novelista ingles. El escenario donde se desarrollará el drama, surge lentamente del libro; los árboles se mecen con el viento; el agua del molino, el paisaje, la campiña, todo vive a la vez que los personajes.

Los novelistas ingleses han creado con la pluma un espléndido museo de paisajes, de cuadros de jénero i de costumbres.

V

Por mas que en España se discutan las teorías de la nueva escuela, es un hecho comprobado que no existe pais alguno que pueda ofrecer un conjunto mas uniforme, mas vigoroso i mas constante de un movimiento literario con tendencias realistas, movimiento que nació con el *Quijote*, i que en el dia se halla representado por Perez Galdós, Pereda, Alas, Valera, Alarcon i la señora Pardo

Bazan, escritores todos pertenecientes a la misma escuela, realistas convencidos, paisajistas eximios, escritores sin rival, tanto por el arte de la forma como por la exactitud del cuadro que describen.

En España no ha habido transiciones literarias.

Cervantes marcó el rumbo. ¿I qué pueblo tiene una novela como *Don Quijote*, en la cual las costumbres de la época, los personajes que campean en la obra, sean mas fielmente retratados? ¿Por qué la popularidad de *Rinconete i Cortadillo* i *El licenciado Vidrieras*?

Porque todos reconocen en sus pájinas a alguien que han visto, a tipos que todos observan i que todos conocen.

Las costumbres en España se mantienen intactas, vírjenes, con todo el sabor de la tierra, con todas sus viejas tradiciones de franqueza, soltura i amabilidad; i si el Cid rompía lanzas por Jimena, hoi dia el majo adora a su chula i desfonda el bolsillo por obsequiarle un ramo de flores.

El elemento extranjero no ha cambiado los gustos ni las modas en la clase baja. El novelista encuentra en ella las mismas tendencias de antaño i las mismas afecciones del hogar.

Valera i su admirable *Pepita Jimenez*; Galdós

con sus *Episodios nacionales* i mui especialmente con *Gloria*, *La familia de Leon Roch* i *La desheredada*; Pereda i sus *Hombres de pró* i *El buei suelto*; Alarcon con el *Escándalo* i *El sombrero de tres picos*; Alas i su novela *La Rejenta*; i por último, Emilia Pardo Bazan, gran cabeza de hombre, como ha dicho Menendez Pelayo, con sus obras empapadas en el espíritu del pueblo, son el mejor testimonio de un movimiento realista que no padece aun al lado de las glorias literarias de la Francia.

La novela en España, con raras escepciones, como ser *El escándalo*, *Gloria*, *Leon Roch* i algunas otras, no ha sido trascendental. Es simplemente narrativa, llena de observacion, pero a la vez lozana, fresca i magnífica de juventud. Nunca ha decaido ni explorado rejiones desconocidas.

VI

En España el siglo de oro de la literatura corresponde al siglo de hierro de las libertades públicas, i aunque este hecho aislado, si se tratase de aplicarlo a las demas naciones, pareceria una paradoja, lo vemos comprobado en la actualidad en Rusia.

El servilismo social, la ignorancia del pueblo, todas las instituciones sometidas a la voluntad de un solo hombre, han hecho de la Rusia un país desgraciado, enormemente rico, pero cuyo progreso se ve reducido a las ciudades que más directamente están en contacto con el mar, mientras que los pueblos del interior vejetan o caen postrados por el látigo de los agentes del emperador. En ese país está la Siberia para recoger entre sus nieves el pensamiento audaz, que cumple las sentencias de los tribunales de justicia. En esta alternativa queda la muerte o los cantos del patriotismo esclavizado.

La literatura rusa refleja en sus páginas esta tremenda situación. Las novelas de Turgueneff y Pousckine no son más que el poema de la nieve ensangrentada, los jemidos y las torturas de la multitud, la vida de la soldadesca, las cacerías de lobos o amores en los cuales domina la nota fatalista y la implacable conclusión de la muerte.

Tolstoy, tan popularmente conocido, escritor vigoroso, realista acentuado, ha dado a conocer las costumbres de su país.

En Rusia no se puede soñar cuando las cadenas oprimen las manos del escritor. Necesariamente, la pintura de estas tristezas debe ser

el tema de los novelistas. I la realidad es áspera, se impone cuando la acompaña el *memento* del látigo.

En Estados Unidos, rama de la civilización inglesa, donde las costumbres participan de la misma franqueza i naturalidad de las de la madre patria, pero arrastradas por la civilización a un grado de mercantilismo que sobrepuja a todo otro país, se ha debilitado toda idea del *home*; pues allí, la casa es ántes un almacén que un nido, ántes negocio que afectos. Los Estados Unidos presenta la imájen de un pueblo sin tradiciones que embaracen el progreso de la libertad i que vive para la industria, sin preocuparse de las grandes conquistas intelectuales.

Esta misma carencia de hombres de letras hace que cuando se presenta alguno, sea éste un hombre superior, conjunto de cualidades que los demás no tienen, objeto de adoración de parte del pueblo i que reviste, por ser casi único, una fisonomía de sibila democrática.

Longfellow es Víctor Hugo.

Los novelistas norte-americanos han salido todos del pueblo, i si entre ellos se cuenta a Edgardo Poe que puso en práctica el método inductivo para llegar a la filosofía de lo absurdo, tam-

bien hai otros que, como Bret-Hart i Marc-Twain han revelado los secretos de la comunidad.

Los hijos de Italia, como Salvador Farina, Edmundo de Amicis, Giordano, Donato, Barrile, nacidos bajo un sol magnífico, en contacto íntimo con el arte romano, que si hace soñar, es con el ideal de la forma, de la estatuaria,—revelan todos la tendencia uniforme, la marcha progresiva que se opera en Francia.

Viven los unos rindiendo culto a Daudet; los otros siguen con cierta timidez a Zola.

No es posible seguir paso a paso este movimiento que alcanza a todos los pueblos. En estas líneas hemos tratado de hacer notar la tendencia de ellos a acercarse al realismo. En Francia, Zola marca la última de las conquistas, el extremo sectario de la escuela, así como Alfonso Daudet es ese difícil término medio, en que, como dice un escritor, principia la realidad i concluye la novela.

Daudet termina donde principia Zola.

Cada país refleja estas ideas según la fisonomía propia de su literatura. No es posible querer uniformar en una sola lei, concentrar en una idea comun esta revolucion, que en cada uno de ellos es diversa, orijinal, aunque mutuamente se acerquen en el fondo.

VII

Por mas que el arte parezca apartarse de la vida, alentando en rejiones elevadas, es un hecho cierto, que las transformaciones que con éste se operan, no son mas que la consecuencia de movimientos anteriores en la sociedad.

Los descubrimientos científicos, las ciencias experimentales, las leyes fisiológicas de la historia, que, año por año, avanzan en el terreno de la especulacion; así como tambien los antiguos procedimientos; estas conquistas se traducen en el arte literario por escuelas nuevas i nuevas teorías.

El realismo es el resultado de esta série de esfuerzos, que ampliando el camino de la historia, haciendo mas precisa la labor de la sociolojía, marchando en vida comun con la medicina, la psicolojía i la fisiolojía i demas ramas del saber, producen todas, un rumbo diverso i un horizonte mas estenso para los conocimientos humanos.

En la actualidad, cualquier escritor que desee estudiar el desarrollo de un pueblo, conocer sus instituciones i su vida política, no podrá desentenderse de los principales elementos de la civili-

zacion. Las leyes económicas, que en cada país, a pesar de ser jenerales, sufren las alteraciones del medio comercial en que se producen; la estadística, los códigos i sus leyes, que directamente son la manifestacion de adelanto, puesto que segun el alcance de éstas, así es tambien el mayor desarrollo político de las clases sociales; los hombres que impulsan estos movimientos, el mayor o menor grado de instruccion, las condiciones del clima la situacion jeográfica de una nacion, todo esto contribuye a apreciaciones mas exactas i mas verdaderas.

Así, pues, el historiador debe tomar en cuenta estos detalles que aumentan a medida que los descubrimientos amplían las leyes del progreso.

Para escribir la historia, que es obra de investigacion, los demas elementos le prestan ayuda i se imponen forzosamente, sin que nadie pueda desentenderse de ellos; es lójico imajinar que igual cosa sucede en cualquiera otra manifestacion de la actividad humana.

Hoi vivimos para la verdad i el conocimiento exacto de todas las cosas. Son, pues, las ciencias, aunque de una manera indirecta, las que han ensanchando el camino de la escuela realista, dándole ese carácter científico, que tan estraño es al

arte, i que, sin embargo, en la presente situacion es preciso aceptar.

La novela, que sin duda, ha nacido de la historia, i que aun en épocas anteriores, cuando ésta se confundia con la narracion maravillosa de sucesos mitológicos, viviendo ámbas en consorcio mútuo, sin límites precisos ni demarcaciones verdaderas, i que despues de la investigacion de los hechos marcó el rumbo del historiador, apartándola de las pequeñas escenas; la novela, que conservó ese sabor heróico de la epopeya i que se ha mantenido hasta hace poco en rejiones ideales, se siente influenciada, al presente, por ese rigorismo histórico i en pequeña escala, por el mismo método de investigaciones que la historia emplea para llegar al conocimiento de los hombres.

No es, en consecuencia, la novela realista el esfuerzo de una sola persona, sino el resultado de una evolucion jeneralizadora, que abarca todas las rejiones del arte; no es tampoco antojadiza idea de unos escritores; i, mui por la inversa, es corolario de una cadena de hechos i de circunstancias que es menester tomar para juzgarla como se debe.

No marcha desunido el arte con la historia. El pueblo griego enjendró su escuela, que es ma-

nifestacion acabada del espíritu que en aquella época ejercia su influencia. El arte asirio, monstruoso, apocalíptico, lleno de signos que encerraban el problema de la divinidad, nos muestra el estado de civilizacion que alcanzaban las capas sociales de aquel pais; dominadas por la ignorancia edificaban para Dios, imprimiendo en todos sus monumentos la idea de un porvenir supersticioso. Igual cosa sucede con el arte indíjena de América.

El período revolucionario de 1793, que en Francia trajo la resurreccion por breve tiempo, de la forma de gobierno de los romanos i la copia exterior de sus instituciones, alcanzó al arte, que solo veia la belleza en la estatuaria antigua.

David d'Angers nos ha dejado obras del mas puro estilo romano; el teatro era la tragedia; Talma, su mejor intérprete. Todos los palacios, desde la Magdalena hasta la Cámara de Diputados, son remedos del Partenon i sus hermosas columnas jónicas.

Es, pues, el realismo una manifestacion de las ideas de nuestra época, época de síntesis i de vigorosa verdad histórica; i se verifica este movimiento estendiéndose a la vida entera, llevando su influencia a todas partes.

El arte realista coincide con el romántico en la lucha contra el clasicismo, la fórmula consagrada, la rutina académica, los preceptos inmutables de esta escuela. Toma, sin embargo, de éste la misma bandera que los preceptistas del siglo XVIII enarbolaron en s6n de combate; la imitacion de la naturaleza.

La escuela realista es formada por la emancipacion del romanticismo contra las teorías de los clásicos, que éstos nunca cumplieron, de la reproduccion de la verdad.

Por este lado, no puede tildarse a los realistas de audaces i revolucionarios. Sucede, sin embargo, que todo movimiento que tiende a sacudir cadenas i romper esclavitudes, nunca permanece en el término medio, sino que es arrastrado a exageraciones desmedidas.

De aquí proviene la escuela naturalista, que es el partido avanzado, sectario i que se empeña en resolver la fórmula bajo una sola de sus bases: la miseria, cuyo pintor mas acreditado es Emilio Zola.

«Para los realistas, el arte ha de arrancar de las mismas entrañas de la realidad; ha de ser la realidad sentida i percibida por el artista i reproducida por su libre actividad en formas sensibles,

tal como ella es, pero marcada con el imborrable sello de la orijinal personalidad del que lo reproduce. La única idealizacion lejítima es, para la nueva escuela, esta impresion del carácter personal del artista en la obra, esta transfiguracion de la realidad por la emocion del artista, en ella pintada con indelebles caractéres. La belleza de la obra de arte no consiste única ni primeramente, por tanto, en la belleza que puede poseer la realidad reproducida, sino en la belleza de la forma en que la presenta el artista, en la belleza de la emocion personal en ella reflejada, o, lo que es lo mismo, en la belleza de la espresion. Reproducir fielmente la realidad, bella o no bella, que contemplamos, i espresar con orijinalidad la emocion que en nosotros produce i la forma que en nuestra representacion mental reviste, es, segun la nueva escuela, el secreto del arte i la razon verdadera del goce que enjendra, nacido, no solo del objeto reproducido, sino de la excelencia de su reproduccion..»

Esta página de Revilla ahorra digresiones.

Es, pues, la base de la escuela realista, la imitacion de la naturaleza, sin alterarla en lo mas mínimo, i la orijinalidad, el sello propio que el artista comunica a sus observaciones al reprodu-

cirlas en una forma sensible. Bajo este punto de vista, aun Zola tiene el mérito de la percepción, i de aquí la falta de escritores realistas, pues para serlo se necesitan un talento superior i dotes especialísimas de análisis. En ningun caso, la obra mas depravada, aquella que no es mas que un conjunto de cifras, la estadística de la perdición, puede ser reprochada; pues, al estudiarla, el novelista deduce de hechos aislados una série de conclusiones que son del dominio propio.

Uno de los defectos de la nueva doctrina es que desconoce las variedades del arte, aceptando solo aquellas en las cuales cabe el procedimiento de la escuela. De esta suerte quedan condenadas la arquitectura, la cerámica, la jardinería i otras manifestaciones del arte.

Esta es la escuela que ha perfeccionado la novela contemporánea, prestándole, ántes que todo, la verdad de los hechos, i por medio de las ciencias, el conocimiento de los caracteres i el estudio de las pasiones.

VIII

¿De qué modo las ciencias han influido en la novela? Es la novela una de las ramas literarias

que mas se acerca a la historia, i casi podríamos decir que ámbas emplean un mismo sistema. La historia, de lo particular deduce jeneralidades, i ensanchando hechos locales, cuya repeticion es constante, llega a establecer conclusiones fundadas en estos hechos. La novela no puede de jeneralizaciones descender, por método inductivo, a plantear el boceto de una personalidad aislada; tiene, sin embargo, el poder creador, acumulando una serie de rasgos, incidentes, situaciones, que escapan a la historia, para formar la narracion de la vida de un conjunto de personas, el medio en que éstas se mueven, i, definiendo cada uno de los caractéres que obedecen a determinadas inclinaciones, nos presenta un mundo de pasiones, que son de su esclusivo dominio.

Vemos así, que en la novela se hace necesario un sistema filosófico.

Por otra parte, para el análisis de los caractéres se necesita ser consecuente con los hechos que los producen, ya que éstos no nacen del esfuerzo aislado, del capricho de un hombre; pues, aun para el diseño de tipos, que no son mas que una entidad moral, tiene el escritor que sujetarse al rigorismo ficticio de la verdad moral, i segun esta hipótesis, describir sus creaciones, que de

esta suerte, se trasforman en personas con vida propia i que se mueven como si en realidad existiesen. Para llegar a tal resultado se necesita del estudio de la fisiología que tan poderosamente ayuda o escudriñar los secretos del corazon.

Los séres imaginarios nacen, existen i obran en las mismas condiciones que los séres reales. Nacen de la aglomeracion sistemática de una infinidad de ideas, como los otros nacen de la aglomeracion sistemática de una infinidad de causas. Existen por la presencia simultánea i la concentracion natural de las causas. Obran por el impulso independiente, irreflexivo de las ideas que los componen, como los otros por el esfuerzo espontáneo i personal de las causas jeneradoras.

La medicina es tambien otra fuente de investigacion.

No nos referimos, por cierto, a ese jénero de novelas patológicas, que son el diagnóstico de una enfermedad, i que en su empeño, estudian el modo cómo flaquea el organismo humano, describiendo hasta sus últimas convulsiones.

No es el carácter un don de la naturaleza. El hombre está formado de muchos elementos i obra por inclinaciones o por la voluntad i a veces por impulsos irresistibles que escapan a las fa-

cultades de la inteligencia. El hombre existe, se mueve, piensa por actos independientes de su persona, i si bien estos actos están en relacion con su naturaleza moral o física, nunca se preocupa de saber el por qué de estas acciones, así como los niños andan sin asombrarse de ello.

Toca, pues, a la psicología darse cuenta de sus acciones premeditadamente interiores, pues esta es la naturaleza humana. Sus detalles son infinitos e infinitamente desligados entre sí; sus pensamientos corresponden al mundo exterior que lo rodea; i en su casa, en sus muebles, en sus negocios, en sus jestos, en sus palabras, refleja este orden de cosas. Preciso es estudiarlo con relacion al medio en que vive para describirlo por entero.

La contestura física, el desenvolvimiento de sus músculos, el mayor o menor desarrollo de ciertas partes del cuerpo, son causas de que en el individuo domine tal o cual pasion, i aquí entra la medicina a explicar todos estos fenómenos; pues el temperamento de las personas depende a veces del vigor cerebral que las enfermedades, que no otra cosa son ciertas rarezas que en el carácter se notan, apagan o cambian en absoluto.

Podríamos seguir en este orden de ideas, pro-

curando demostrar cómo todas las ciencias tienen para la novela el mejor de sus encantos i la mas hermosa de sus páginas.

IX

Reviste la novela contemporánea una doble fisonomía, social i privada; en la primera, su magnitud no es susceptible de medida alguna; su campo es vastísimo, tan vasto como son las ideas, los gustos, las costumbres de la época. Es imposible encerrar en estrecho límite esta aglomeración infinita, que cada autor refleja a su manera, que todos juzgan con criterio diverso, i que, como Proteo, cambia de formas incesantemente. Así como los pintores, en un paisaje, encuentran distintas impresiones, el mundo social es superior bajo todos los aspectos, al esfuerzo aislado de un hombre que desea tallar en la carne viva de la multitud, la historia siempre nueva, de las pasiones i de los gustos. I a medida que la novela conquista i descubre, a medida que perfecciona sus elementos de observación, también la sociedad se perfecciona, aumenta, encuentra nuevos caminos, i en la marcha incesante de los acontecimientos, la novela i la sociedad se engrandecen,

la una con sus estudios; con sus caídas i sus esfuerzos gigantescos la otra.

La novela personal, de carácter privado, que se desarrolla en el estudio de un solo tipo, de un personaje aislado, indudablemente alcanza mas perfeccion hoy dia, que otra cualquiera.

Se puede en este género de investigaciones, alcanzar una perfeccion relativa, estableciendo un rigorismo sistemático, de carácter científico, que podria conducir a establecer una teoría que da a la novela una fisonomía estraña, dura i sin ninguno de los encantos del narrador. Parece que, ántes que todo, debe dominar la nota implacable de la verdad excesiva, la verdad de la frase, el término preciso, el insulto escrito con todas las inflecciones que le da la voz del hombre encolezado; deben estudiarse, por ejemplo, la depravacion de la mujer, hasta en el detalle infame de la desnudez, de los harapos, de los vestidos que apenas ocultan sus formas; la degradacion violenta que produce el hambre; los estallidos de la miseria, dando a este conjunto estraño, una vida, que si es realmente pintada, no la conocemos, puesto que nadie desciende hasta ella, salvo el novelista que la pinta; i para hacer mas exacta estas revelaciones, se debe quitar al lenguaje toda

belleza, adaptándolo a este medio social, esculpiendo, por decirlo así, adjetivos que solo se conocen entre esos infelices, ataviando espléndidamente la frase, como un rei indíjena, con las cabelleras, el corazon i la sangre de las personas que describe. Se deben desechar como inútiles, todos los encantos del período, todo adorno que haga ménos cruel esos cuadros terribles; en una palabra, se debe ajustar el novelista a un sistema castigado, trazando sus líneas con arreglo a un plan fijo, sin desviarse un solo instante de él, preocupado solo de producir la naturalidad en sus personajes, i en su obra una sucesion de hechos que lleguen a plantear una teoría.

Ese es Zola.

Sin desconocer los méritos de hombre tan distinguido, que posee una vista dominadora i un talento incomparable de unidad, sin criticar su escuela, que en el porvenir será el álbum anatómico mas perfecto que nuestro siglo abandone al futuro, es menester, con todo, darse cuenta de sus extravíos, que en ningun caso superarán la grandeza de su obra.

Las novelas todas de Zola, forman una cadena sucesiva que nace de una tésis que el novelista ha desarrollado por todos los caminos imajinables,

teniendo en vista al escribirlas la union que entre ellas debe dominar, como conjunto de ideas sociales i como prueba de un hecho que se reproduce en cada una de ellas.

La familia Rougon Macquart es el tronco de una serie de individuos, que forman las novelas de Zola.

Se nota en esta familia, en cada una de las personas que la componen, inclinaciones marcadas, ya a la embriaguez, ya al juego, sin que ninguna carezca de vicio o de pasion arraigada.

Ahora bien, Zola estudia a todas estas personas, en los hijos que despues nacen, en sus nietos i en los entroncamientos sucesivos de unos con otros; i analizando las inclinaciones que en cada uno de ellos dominan, inclinaciones i vicios que, segun dicho autor, son la herencia inevitable de los padres, nos muestra una serie de individuos, en los cuales se ve la reproduccion de las mismas cualidades de carácter, de las mismas pasiones, de las mismas miserias, que imperan en los progenitores de la familia.

Así, la madre de Lantier, personaje de *L'Assomoir*, lega a su hijo todos sus malos instintos; i éste, viviendo en un medio de hambre i de depravacion sin límites, desarrolla las pasiones en

jérmen que yacen en su alma i que son el obsequio de sus padres, de su familia, de todos sus antecesores.

Lantier es brutal, ebrio, inconsiderado, no conoce los placeres de la familia, i abandona a sus hijos por seguir a una mujer perdida, i se la con sus actos el destino que por una especie de debilitamiento de facultades, una anemia moral, su familia ha infiltrado en sus venas,—anemia moral que constituye su vida i que lo arrastra a la muerte.

“He querido pintar, dice Zola en el prólogo de una de sus novelas, la decadencia fatal de una familia obrera, en medio de la peste de nuestros *faubourgs*. Despues de la embriaguez i de la ociosidad se producen el relajamiento de los lazos de familia, las infamias de la promiscuidad, el olvido progresivo de sentimientos honrados, i por último, como conclusion, las deshonra i la muerte.”

Estudiando aisladamente cada uno de los personajes dominantes en las novelas de Zola, se puede encontrar una perfeccion acabada de descripcion. Si cada uno de ellos es realmente humano, si todos viven i se mueven, no es posible, llegar, sin embargo, como él lo ha hecho, a reunir en un solo haz esta enorme galería, hacerla obe-

decer desde el comienzo de la historia de los Rougon, a pasiones arraigadas, i despues que éstas se trasmiten de individuo a individuo, formar una ecuacion terrible de miseria, que en todo caso, se resuelve en la muerte o en el suicidio.

Con justicia dice Lemaitre que Zola escribe con cielo de otoño. Nunca se divisa el sol en sus obras.

El defecto de Zola estriba, no en la pintura de los personajes, sino en el tono de su obra, en el conjunto de sus observaciones, hipotéticamente reales; pues no es dable, como lo hace el autor del *Germinal*, que de una familia ficticia, adornada de cualidades i de defectos mui pronunciados; en una palabra, de la hipótesis de una novela, se pueda sacar conclusiones científicamente verdaderas, jeneralizar estas conclusiones, hasta escribir la historia de una jeneracion compuesta de centenares de individuos.

X

Hemos tomado la novela realista únicamente en relacion con la historia, es decir, analizando los puntos de semejanza que entre ámbas existen, poniendo de relieve sus ventajas i las dificultades

con que se tropieza, para que se vea cómo una i otra se acercan, ya en procedimientos, ya en sistema de investigacion.

Ante todo, conviene tener presente que la novela ha sido rama de la historia, i que, en otro tiempo, la historia i la novela se confundian en la narracion de los acontecimientos, formando un solo grupo.

Para establecer debidamente la fuente de informacion que la novela ofrece al historiador, hemos tratado de hacer notar el carácter científico de la escuela realista, los procedimientos que emplea, i de qué suerte, por la evolucion social e histórica operada en estos últimos tiempos, la novela se encuentra hoi dia aprisionada por las ciencias, por la observacion i los detalles infinitos de la vida; pues el novelista, al escribir la historia de una pasion, el retrato de un personaje, las costumbres de una familia, los resortes de una sociedad, no puede desentenderse del medio que lo rodea, de la época en que vive, de los elementos de civilizacion que ejercen su influencia en las personas, de las ideas dominantes, de los gustos, de las preocupaciones que influyen en la formacion del carácter i que traduce el novelista

insensiblemente en sus libros, aunque desee apartarse de ellos.

El hombre nace, se desarrolla i lucha por la existencia, empapado en las ideas de su época. El ideal de un siglo no es el ideal que vendra despues. El progreso en su marcha creciente, arrastra las preocupaciones, i en los altares derribados coloca nuevos ídolos, que cambian por completo antiguas tradiciones i viejas teorías sociales. Los años renuevan los pueblos i las razas, i con ellos, las costumbres i las ideas.

I aquí conviene hacer notar, aunque sea de paso, la importancia del nuevo sistema del *medio*, que tan anchos horizontes ha abierto a la crítica, que de tanta trascendencia es para la novela, ideado por H. Taine, uno de los escritores mas admirables de la Francia.

La teoría del *medio* aplicada a la novela, ha venido a perfeccionar todo jénero de investigaciones sociales.

Estudiar al individuo en relacion con sus ideas, su hogar, su familia, los objetos que le sirven para el uso diario, sus gustos, sus inclinaciones, observando hasta el último detalle de su traje, su persona, i el sello que da a los actos mas insignificantes de la vida que constituye su orijinalidad i lo

distingue de las demas personas; describir la sociedad i sus costumbres, tomando en cuenta las ideas que la dominan, la situacion especial de las ciudades, las calles, los edificios, las manifestaciones infinitas de sus deseos, los teatros, la pobreza del pueblo, el medio en que éste se desarrolla, todo esto es susceptible de ser analizado, i esos fragmentos, que considerados en sí poco valen, son, juzgándolos en su conjunto, la espresion mas acabada i el retrato mas perfecto de una sociedad.

Esta es la teoría del *medio*.

No es posible ir a buscar en la historia estos hechos que no puedan apreciarse debidamente, si no se les estudia por separado; i nunca la historia ha podido descender a la apreciacion de hechos particulares, pues caería en profundos errores, ni jeneralizar, en seguida, sus observaciones múltiples, aplicándolas como evoluciones o leyes sociales.

Toca, por lo tanto, a la novela presentar al historiador estas faces de la vida, que cambian con los años, que desaparecen, se renuevan o succumben, ya por revoluciones anteriores, revoluciones que escapan al ojo de la historia, puesto que ellas se forman de gran número de pequeños

trastornos; ya por la escasez de recursos i las dificultades del trabajo, que trasforman las costumbres, dándole una fisonomía diversa; ya por las preocupaciones o las tiranías de una clase superior; ya por las degradaciones sociales, que destrozan el matrimonio i crean un nuevo jénero de vida para el pueblo; ya por esa mezcla de todas las jerarquías, que acerca a unos i que levanta a otros; ya, en fin, por el esfuerzo constante que domina a las multitudes para llegar a la altura. Los encontrados deseos, los conflictos sociales, todo se agolpa i vive en la novela, al paso que la historia, como un viajero situado en una montaña, no puede contemplar estas situaciones de la vida, sino por los resultados que ellas provocan en la marcha de un pueblo. La novela le ofrece desarticulados todos los miembros del esqueleto social, que mas tarde el escritor reviste con su pluma, dotándolos de la espresion de la vida, del movimiento, de la sangre que circula por las venas i produce la actividad humana.

Dícese, sin embargo, que la novela falsea los caracteres adornándolos de cualidades excesivas o de pasiones que están fuera de toda verdad i de todo justo medio, i que este hecho solo desvirtúa las condiciones de exactitud que requiere para

que la historia pueda encontrar en ella los reflejos de una época o las costumbres de una sociedad.

Preciso es confesar que este argumento parte de una base falsa.

¿Qué es lo que se busca en la novela?

¿Es la frase?

¿Es el ingenio del novelista?

¿Es la novedad de la expresión?

Así como despojando al individuo de su traje i los adornos exteriores que lo cubren, se puede tocar su cuerpo, nos parece que el historiador, al estudiar nuestra época, tomando como fuente de información las novelas de hoy día, tendrá que levantar los mantos i los abrigos de nuestra civilización, i que muy luego tropezará con la carne helada de la multitud, pudiendo juzgarla con entera verdad.

¿Qué novelas serán las que en el futuro, puedan dar a conocer nuestros tiempos?

¿Serán las de Daudet? Serán las de Zola? Serán las de Tolstói, etc?

Los hombres pasan i solo queda su obra, que es documento, que es un pedazo de vida.

El obrero, el hombre del pueblo, acepta, por lo general, todas esas teorías aventuradas que colo-

can su felicidad en un procedimiento natural cualquiera,— el alza de los salarios o la disminucion de las horas de trabajo,—mas que en las leyes económicas, que se desarrollan lentamente, segun las necesidades de la sociedad.

Por eso vemos ciertas novelas, las novelas socialistas i las novelas de Sue, por ejemplo, que ajitando problemas de esta especie, pintando con vivos colores la lucha por la vida, desgarrando el interior de toda esa masa de hombres que esperan una idea que los salve,—pues mas revolucionaria una frase que un hombre,—consiguen amplísima circulacion i la consiguen tan solo porque suspenden las amarguras de las clases trabajadoras por breves instantes.

Han removido las masas con sus pájinas terribles, i es lo cierto, que sin tomar en cuenta el valor literario de ellas, reflejan, con todo, la época crítica de un pueblo i las ideas que lo han ajitado, i que choca con sus sueños de ambicion o la perspectiva de un porvenir mas feliz.

Todo período histórico tiene sus manifestaciones ya en el poder, ya en el pueblo. I estas ideas se traducen siempre, en el dominio de los hechos, por el acrecentamiento i el bienestar del pais; i en la vida de la inteliencia, por el carácter varia-

do que revisten los monumentos, los edificios públicos i por el espíritu literario que anima a los hombres.

Bajo este punto de vista, la revolucion del romanticismo es una prueba manifiesta de las ideas i esperanzas de una época de la historia, que si despues ha sido eclipsada por nuevos i contrarios acontecimientos, manifiesta, sin embargo, la situacion excepcional del pueblo en que se produjo.

No se puede aun apreciar el valor que desempeña la novela como fuente de informacion histórica, porque si bien es verdad que toda escuela literaria es una prueba de adelantamiento intelectual i un reflejo exacto de las ideas de esa escuela i de ese tiempo, toca a la novela contemporánea el papel de un gran documento, nuevo aun, pero que los historiadores que despues vengan, juzgarán, sin duda alguna, como el mas completo, el mas acabado que las jeneraciones dejen a su paso, i como la espresion de sus ideas i de las costumbres de este siglo, tan difícil de apreciar en su conjunto, si para cada uno de los infinitos detalles de la vida i de la sociedad, no le procurase la novela pájinas de admirable pintura i la definicion exacta de sus trastornos i grandezas sociales.

Es imposible desconocer la importancia de la novela social contemporánea, aunque todavía no puedan aprovecharse sus estudios i descubrimientos.

Basta, sin embargo, para darse cuenta de la estension de la obra de los novelistas de nuestro tiempo, recordar qué ha sido la historia hasta hace poco, si no fuera por Niebuhr, Ranke, Moomsem, Weber, Macaulay, Buckle, Irving, Bancroft, Motley, Guizot, Thiers, Cantú, Agustin i Amadeo Thierry, Enrique Martin, Alcalá Galiano i Ferrer del Rio, que le dieron carácter filosófico, levantando el espíritu de ella hasta colocarla como el juez de los pueblos, donde las naciones todas depositan su tributo de verdad i adonde los hombres llevan los actos heroicos de su vida i los sabios sus descubrimientos.

¿Qué papel asumia la historia ántes de este siglo? ¿Qué pueblos viven en ella, a no ser como un testimonio de la grandeza de un monarca, para enaltecer sus cualidades, reuniendo las naciones en torno de su cabeza, i formar, por ejemplo, la gigantesca corona de un Carlos V o de un Felipe II?

¿Para qué servia la historia sino para tejer las guirnaldas i preparar el incienso de los Césares?

¿Qué ha sido sino un sacerdote de las vanidades humanas, de los tiranos i de los reyes que la llevaron en sus carros de triunfo?

I así es lo cierto. Basta recorrer las páginas del pasado, remontarnos a cualquier período histórico que no sea el nuestro, para convencernos de ello.

¿Qué importancia se concedía al pueblo, a la sociedad? ¿Qué detalles poseemos de las costumbres, de las instituciones sociales, de los gustos i modas del reinado de Luis XI, por ejemplo? ¿Qué historiador nos muestra el grado de cultura que alcanzaban las masas, las relaciones de la vida, el bienestar, las manifestaciones infinitas de actividad de un centro constituido?

Se pregunta: ¿por qué esta ignorancia tan absoluta respecto del pueblo, i esa investigación excesiva en todo lo que se refiere al rei, descubriendo su carácter, las personas que lo rodeaban, las escenas de palacio, las cacerías i bailes de su corte? ¿Por qué se ahogaba la historia convirtiéndola en la novela de los monarcas?

Porque aun no existía la novela de la vida; porque ni los Balzac, ni los Flaubert, ni los Zola, estudiaron las costumbres, diseñaron al pueblo o

dieron a conocer sus relaciones sociales; porque entónces no había novelistas, novelistas en la acepcion dada a esta palabra por la crítica contemporánea.

I es a la novela de hoi, a la novela realista, a quien deberá la historia el conocimiento, el detalle revelador, la cifra fisiológica, las pasiones encontradas, la lucha, la agitacion, las conmociones de la multitud, de la sociedad, tan desconocidas hasta aquí, i que, sin embargo, son los grandes factores de la vida de un pueblo, de sus cambios políticos i sociales, de sus conquistas i de sus esfuerzos de civilizacion i de progreso.

El pueblo tiene vida interior, vida miserable, actividad subterránea, que se desarrolla en el silencio i en la oscuridad, sin que ningun signo exterior lo revele, i son los novelistas quienes han bajado al fondo del pueblo, quienes han acercado la luz al foco de la miseria, pintando sus depravaciones, ese organismo que ignorábamos por completo, que nos asombra, i que viene formándose con el despojo de todos los tiempos.

Se acusa a la novela de inmoralidad, de pervertir las pasiones.

Si consideramos este punto, dice Buckle, vere-

mos que la moral es estacionaria, i si alguna influencia social cambia su jiro, es por breve tiempo; es un cambio de forma, no de fondo, es decir, simplemente un cambio en sus manifestaciones esternas.

Se tilda de inmoral a algo que es la vida,—inmoral, por cuanto vemos de relieve un compuesto de miserias que escapaba a toda observacion i que un puñado de hombres discute dia a dia con todas sus alteraciones i cambios.

Con todo, hai fe en el progreso de las costumbres, i la historia enseña que existe un equilibrio en todas las naciones. Si en unas la sociedad decae, en otras la civilizacion renueva la savia agotada i orijina el triunfo de las instituciones i de las ideas.

No es posible desconocer la importancia de esta enorme elaboracion social de la novela, que entregará nuestro siglo a las futuras jeneraciones como una momia viviente, en la cual se palpará la vida de muchos pueblos, con sus hombres i sus costumbres, i esta agitacion activa del trabajo, de las evoluciones sociales que han transformado la historia, desterrando el dominio que sobre ella ejercian los predestinados de la fortuna i de la

ambicion, i abriendo sus páginas a la epopeya de las naciones civilizadas, cuyo único tirano es el progreso.

Santiago, 29 de agosto de 1887.



QUINTA PARTE



»PINCELADAS«



«ABROJOS», POR RUBEN DARÍO

POR la mañana el sirviente me presentó un libro desconocido.

Recien impreso, húmedo, con las hojas unidas, exhalaba un cierto olor a novedad. Con una linda carátula, con una multitud de pequeñas letras, que al esfoliar las páginas, bailaban locamente, dejando entrever algunas hermosas frases e ideas, aquello parecía el poema de la vida de un hombre, elegantemente encuadernado, en brillante edición.

Ese es el poeta. Un libro escrito en puntos suspensivos. La mitad de su vida, es llanto. La otra mitad, canta sus lágrimas.

Hoy día las tristezas de los pobres no se aceptan en la sociedad, porque llegan así, sucias, harapientas, con todo el sabor de la miseria ignorada.

¡Hai que imprimir las penas, publicarlas, hacerles *réclame!* De otra suerte, si el desgraciado pasa por la calle, sin que nadie lo conozca, alguien puede decir:

—¡Qué feliz! Ese no ha sufrido!

Así han llegado los *Abrojos*.

El poeta tiene miedo de que crean que es dichoso; encarga a la imprenta que dé a luz su alma, desgarrada, llena de sollozos i de amarguras; regala su libro a todos los conocidos, a todos los amigos.

Cuando sale un libro, uno duplica sus amistades: la ola del aplauso crece, aumenta; unos a otros se comunican sus impresiones; por fin, la palabra desborda; vienen los aplausos de la prensa; i el poeta conquista la gloria perdiendo el alma.

Es el conde Ugolino, que da su espíritu para alimentar las ideas.

¡I todos vivimos largo tiempo, impresionados por ajenas desventuras.

Así se conquista la gloria. ¡La gloria, el ajenjo de los poetas!



Este artículo es de impresiones.

Pocas veces he tenido la suerte de conocer en la intimidad a un joven poeta. ¡Son tan misántropos!

La casualidad me puso en situación de cultivar con Ruben Darío estrechas relaciones de compañerismo literario.

El libro de este joven poeta es toda una historia.

Algo de ella, la crónica de su vida, refiere en el prólogo de los *Abrojos*; pero lo mejor, lo íntimo, aquello que encarna el secreto del autor, la manera como nacieron sus poesías, el procedimiento que ha empleado, la historia, en fin, de un libro, que entre los franceses constituye la página mas delicada de una novela, eso lo relatará en un brillante artículo nuestro amigo Manuel Rodriguez Mendoza.

I a la verdad, los *Abrojos* son poesías orijinales

los poetas tienen siempre tristezas que sectarizan en el mundo literario.

Recuerdo que Darío no quería publicar el prólogo que hoy encabeza su libro. Decía que era malo.

Sí, yo he escrito estos *Abrojos*
 Tras hartas penas i agravios,
 Ya con la *risa* en los labios,
 Ya con el *llanto* en los ojos.

Esa es la palabra de valor. La risa i el llanto, los dos extremos del sentimiento.

Tu noble i leal corazón,
 Tu cariño me alentaba,
 Cuando entre los dos mediaba
 La mesa de redacción.

«Yo haciendo versos, Manuel,
 Descocado, antimetódico,
En el margen de un periódico
O en un trozo de papel.

Así ha hecho los *Abrojos*, en unos cuantos trozos de papel, sin orden, sin plan, al acaso, tomando del aire algún pensamiento, llorando alguna idea, algún recuerdo.

¡I decir que era feo un prólogo que comienza tan hermoso!

Darío no conoce el valor de su prólogo.

Paul de Saint Víctor escribía los prólogos de las obras de Hugo, quien agregaba: "¡Yo publicaría todos los años un libro siempre que vos me hicié-
seis la introducción!"

Imajino que si Darío escribiera tan lindos libros como *Abrojos*, sus prólogos valdrian toda la obra.

Es indudable. La verdadera novedad de nuestra quincena será el libro de nuestro amigo.

Tiene muchas raras cualidades, peculiaridades de estilo, jiros nuevos, enerjía en la frase. Es una manera de decir orijinal, propia, que revela el temperamento del autor hasta en los detalles mas insignificantes. Los detalles de la frase, ante todo, son encantadores.

Es un escultor de ideas talladas en marfil, con las delicadezas i encantos de los antiguos vasos florentinos.

Parece que tuviera entre sus manos toda la historia de las mujeres, con sus timideces i sus audacias incontenibles. Mignon i Julia de Tre-cœur.

¿Qué decir del tono jeneral del libro?

Es una poesía nueva entre nosotros, es la vírjen de los hielos, las rubias ondinas de los bosques de Alemania, que han emigrado a nuestro país;

i por lo mismo, que allá en el polo esa inspiracion seduce, aquí, llenos de sol, de aire, tiene atractivos i magnificencias deslumbradoras.

Es Bécquér, con el cielo de Sevilla; es un poco de Musset con la tristeza aristocrática del *fau-bourg Saint Germain*; es Leopoldo Cano, es Bartrina, es Heine, el gran poeta, el único que ha tenido el cielo entre sus brazos, el único que ha acariciado a los dioses, que ha vivido en el Olimpo i que ha sufrido grandes contrariedades a la altura de su jénio i de su desgracia.

Heine...

Los *Abrojos* son un nido de palabras encantadoras, una serie de cuentos, bosquejos de novelas, de dramas, sintetizados en bellísimas estrofas, que caracterizan el perfume cálido de una nueva poesía, que llega siempre en invierno.

El libro de Darío responde a una necesidad del espíritu, es algo que hemos esperado sin saberlo, es *El libro de Job* de la adolescencia.

¿Para qué decir que la obra de Darío tendrá mucho éxito, muchos lectores? Se ha ido imprimiendo poco a poco, se la ha recitado *sotto voce* en las tertulias, despues entre amigos.

Hoy ya todos dicen: "Darío". Este es un gran triunfo. Por ahí comienza la gloria, tuteando.

La popularidad de ciertos novelistas, como Alfonso Daudet, se explica con toda facilidad, al leer cualquiera de sus romances, *El Nabab*, *Safo*, *Numa Roumestan*, etc.

Aquello es la vida real con sus peripecias, sus caídas, sus amarguras inverosímiles. ¿Qué hai mas inverosímil que la vida? la vida *au jour le jour*, sin hogar, sin familia, sin ensueños de mujeres?

La poesía puede entrar en los secretos del alma; la novela diseña las relaciones del espíritu del hombre con la sociedad. La poesía es el hombre, la novela es el mundo.

¡Sabes decir tan bien las cosas! ¡Ya puedes escribir en los diarios! esclama una niña al escuchar a *Petit-chose*.

Hé aquí una frase exacta. ¡Los poetas dicen tan bien las cosas! I Darío las dice de una manera especial.

Una composicion verdaderamente adorable es esta que copiamos:

Cuando la vió pasar el pobre mozo,
I oyó que le dijeron: Es tu amada!...

Lanzó una carcajada,
Pidió una copa i se bajó el embozo.
¡Que improvise el poeta!...

I habló luego,

Del placer, del amor, de su destino;
I al aplaudirle la embriagada tropa,
Se le rodó una lágrima de fuego
Que fué a caer al vaso cristalino.

Despues tomó su copa
I se bebió la lágrima i el vino.

¡Qué bien sabe decir las cosas!

En cuanto a los tipos de mujeres vagamente diseñados en el trascurso de la obra, tienen caracteres de creacion propia. Cada mujer es una orjía de palabras espirituales o de frases amargas. Darío solo conoce los extremos. Sus tipos ideales responden a sus amores desgraciados. Entre la bruma de la poesía, se divisan rubias cabezas que han paseado por las calles entre la admiracion espontánea de la multitud, i la pasion, siempre oculta, del poeta.

Podria aplicársele el dicho de Saint Beuve: "Es delicado como una mujer; se diria que alguna vez lo ha sido."

En cambio, esas brusquedades de estilo acusan claramente ciertas dudas, ciertos combates por que atraviesan las almas jóvenes. Como poeta, las tiene imperdonables; como hombre, son verdaderas.

Es mui difícil comenzar por ser un viejo para

Una hermosa carta.—Rubén Darío, aquel inspirado poeta nicaragüense; aquel de las aplaudidas rimas del certámen Varela que no ha mucho tiempo vivió entre nosotros, ha escrito i publicado en las columnas de *La Union*, diario que dirige en San Salvador, la siguiente hermosa carta, enviada a S. E. el presidente de la República de Chile, con motivo de haberle enviado éste un ejemplar del libro de *A. de Gilbert*.—Pedro Balmaceda Toro.

La carta dice así;

«Señor:—Acaba de llegar a mis manos el libro de su malogrado hijo, que debo a la bondad de usted.

Cosa inapreciable es para mí, por ser obra de aquella alma brillante que tanto amé, i por venir del padre de uno de mis mejores fraternales amigos.

Usted sabe cómo se unieron nuestros espíritus por el afecto i por el arte, cómo íbamos juntos en la labor del diario, cómo aspirábamos a lograr juntos la gloria.

Al saber la terrible noticia de la muerte de Pedro, he sufrido mucho. Me hallaba en el campo, i lleno de duelo en mi retiro, escribí a su memoria un libro, que se está acabando de imprimir en la Imprenta Nacional de San Salvador.

Con Pedro ha perdido el mundo literario un gran artista, i la humanidad un corazón dulce i bueno, hoi, que son tan raros!

Comprendo el profundo dolor de su herida alma paternal. Mas, debe usted tener el consuelo de que Pedro vivió la vida de la luz i se apagó como una estrella.

Su lírico espíritu soñador que flotó siempre en la aurora, se sentirá feliz en tanto que cerca de la tumba que guarda el cuerpo que animara, haya flores i cantos de pájaros, i su recuerdo viva en el corazón de los suyos.

Para mí, el querido compañero no ha muerto. Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuorio. Yo alimentaré mi engaño, hasta que—si Dios vuelve a guiar mis pasos a ese gran país de Chile—pueda ver en su casa el gabinete vacío, el asiento en la mesa, solitario, i yo sin aquel que me daba aliento, aplauso, apoyo, consuelo, amor.

Pronto recibirá usted el libro que le anuncio, i que es una obra del corazón.

Entre tanto, soi como siempre su agradecido i afectísimo amigo.—*Rubén Darío*.
—San Salvador, diciembre 11 de 1889.»

llegar a ser un niño como aconsejaba álguien.

La juventud es incontenible, i a veces en ella, valen mas sus defectos que sus buenas cualidades. El criterio es cuestion de años, de esperiencia. La naturalidad, la expansion, son flores que es preciso abandonar cuando se entra en la vida; pero miéntas tanto... nada hai mas bello que esa ignorancia de las cosas, ese candor alegre de los años...

Es el inconveniente de los poetas jóvenes.

Lloran demasiado.

Darío, por temperamento, por escuela, tiene el vino triste. Sus poesías son concebidas en otoño, con todos esos rasgos grises de la melancolía. Solo de vez en cuando se descubren algunas carcajadas, algunas historias de besos, el poema de los labios con toda la frescura i delicadeza de la mujer.

Darío es el primer cantor de la nueva escuela que ha llegado a nuestras playas. F. Coppeé, A. Silvestre, Arène i todos los *parnasiens* del gran barrio de Paris, si comprendiesen el español, dirian que Darío es un hermano. Tiene toda la gracia de esos elegantes escépticos, que aunque no creen en la vida, pasean con todo lujo, con espléndido traje.

¡Qué riqueza de amores, de palabras! ¡Qué modo tan oriental de vestir las tristezas! Son verdaderos nababs de la frase. Ya sabemos que Saint Víctor era el Don Juan del estilo.

Al cerrar el libro, se produce en el alma una impresion curiosa. Parece que abandonásemos el taller de un artista. Por todas partes estátuas, bosquejos, medallones, grabados; la memoria se puebla de una multitud de cabezas espresivas, soñadoras, pero todas cabezas de mujeres.

Por eso, en una poesía que há tiempo se publicó, Darío exclamaba:

¡Mujer, eterno estío,
Primavera inmortal!





ROMÁNTICOS I BOHEMIOS



NO recuerdo qué diario santiaguino se quejaba en un artículo nostálgico de la pobreza i de la inmovilidad de nuestros escritores. "Ya no se escribe en Chile!" I les parece que con el último libro que se publica en la quincena, van a emigrar todas las golondrinas de los versos o la musa terca de los libros de investigación.

Otros, que se imaginan los únicos capaces de reavivar el fuego sagrado, esclaman:—"¡Qué quieres! aquí uno se muere de hambre, las letras no dan para el mercado!" I hacen un jesto sardóni-

co, incisivo, que promete mas de lo que en realidad pueden dar.

Aquí, como en todas partes, los que escriben lo hacen en sus horas desocupadas, en sus ratos de ocio, i solo tienen profesion de literatos aquellos que vejetan en los diarios, en las imprentas.

A este propósito, recuerdo un artículo de Henry Houssaye, que no tiene la frescura del padre, aunque se reviste con la misma erudicion galante i fastuosa. Decia que era un error creer que existian los literatos, en el sentido estricto de la palabra, es decir, aquellos que viven de sus libros, como un hacendado de sus cosechas; que desde la antigüedad,—i se remontaba hasta los buenos tiempos de Esopo,—todos los que amaban las letras eran simples *amateurs*; i no miento si digo que César era un grande especulador en granos, que sacó algunos talentos en su escursion a las Galias; Bruto i Decio, varones eminentes i respetados, no tenian empacho, ántes de dirigirse al foro, de arreglar sus negocios i calcular las entradas del dia; i si Horacio no hubiera esculpido en hexámetros *El arte poética*, seria para nosotros un simple comerciante romano.

Recorriendo la escala, llegamos al período del romanticismo de las letras i del bolsillo. Incansa-

bles soñadores, hartos de rimas i alcanzados de deudas, los Alfredos de Musset rieron la pobreza i cantaron la orjía de la miseria. Lo que espre-saban en sus versos, lo desdecian en la práctica; algunas crónicas se han encargado de asegurar que Alfredo de Musset fué el mas eximio vivi-dor, gastó cuanto cayó en sus manos i esprimió el jugo de la vida hasta en su agonía de poeta i de adorador de mujeres.

Ya los tiempos de la bohemia de Mürger i de los mosqueteros de Dumas están mui léjos de nosotros, por desgracia. No sé que hoi en día pueda álguien vivir trampeando las cuentas del sastre, sin que pare en el juzgado i lo empapelen con demandas; o atrasándose en el alquiler de la pieza que habita, con solo decirle al patron unas cuantas chuscadas ingeniosas. Si algo contigue, es que lo bajen a puntapiés i a escobazos de la poética bohardilla donde se tejen, por lo jeneral, los bordados de la fantasía hambrienta.

¿Qué diria M. Dumas, si en nombre de las tu-nanterías de D'Artagnan le abriesen un forado en su bodega i le bebiesen sus mejores borgoñas, o a rompe i rasga se echaran al bolsillo las salchi-chas de los puestos de carne? Gritaria "¡Socorro!" es indudable.

Lo que hai de cierto en este asunto, es que Mürger era pobre i queria escusar ante sus ojos su pobreza; i con muchos sofismas se persuadía de la necesidad del ayuno, i Mürger ayunaba cuando no tenia que comer. Dumas era un gastrónomo excelente, i sus novelas el mejor aperitivo para los anémicos; i como todo gascon, truhan, aficionado a las diabluras, pintaba a sus héroes pescando gallinas en seco, o levantando las botellas de vino con aparatos de su invencion,— por supuesto inferiores a los de Edison.

Lo que estos buenos sujetos pintaban con lejítima pintura de imaginacion, quieren realizarlo en nuestro tiempo, "en pleno siglo XIX", como dicen los polemistas, algunos muchachos que recién comienzan la vida i que se dan de mojicones i de trompadas para barnizar su cuero con el prólogo de las pellejerías que sufrieron los mosqueteros de Luis XIII, a quien Dios guarde.

Esto sucede por error de óptica. El cerebro de los jóvenes es hecho de espejos, como el de las mujeres. Con media idea, con una sombra de idea, una mujer se basta por un mes. Un hombre necesita devorar muchos volúmenes ántes de alcanzar la misma suerte.

Los jóvenes viven deslumbrados por la imajinacion. No sé si el sol se asombra de tener tanta luz; pero a los jóvenes les admira i les pasma su propia claridad de espíritu. Basta una chispa para que se refleje en la cabeza, i se disperse i se desmenuce como un brasero encendido.

Recuerdo que en el colejio se formó una asociacion de mosqueteros para robar la *bolada* i dar de palos a los alumnos de los otros colejios. Teníamos espadas de madera, i acuchillábamos con heroismo a nuestros enemigos. Se cenaba a las cuatro de la tarde en el jardin del colejio, debajo de algun árbol, cuidando de escondernos de los inspectores. ¿I qué se cenaba? ¡Bah! pues claro!... Se cenaba el pan que nos daban en el recreo.

¿Qué nos faltó para llenar cumplidamente el papel de mosqueteros? ¡Que nos firmara M. Dumas!—Tentados estuvimos de recurrir a M. Dumas, el de la calle de Huérfanos, para que santificara nuestra institucion; pero un compañero observó, lo que nosotros ignorábamos, que este M. Dumas, era M. Dumas hijo; luego, no era el otro, el gordo, el cocinero Dumas, el novelista, el Dumas padre.

Con esa facilidad asimiladora de los niños, un

día parodiábamos a Robinson Crusoe; otro día emprendíamos un viaje a la luna, como los héroes de Julio Verne.

Debo confesar que aun ahora, hai muchos compatriotas que tienen aficion a este viaje; es el pais favorito de los desocupados...

Pero el gusto de la lectura se transforma a medida de los años; a los siete, *Tomasito el Pulgar*; a los diez, *Robinson*; a los quince, *Los Mosqueteros*; i a los dieziocho, las *Escenas de la vida de Bohemia*, o los derivados de esta escuela.

Es pasmosa la facilidad que tenemos para convertir en realidad lo ideal. Estamos dispuestos para la lucha, buscamos el peligro, desafiamos el porvenir; i cuando se debilitan los sueños, fortificamos nuestra esperanza en los libros, en los héroes de novelas que mas amamos i que son los santos de la juventud.

De aquí viene esa necesidad de expansion que lleva a los jóvenes hasta tomar la pluma, i escribir i soñar escribiendo, toda una historia, toda una vida, nuestra propia historia, nuestra propia vida, juzgada por nosotros mismos, con nuestro criterio de poetas sin musa.

Mui léjos estoi de reir de mis debilidades. Yo las recuerdo con alegría, yo pienso con tristeza en mis primeros ensayos literarios, escritos en el colejio. Fué la única vez que quedé satisfecho de mi obra, orgulloso de mi miseria. Los otros artículos desgastaron mi candor, los juzgué severamente i fueron a parar al canasto de los papeles inútiles.

Lo confieso, solo entónces tuve vanidad, o al ménos, confié en mis fuerzas. Ahora creo en la fortuna, espero la ocasion propicia, aguardo el cuarto de hora en que los hombres hacen su carrera i su vida...

Lo que mas sorprende al que principia a escribir, es aquello de *la musa*, esa personalidad terrible que trae las ideas i empapa con perfumes el corazon.

Aun tiemblo con aquellas cosas. Hacia mucho tiempo que descaba escribir algo, una historia de amores, una poesía otoñal. Habia leído mucho a Lamartine, i Lamartine decia que sus versos eran dictados por su musa.

¿Tendría yo tambien mi musa?

Aguardé la noche, que es la hora propicia para conversar con el jenio, cerré las puertas de mi pieza, encendí luces, i temblando, como quien se

acerca a una cita amorosa, me senté mui despacio en la silla.

Indudablemente, la musa estaba cerca, mui cerca; yo creia sentir el aire de sus alas, unas alas mui blancas, mui suaves, que cortaban el espacio como las garzas de los rios.

—Vamos, siento la inspiracion... i borrando, escribiendo, volviendo a borrar, con la cabeza inclinada, la mano nerviosa i aguardando a cada momento las cestas de flores que depositaria en mi cerebro la musa, escribí mui lijero, muchas carillas, hasta que al fin, jadeante, como si hubiese corrido, i deteniéndome, tiré la pluma a un lado...

No vino la musa; pero yo habia escrito...

Era el primer ensayo de un romántico. Ví amanecer, i como los demas poetas, sentí el contraste del silencio i del bullicio. ¡Oh! aquella primera velada es el principio de mi vida. Antes... eso no era vivir.

El aire fresco de la mañana impregnado de yerbas silvestres, de aromas de la campiña, entró por las ventanas de mi pieza i sacudió los papeles con movimientos cortos i parpadeantes.

Las jentes iban i venian, los coches se cruzaban en la calle i la ciudad despertaba con rumo-

res prolongados, perezosos, que iban aumentando, se acercaban i volvian a perderse.

Estaba consagrado poeta...

Muchas veces recurrí al café, a la excitacion de mis facultades, a las lámparas de parafina, a cuyo derredor vuelan las mariposas i se chamuscan las alas... Todo era inútil.

En cambio, despues, en muchas situaciones apuradas, de pié en un rincon cualquiera, escribí muchas de aquellas cosas que aguardamos de la inspiracion i que vienen con la necesidad i las obligaciones.

No quiero hacer estas confesiones en alta voz. Sé que son desconsoladoras para los que principian. Esto lo sé por mí.

Quiero asegurar que no hai jóven que se inicia en las letras, que no principie por romántico, i que todos hemos comenzado la vida siendo bohemios. Despues... ya es de otro modo.

No se escriben los libros con café, ni se hacen los versos respirando flores.

He preguntado a muchos poetas que peinan canas, i me han contestado que las estrofas son experiencias, i los madrigales desengaños.

No se apure a nuestros escritores. Ellos producirán cuando puedan, cuando tengan tiempo

Exijimos de los literatos en razon directa de nuestros deseos i de nuestra ociosidad.

Ahora que sabemos cómo se hacen las novelas, cómo se forjan los caractéres, cómo se desarrollan los dramas, es preciso no impacientarse con los autores. Demasiado hacen con lo que publican.

En el último libro de Alfonso Daudet, *Treinta años en Paris*, se advierten muchas observaciones respecto de los novelistas.

¡Pobres hombres! Tienen que vivir en las fábricas, codearse con los obreros, remontar el Sena en dias de lluvia, refugiarse en el campo en el invierno i tiritar de frio en las calles que recorren, buscando los secretos, las frases, la ecuacion de muchos problemas, la incógnita de muchas ecuaciones.

Ya no se escribe con el corazón. Todo es resultado del trabajo. Se acumulan los materiales i se edifican los libros, como las casas, lentamente, conforme a los planos, ciñéndose a las reglas de la arquitectura i de la estética. Los jóvenes están demas. . . estamos de mas en el campo de las letras. Hoi sienten los viejos i filosofan los niños.

—“Pues, es claro, dice el gaitero de Alfonso Daudet, yo oí cantar al ruseñor, y me dije: mira,

lo que hace un pájaro con su garganta ¿no lo puedes imitar tú con tu flauta?»

Y los pobres escritores imitan el canto del ruiseñor; pero el ruiseñor queda escondido en la selva. ¿No es verdad?

Hoi se imitan los sonidos, se imitan las costumbres, las personas... pero no se imita el corazón. Eso, confesémoslo, sucedía en los tiempos de Jorje Sand. Jorje Sand ya no existe.





➤ALBERTO BLEST B.◀



PASÓ de un hotel, donde vivía, a morir en un hospital.

Rara vez puede condensarse la historia de la vida de un jóven en tan pocas palabras, i sobre todo, tan dolorosas. . .

Me imagino cuál sería su última idea, su última llamarada, la última frase irónica, terrible, de un hombre que muere como Alberto, sin el consuelo de sus amigos, sin los recursos del hogar, que para él era algo así como una luz presentida, un delicioso sueño de primavera entre el frío de la nieve. Sin sus amigos, ¿quién podría sospechar ese desen-

lace de la muerte, que todos esperaban, pero que nadie creía tan cercano?

Cuando lo divisábamos en la calle, nos parecía leer en su fisonomía todos los estragos de la enfermedad, tanto mas cuanto que él, con su jenio festivo, espolvoreaba sus dolencias con algun chiste, alguno de esos rasgos brillantes de su educacion parisiense. Aquella antítesis del espíritu con el cuerpo ya agonizante, daba a sus palabras no sé qué de alegría fúnebre.

Aficionado a la música como pocos, siempre hablaba entusiasmado de los grandes cantantes franceses, i tenia para el piano esa gracia inherente a su temperamento de *amateur*.

Leia a Saint-Saëns, Massenet y Chopin, sobre todo, a Chopin, por quien guardaba especial predileccion. Aquellos vales lánguidos, aquella poesía enfermiza de la música del amigo de Jorje Sand, lo embriagaban i adormecian su enfermedad con la mas dulce nostalgia; entre las melodías nebulosas, arrastradas, llenas de suspiros, él sentia sueños felices, luces de aurora... lo que nunca tuvo sino en sueños.

I, por contraste, en los momentos de buen humor, chispeaban los boleros, los aires de *vaudeville*, las operetas, los *couplets* de Paulus, aquellas.

finísimas alusiones, puestas en música, de todos los sucesos de importancia, la novedad del día.

Muchas veces solíamos entrar en el almacén de pianos de Kirsinger.

—Vamos a hacer música, decía, aunque el doctor diga que es un galicismo.

El doctor era José Gregorio Ossa.

Cerraba las mamparas del salón, escogía algunos de esos largos pianos, brillantes, con sonido de orquesta, i pasábamos horas de horas en puras reminiscencias. Imitábamos todos los estilos, todos los gustos, todas las modas; los nocturnes atropellaban a los valeses, la romanza sucedía al scherzo; i entre aquella orjía de notas i acordes, de vez en cuando alguna carcajada, las notas felices de la vida, con que Alberto Blest recordaba *un poco de Paris*.

Luego la literatura, las bellas artes. En su afición desmesurada por todo lo que era sentimiento, tenía la frase oportuna, cada vez que escribíamos, en los salones de redacción de *La Época*. Aquella tertulia de amigos que traían artículos sociales, revistas de teatro, incidentes de salones, fué nuestra vida por muchos meses. Alberto se contagió i principiò a escribir como si hubiera sido del oficio. *Itó* se hizo popular, i en mas de una

ocasion dió márgen a interesantes polémicas en los diarios santiaguinos.

Un buen día apareció con un paquete de pinceles i unos tubillos de colores.

—¡Me he hecho pintor!

I a mí no me estrañaba aquella facilidad con que Alberto Blest iba de uno a otro asunto; todo aquello formaba parte de su elemento, de su sangre,—la pintura, la poesía. También hacia versos. Conservo algunos espirituales, cariñosos, llenos de franca intimidad.

La buena atmósfera del diario le era saludable. Vivía desde la mañana á la noche entregando orijinales, haciendo traducciones, buscando temas para artículos, algo que tuviera orijinalidad, que hiciera vender la edicion de *La Época*. Era todo su empeño darle popularidad, circulacion.

Concluido el trabajo, salíamos entonando entre dientes *La Pigeonne*, cancioncita delicada i que tuvo boga en los salones, i nos dirijíamos a tomar un poco de aire, camino de la Alameda, proyectando libros, revistas, bosquejos de cuadros i melodías de música bohemia.

Era la Alameda nuestro paseo favorito, lugar admirable donde íbamos a observar puestas de sol, que parecian cuadros de autores extranjeros.

Entre el follaje de los árboles negruscos i la perspectiva luminosa de los edificios, con sus techos brillantes, encendidos; i mas allá, en la masa confusa de objetos que se perdian en la bruma de la distancia, se oian los piteos agudos de algun tren que dejaba la estacion; i todavia mas sonora, pero mas a lo léjos, la cadencia de oro de una campana soñolienta, anémica como una nota de crepúsculo.

Aquellas tardes eran encantadoras; ¡tanta melancolía, tanta dulzura soñadora!...

—¡Un descubrimiento! Gran descubrimiento! era una de las manías de Alberto Blest.

Andaba a caza de retratos. Quería sintetizar la personalidad de un individuo en el menor número de palabras, i daba i cavaba en las frases, las reducía a su mas mínima espresion,—la química de las frases,—hasta que de un solo rasgo salía la caricatura burlona, enorme, con una boca de Rabelais i con el espíritu de Mefistófeles.

Nos reíamos de aquellas bromas, las repetíamos a los amigos, i al dia siguiente, todo el mundo sabia al dedillo i comentaba aquel retrato de imprenta, lleno de ingeniosa malignidad.

Los tontos lo perseguían, eran su sombra; en todas partes los encontraba, i lo que es mas, que-

rian ser sus amigos,—el mas tremendo castigo que pueda infrinjirse a un hombre de talento.

En su boca tenia siempre pronto aquel principio de editorial de Justo Arteaga:

—“Dios mio, tú que has puesto límites a la intelijencia de los hombres ¿por qué no pones límite a su tontería?—Pero Dios no escucha estas plegarias, i los tontos andan en la calle como yo en mi casa.” En mi casa, nó...

Alberto Blest no tenia casa!

*
* * *

Esta fué una de las últimas exclamaciones que le oí al pobre Alberto.

Pasó las vacaciones en Penco; i de regreso algunos meses en su hotel; i dos o tres dias en el hospital. Allí murió desamparado, solo, porque no supimos su enfermedad, sin mas auxilio que el de los doctores: ¡escaso auxilio para aquel que ha tenido tanta fe en la amistad!

Ya no oiremos mas su música lijera. *Ito* será un recuerdo del jóven escritor, i sus conversaciones, que aun suenan con el calor de nuestros afectos, quedarán en boca de sus amigos, como un testimonio de su talento, de su intelijencia clara i despejada.

No fué un hombre de Estado, un diarista, de aquellos que empolvan su nombre con el humo de la polémica, ni una gran cabeza de escritor, ni un hombre de letras eminente: *fué un amigo.*





»GUAJARDO«



CÓMO principiar?

No se trata de un gran poeta, de un gran pensador. Es la pequeña historia de un hombre del pueblo, que durante largos años ha cantado sus sentimientos i sus tristezas, porque, sin duda alguna, en medio de las tumultuosidades de la vida, el pueblo es triste i melancólico.

Hé aquí, pues, el secreto de muchos hombres i de muchas poesías.

Interpretar el perfume salvaje de la naturaleza, los arranques apasionados del mundo de los pobres, traducir en estrofas sus deseos, sus pensa-

mientos i sus lágrimas, es algo difícil. Se necesita haber nacido en el círculo, haber experimentado los sinsabores de la multitud, haber sentido con ella, haber estudiado sus amores, para producir esos cantares, que se repiten de boca en boca, que las guitarras preludian monótonamente, como el zumbido de un ejambre de abejas, i que arrebatan esos corazones ignorantes, que despliegan a sus ecos toda la fuerza de la esperanza, toda la estrecha ambición del porvenir.

Muy pocos son los poetas populares.

Recordamos a Ferrán, el español, que echando a un lado los mantos de seda i los ensueños delicados de su fantasía, nos tradujo con la forma pulida de su pluma, las magníficas noches de Granada, los suspiros de oro de sus mujeres i los ayes de sus hombres desesperados por el amor.

Era aquel un infierno delicioso, en que las jentes sufrían acompañadas de versos i de lágrimas.

La Soledad es un magnífico poema, es el poema de un pueblo escrito en cantares. Cada uno reconoce ahí su obra. Todos han depositado una flor que muestran orgullosos. El pueblo siente i ama, i cuando espresa sus amores conserva la virilidad triste de la desgracia.

En España, tierra de guitarras, las carcajadas

tienen el sabor inteligente de sus mujeres; el pasado les legó un recuerdo de héroes i galanes que palpitan i viven en sus cantos.

En Chile—forzoso es hablar de nuestro pais al recordar un nombre para muchos desconocido — en Chile son pocos los que bajo la manta i el enorme sombrero, ocultan un corazon hecho para cantar las penas de la gran comunidad del trabajo.

La poesía popular nace de la tradicion i de la leyenda. Aquí alcanzamos con la mano el mas apartado de los hechos. Nuestra historia es corta, sin Prometeo, sin ondinas, sin dioses destronados; de aquí el carácter oriñinal, robusto, ineducado de los poetas populares. Todo lleva el sabor de la brisa de los campos, de los aires de la tierra.

¿Quién no conoce, de nombre siquiera, a Bernardino Guajardo? Quién no conoció esa cabeza blanca, esos ojos inmóviles, aquella pronunciaciön peculiar?

Era pequeño. Vestia traje del campo, manta i sombrero de anchas alas. Sus versos, a veces, producian tambien el sonido característico de las espuelas. Nada le faltaba para ser un *oriñinal*. Hacia versos, eso sí que provenía del pueblo, i las grandes personalidades de la multitud solo

son aplaudidas en los mercados, en las estaciones, en las fiestas de Noche Buena, i nada mas.

Bernardino Guajardo imponia su talento i lo vendia mui barato.

Todo era en él caracterísco.

Una mala imprenta daba a luz sus canciones. El anuncio de la nueva poesía de Guajardo circulaba por la mañana, en la plaza de abastos, a la hora de las cocineras, i a la tarde, se podía observar a un grupo de hombres, acurrucados en un rincon cualquiera de una calle o de un edificio en construccion, con el cigarro prendido i leyendo pausadamente, como para saborear hasta la menor idea, el sentimiento mas insignificante de su pequeño Homero.

¿Es verdad que no conoceis a Guajardo? A la musa de las sierras? ¡Qué injusticia!

Tenia esto i su corazon latia desordenado como todas las pasiones del pueblo.

¿Nunca le oísteis declamar sus versos? Nunca vísteis su cabeza blanca?

Leer una de sus estrofas es leer un pedazo de la vida del pueblo. Declamaba sus versos, que tenian todo el perfume de un manojito de flores silvestres.

Hoi ha concluido su tarea. Ya no se verán mas

por las calles, los papelitos de colores firmados por Bernardino Guajardo.

Un eco del pueblo que se va es la historia de muchos corazones que no podrán espresar sus quejas.

Los pequeños ídolos se desmoronan, sus adoradores sufren; pero la gran constelacion de dioses permanece impasible.

He escrito estos reglones, porque, sin duda alguna, el pueblo lo siente, i hoi dia lo que piensa el pueblo es acatado por muchos.





➤POR LAS PLAYAS➤



CUANDO las mieses se ponen rubias, el cielo mas claro, mas diáfano, i en los campos se entonan las canciones de la cosecha, se limpian los arados i se preparan los graneros; cuando los artistas, con sus maletas al brazo, recorren las praderas i bosquejan perspectivas brillantes, de tonos asoleados; cuando la vista abarca el horizonte hasta con sus humaredas azulejas i sus montañas grises o sonrosadas, i el oído percibe los campanilleos temblorosos de la esquila i el rumor de las aguas que sonambulean entre las yerbas; cuando las abejas zumban i el aire tiene perfumes de

menta i de jenciana; cuando se despereza el alma i quisiéramos dar un suspiro mui grande, mui intenso, que diera paso a la luz, a la vida, a las emanaciones húmedas, a las sensaciones picantes, a un suspiro que entristece i que, sin embargo, alegre; cuando nos sentimos mas buenos, mas dispuestos a los actos heróicos, a los cariños impetuosos i la elasticidad del espíritu es tan grande que nos damos cuenta de todo lo que nos rodea, de lo que pensamos; cuando soñamos el mas dulce de los sueños, un sueño fresco como un ramo de flores. . . . ¡oh, entónces llega la primavera!

Las golondrinas chillan alegremente, florecen las rosas, el sol se desparrama por el aire, juegan los niños con risas encantadoras, las calles se pueblan de jente, i de entre los árboles, salen los himnos verdes de la esperanza i las melodías perfumadas del amor.

Fué entónces cuando ví dejar el lecho a una linda enferma de quince años. Tenia las dos tísis, la que describen los libros i la que mina el alma. Su semblante descolorido se alumbraba i deseaba la primavera como la vida.

—Sácame, le decia a su madre.

I la buena señora rodaba hasta el jardín la si-

lla i le ponía cerca algunas matas de claveles rojos.

—¡Qué aire tan fresco! Me siento mejor; no tengo nada; ya podría andar...

—Nó, hijita, es preciso que te cuides. Mui luego pasaremos con tus amigos; será una escursión en regla. Iremos a la avenida de los castaños, en coche, mui despacio, para que no te fatigues... i en la noche bailaremos. ¿No es verdad?

—Sí. Me gusta. Eso es... bailaremos. I meneaba la cabeza con signos de indecible alegría. Bailaré con Jorje; él me ha prometido venir para cuando yo lo llame. Ahora debe de estar ocupado. Me dicen que estudia de cabeza para recibirse de bachiller, porque los bachilleres... son como los hombres, pueden ir donde se les antoja i pasear con las niñas... i... i eso es lo mas importante. Sí, Jorje cumplirá su palabra. Para entónces yo estaré mejor, i le habré concluido la carpeta bordada para su escritorio.

El jardín era pequeño. Las murallas blancas se veían cubiertas de pasionarias azules i de yedras trepadoras. Una encina, algunas flores silvestres, dos o tres hilos de agua que se deslizan entre las plantas, i al fondo, un gran palomar donde se sienten los arrullos de los pichones i los

aleteos de las hembras que emprenden el vuelo i se pierden en el aire, como nubecillas...

Desde el vestíbulo de cristales, adornado con abanicos, quitasoles i platos de tierra cocida, se divisa el campo verde, con un horizonte agreste, oscurecido a trechos, i en otros, negro, movable, manchado por los boscajes de pinos, que anuncian la proximidad del mar. Por esos lados, hai en la atmósfera cierta humedad salina i fortificante, producida por los helechos de las playas. A la izquierda, blanquea amontonado entre las acacias un caserío; a través de las hojas, se alcanza a ver la flecha de una torre, que brilla al sol: es la iglesia.

Este era el viaje favorito de las palomas. Cuando habia buen tiempo, se veian cruzar bandadas que tenian en el aire repiqueteos i conciertos primaverales.

I en este conjunto de paisajes tristes i de risueñas perspectivas, brotaba el trigo, jermínaban los maizales i las palomas recojian la paja, el nido...

Pero la niña nada sabia de estas emociones; nunca le habian contado las preciosidades del campo. Solo tenia algunos recuerdos vagos... Así, algo como recuerdo, nada mas. ¡Habia vivido tan poco!... Siempre enferma, palideciendo. En su

fisonomía se notaban todas las luces del crepúsculo, en sus ojos habia mucha sombra de otoño, sin ninguna de las explosiones de la primavera. No sé por qué, cuando la ví, me dieron ganas de recitar en voz baja *La caída de las hojas...*

—¿Estoi mejor, no es verdad? me preguntaba.

—Mui mejor, le decia.

I las lágrimas asomaban a mis ojos. No le quedaba mas que el espíritu. Lo demas, el encanto de las mujeres, las vivezas de la fisonomía, las carcajadas sonoras, las amplitudes del cuerpo, de eso... solo quedaban rastros que se dibujaban entre los pliegues de su bata.

Yo no podia soportar semejantes escenas. Aquello era vivir engañando con risa, cuando detrás de la máscara brotaba el llanto...

—¿Nos deja?

—Sí, señora. Es época de trabajos... Tengo mucho que hacer, los negocios...

—¿Los negocios? Si usted los ha descuidado siempre.

—Me he propuesto ser rico desde ahora.

—Déjalo, mamá. Él vendrá cuando pueda, el día del paseo, por ejemplo...

—Eso es, el día del paseo estaré aquí con Jorge, que ya habrá recibido su título.

La mirada de la enferma tuvo una sonrisa amable.

—Hasta luego.

—¡Adios!...



Ni vino el paseo ni Jorge fué a visitar a aquella jóven enferma.

Pasó mucho tiempo, el necesario para olvidar hasta el recuerdo de aquellas tristezas i de aquellas alegrías pálidas. Es lo cierto, que léjos de ella me sentia mas tranquilo, con mas facilidades para apreciar el porvenir que la vida ofrece, i que suele ser oscuro para aquellos que tienen mas luz en su alma.

Un buen dia, recibí una invitacion para una cacería.

El aullido de los perros, la melodía estridente de las cornetas que hacian eco en el valle, aquel ruido de objetos de acero i chasquidos de látigos, los jinetes vestidos de traje rojo, todo tenia un aire orijinal.

La mañana estaba fresca, lluviosa. Algunas personas habian encendido sus pipas i otras sacaban botellas de ron, que pasaban de mano en mano.

Un picador dió la señal. En marcha. Los perros se esparcieron por la montaña buscando un rastro, mientras que la cabalgata seguía detras, silenciosa e indiferente.

—¡Pchutt! Parece que han encontrado algo... dijo uno.

—¡Ah! ¡Ah! Vamos a tener carrera...

Ante la perspectiva de una lucha, todos aprontaban los frenos, haciendo sonar las espuelas i afirmándose en la silla.

Los perros seguían firmes, con los hocicos pegados a la tierra. De repente, en medio de la espesura, salió un aullido prolongado, lastimero, al cual respondió con furia la trailla, precipitandose los perros unos en pos de los otros.

Ya no había duda. La presa estaba descubierta. La caza era cada vez mas tenaz. Los ladridos se escuchaban mas próximos, como si los perros trepasen cerro arriba.

—Vamos, aprontarse.

La vista fija en el fondo de la quebrada, con la respiracion corta, nerviosos, inquietos, aguardábamos por momentos la señal; con el oido seguíamos la direccion de la pesquisa; a veces se escuchaba el rumor de hojas pisadas, interrumpido por gritos sonoros.

— Ya, dijo el picador...

Los perros treparon a la altura i prosiguieron en la direccion del valle, por el camino del mar. Pusimos al galope los caballos, que hacian repercutir el suelo amarillento i duro. Conversábamos con mucha animacion de las diversiones que se nos esperaban. Cada vez mas apurados, los nobles animales, espumantes, abillantados por el sudor, seguian las huellas de los picadores.

— Parece que toman el camino del pueblo...

— Será mui difícil cazarlo...

— ¡Qué lástima!...

— No importa. Azota fuerte.

I el escuadron continuaba andando por el camino, a lo largo de los sauces i de las acacias.

— ¡Qué se escapa!...

I haciendo un último esfuerzo, latigueábamos con cólera, aguardando un nuevo empuje.

El viento fresco heria nuestras sienes, levantaba el ala de los sombreros i la punta de las corbatas. Algunas ovejas huian espantandas.

Mui pronto vimos blanquear las casas, i luego, despues, las arboledas i los jardines en flor.

Cruzamos una callejuela que conducia a la iglesia.

Al pasar, algunos se descubrían religiosamente. Notamos cierta animación estraña i detuvimos los caballos.

La puerta llena de jente i con una cortina negra, que dejaba ver cierta claridad de luces; un murmullo de oraciones, llegaba hasta nosotros i un pronunciado olor a humedad, a incienso i a flores nos hizo esclamar:

—¡Es raro!

—¿Qué sucede aquí?

Penetramos en la iglesia, empapados con la lluvia, a través de las jentes que nos abrían paso. Dos o tres muchachos, con cirios encendidos, estaban cerca del sacerdote.

En la nave se veía un catafalco negro, un ataúd.

—¡Bah! Es un entierro!... ¡No vale la pena!... Yo me voi...

—Yo me quedo, dije, con acento seguro. No sé lo que me sucede.

Sí. No era más que un ataúd rodeado por algunas coronas de flores naturales i cubierto por las violetas del otoño.

Cerca de mí una mujer sollozaba. Afirmado en un pilar, un muchachito miraba con semblante de susto el oro de la casulla del sacerdote.

Entró una ráfaga de aire que casi apagó las velas i que sacudió con violencia las cortinas i las colgaduras.

Las mujeres se encojieron como espantadas.

Sin embargo, no me conmoví. Con aire indiferente, me puse a observar la iglesia. Aun inconclusa, con las ventanas abiertas, los techos eran el recurso de las palomas. Algunas cruzaron por las bóvedas, aleteando.

¡Las palomas!

Otras salieron por la puerta i se perdieron en el azul. Luego despues, una nueva bandada penetró por un hueco del coro, donde resonaba el órgano, i se paseó en todas direcciones.

Aquello no era comun, las palomas dentro del templo. ¡Ah! I todavía bajan hasta el altar... hasta el féretro... ¡Dios mio! ¿Quién es ella? Dos palomitas, apoyándose, picoteaban las guirnaldas de violetas, i luego se quedaron inmóviles.

Sentí frio... los ojos húmedos, escondí la cara entre las manos, sollozando como un niño.

Una viejecita, tartamudeando algunas oraciones, decia con voz entrecortada:

—¡Pobre señorita! ¡Qué va a ser de don Jorje!
¡Don Jorje!...

Era la pobre niña la que estaba ahí, bajo la

tapa negra, helada, quién sabe si con mucho frío... ¡corria tanto viento afuera! llovía tan fuerte!...

I al imajinarla así me pareció que creía haberla amado alguna vez, ¡quién sabe cuándo!... tal vez aquel día de despedidas i de promesas...

—Nos esperan. ¿Qué haces ahí? ¡Vamos, hombre!...

Salí de la iglesia con el ceño oscuro.

I cuando me retiraba entre los gritos de los cazadores, los ahullidos de los perros i las risas sonoras de algunas jentes que nos veían atravesar empapados, me pareció escuchar la campana... i recordé su pregunta de otros días:

—Estoi mejor, ¿no es verdad?

Sí, tienes razón. Se está mejor en el cielo.





➤ CAMINO DEL SOL ➤



MI habitacion estaba situada en el cuarto piso de un hotel. A mi vista se estendia la ciudad de los techos, ondulante, llena de luces i de chispas, bañada por el sol, acariciada por el aire i en embriaguez perpétua de claveles i alelís.

El cielo trasparente, diáfano, era el manto delicado que abrigaba mis locuras i mis ideas de veinte años.

Es menester esplicar, aunque sea a medias, mi carácter, que me ha valido las miradas de muchos ojos, las sonrisas de los pequeños *Voltaires* de la calle, porque en muchas ocasiones he paseado dis-

traidamente, el sombrero un poco inclinado hacia la derecha, la corbata torcida i el baston con un jiro impertinente, audaz. Estos detalles son insignificantes para un hombre, pero las mujeres que tienen el espíritu de la anécdota, guardan sus rencores para los libertinos del traje. Esto es lógico. ¿Quién se atreve a implorar una caricia, si las mangas, el cuello, —en donde ha de posarse una cabeza rubia, a donde vendrán a descansar lánguidamente dos brazos pálidos i estenuados, —están rotos, sucios, viejos?

Todo lo que me rodea es mi persona. Las cosas son los hombres.

Si quereis conocer las flaquezas del jénio indagad su manera de vivir, i notareis, con gran desencanto, que a veces los dioses fuman pipas con tabaco de marinero, beben ron i perjuran olímpicamente las mas infames groserías.

Yo puedo asegurar que nada de eso sucede en casa. Todo respira el abandono del artista, la languidez soñadora de los ociosos, la mas absoluta ignorancia de la vida, la mas espléndida de las locuras humanas.

La Grecia de mármol, las Vénus del renacimiento, los Césares de la pintura, se disputan mis miradas; las cachemiras, los divanes, las pieles, las

panoplias de armas antiguas, los bajo-relieves, los broncees modernos, todas las exuberancias de la pasion del arte se encuentran anidadas en mi pieza. Cuando penetro en ella a la hora del crepúsculo i cuando las cortinas derraman discretamente la luz con la delicadeza esquisita de una esclava, imagino encontrarme por algun capricho, en medio de una civilizacion que participa de todos los recuerdos del pasado i que aun presente el porvenir.

La compañía de las jentes del cielo trae a la memoria, la frase del emperador romano, al morir. "Siento que me voi convirtiendo en semi-dios."

Esa vida íntima, abstraída, secreta, tiene las condiciones de una revelacion. El espíritu se engrandece, adquiere alas, i... sube a las alturas a beber algo de la espuma que se derrama de la copa en que Goethe encontraba sus ideas.

Esa vida ajitada, rodeada de cuadros, que expresan las incredulidades de la fantasía, mujeres risueñas, mujeres lánguidas, llorosas, toda la escala de la pasion que se anima muda ante los ojos, sin duda alguna impregna el espíritu con sus ideas, i endiosa las pequeñas concepciones de la imaginacion. Desgraciadamente esto pasa cuan-

do la experiencia aun no llega, cuando aun se vive en el aire; pues los años debilitan poco a poco la vaguedad indefinible de la niñez.

—¡Ai! cuando muchacho fuí un grande hombre, decia Enrique Heine, esplicando sus proyectos de colejial.

Todos piensan de igual manera. El talento solo encuentra la palabra que huye de la boca, es decir, escribe, lo que ajita a la muchedumbre.

Heine era mi autor favorito. Heine se enamoró, como yo, de las estatuas i de las vírjenes de la antigüedad.

La Vénus de Médecis constituia mi único anhelo. Imaginad las impresiones violentas de mi alma, cuando el sol iba invadiendo lentamente su cuerpo de mármol, prestándole ese tinte rosa, que tiene los reflejos de la existencia; cuando llegaba hasta la cara... entonces venian las locuras i las jenialidades; entonces creia un poco, pero mui poco, en la gloria.



Una mañana desperté sobresaltado. Habia tenido la despreocupacion de dejar abiertas las ventanas i la luz penetraba ámplia, clara, con toda la

impetuosidad ardiente de la juventud. Los rayos del sol, jugueteando con mis cuadros, iban, venían, entraban nuevamente, riendo como chicuelos en vacaciones, escudriñando las empuñaduras de acero de las espadas, asombrados ante los espejos venecianos, tímidos con la pequeña Vénus, i, por último, atrevidos hasta la exajeracion con mi pobre persona.

Aquello duró largo rato. Pasó una nube por el cielo, i sus sonrisas se dispersaron prometiéndome nuevas visitas, dándome sus tristes adioses.

La lluvia pálida, los azahares del espacio, como dicen algunos poetas, vino con su manto gris i su cabellera blanca. Cerré las puertas, i entónces la pequeña musa de los frios, me refirió esta historia:

Érase un viejo, (así comienzan los cuentos), un Fausto sin dinero, sin juventud i sin Mefistófeles. La muerte, que solia pasar a su lado, le sonreía con malicia. Cuando la muerte sonrie, lloran los ángeles del cielo.

Su madre le habia dicho ántes de abandonarlo: "Mira al sol, sigue rectamente su camino i encontrarás la vida jóven, rubia i desparramando oro."

El pobre viejo besó con ternura el retrato de su amada i emprendió el viaje eterno.

Largo fué el camino, muchas malezas le destrozaban los piés; pero a medida que el aire se hacia mas ardiente, su alma iba recobrando bríos i aspiraciones.

Hermosas mujeres le tendian sus brazos; algunas rozaron su frente con los cabellos. El pobre viejo seguia su camino.

En el fondo de un bosque encontró a Loreley, la ondina de los bardos alemanes. Su cuerpo húmedo recibia los besos de la luz.

Pero era el sol lo que el viejo ambicionaba. La gigantesca mariposa de alas de fuego, el único poeta que vive de luz, el único jénio del universo.

.....
.....

¿No es verdad que es mui fácil escribir un cuento?

Nunca he soñado lo que escribo, i sin embargo, me impresiono a medida que refiero una historia.

Es porque en el fondo del alma hai siempre algo de esa fantasía de la pluma, que vive de la realidad i que va consumiendo las horas alegres.





➤ LAS VIOLETAS ◀



NOS ofrecieron el licor en copas de cristal de Bohemia, oro líquido, i mojamos los labios entre las sonrisas de las damas i los cosquilleos armoniosos de los trajes de seda verde musgo.

A la distancia se oían notas de piano, murmullos de voces, i, de vez en cuando, algún grito ahogado por las tapicerías... ¡El principio del fin!

Aquel grupo de mujeres era sencillamente encantador. Parecían acuarelas dibujadas por Chaplin sobre el fondo rosa de sus tocados. I de entre aquella orquesta de flores vivas, exóticas, criadas en el conservatorio de los *boudoirs*, se divisaban

algunas reclinadas en sus sillas, con labio desdeñoso.

Llevaba en las manos un puñado de violetas que había traído del comedor—las violetas que se bebían con el champagne...

—Tomad, ángeles míos, les dije. Os voy a coronar de flores. Estamos en otoño. ¡Mes de violetas!... Colocadlas en vuestros pechos; eso os quitará el *spleen*.

—¿I nuestra promesa? prorrumpieron.

—¿Cuál?...

—La que hicimos en el sepulcro de Alberto.

--¡Oh!

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!

—Vamos, tú, Berta, díme algo...

—Te digo que estás ebrio.

—¿I usted, condesa?

—Que tengo deseos de contaros nuestras promesas.

—Pues...

—Las flores que tiemblan con el aire, las rosas hechas con palideces de aurora i frescuras de nieve, las espigas i las clemátides de ópalo, los lirios de los valles que sirven de cajuelas perfumadas al rocío de la noche, los nardos en donde guardan las mariposas sus suspiros, las margaritas

empapadas en color de cielo i vaguedades azules de zafiro, las esmeraldas floridas; vosotras, ninfas de los bosques, que bañáis vuestros cuerpos en agua de luz trasparente i sonrosada; encinas del parque misterioso que teneis en cada hoja una historia de amor, i todos los aromas del campo que flotan con el viento i llevan en su seno perfumes salvajes i embriagueces de bocas que se juntan...

—¡Dios mio! el lenguaje de Anacreonte, de Catulle Mendès!... ¡Vejestorios! ¡Japoniserías! ¿Quién habla con vos? ¡Pshuch! Ya no se usa ese lenguaje.

—¿Ya no se usa el amor?

—Es mui distinto.

—Es igual. Porque el que habla a una mujer querria tener en su boca todas esas palabras que guardan los novelistas en cofre de oro. I lo que se escribe ¿no puede acaso repetirse en alta voz?

—Si es así, yo pienso entónces...

—Cállese. Cuando ha adivinado el camino quiere emprender la conquista. Así son los hombres...

—¡Oh! le pido mil perdones, pero me parecia al escucharla, que un mundo nuevo despertaba en mí i que la amaba desde hace mucho tiempo...

—¿Desde cuando?...

—¡Desde hace media hora!...

—¡Es demasiado tiempo!...

—El necesario para sentir... una pasión... Si después de su historia yo pudiera decirle, contarle mis tristezas.

—Le daré permiso para que me bese en la frente i me cante esas rimas sin estrofas, que abejean en el corazón i murmuran como ronda de oro, iluminada...

Estábamos en la penumbra de la embriaguez

—¿Usted me ama?... ¿ya?

—La adoro...



En el saloncito turco, en donde la luz se desmaya entre sedas i encajes azules, i los vasos chinescos derraman el aliento húmedo de las rosas; junto al diván de plumas tornasoles que se irisan i tiemblan con el aire; muy cerca de una piel de cisne, en donde se apoya la cabeza como en un pecho que palpita; allí, en aquel retrete medio pálido, medio tembloroso de oscuridad, en que vagan perfumes indefinidos i se encuentran miradas luminosamente negras; en aquellas at-

mósferas con hálito de pastillas masticadas por bocas en donde se desgrana la risa, i el corazon se oprime, mareado, soñoliento, como en la puerta de una mezquita árabe, la condesa de Luçon principió su historia, mientras las perlas de sus labios dejaban escapar las frases húmedas, como sueños alados.

—Es preciso amar i despues de haber amado, seguir amando siempre.

—Yo te amo... murmuré por lo bajo.

—La vida no es mas que un poema entre dos personas. I la muerte, una historia solitaria, que nadie oye i se pierde en la sombra...

—Recuerdo al pobre Alberto. Vivió como un nabab, derrochando frases i monedas, i en aquella orjía de la juventud, su corazon, como una flor en capullo, no alcanzó a abrirse a las emociones del alma. Sí, señoras. El vino i la risa alejan del amor... La vida de aquel mozo no era mas que una botella de champagne desparramada, ¡espuma!... I cuando llegó la hora negra, aquella en que se cierran los ojos i se apaga el fuego, resultó que despues de haber gastado sus años entre cabelleras rubias i vaguedades ideales, su espíritu se apagó, como un crepúsculo...

Al morir exclamó:

—¡Dios mio, yo que creía!...

Fueron sus únicas palabras. Después vino el cementerio con sus noches heladas, sus claros de luna... Los pasos repercutían en aquellas calles solitarias, como ecos de otros mundos. Sin duda alguna, aquello era para morir de miedo.

La pequeña sepultura de Alberto estaba al extremo de la avenida central. Era un losa de mármol sin inscripciones. ¡Amor anónimo! ¡Vida anónima! ¡Muerte anónima!

Cuando llegó el otoño cubrimos de violetas aquel hueco donde reposaban millares de besos dormidos, los besos que él había dado, como palomas en descanso.

—¡Tío Lucas!

El tío Lucas era el panteonero, una botella con piernas; bebía para espantar a los muertos; cuando de la fosa asomaba alguna canilla, el tío Lucas decía: "¿Qué significa eso, nihilista? Si aun no ha llegado el juicio final! Tenga usted la bondad de entrarse..." i la pala caía despiadada sobre los huesos.

—Tío Lucas, las violetas no florecen a pesar del riego...

—Señoritas... las flores, como las jentes, necesitan cuidados para crecer.

—Pero, tío Lucas, si las regamos siempre...

—¡Eh! ¡¿con qué objeto le ponen flores a ese bellaco? Todas las noches, cuando vuelvo a mi casa, oigo ruidos por ese lado. Es un mozo que no quiere dejar dormir a sus vecinos... ¡cuidadito que si no anda derecho... ¡arrastraba la pala por el suelo como para intimidarlo.



Era la estación de los besos i de las rosas. El aire de la noche cantaba en los pinos del cementerio. Los buhos, con sus ojos de fuego, inmóviles, parecían vijilar aquella ciudad muerta. De la montaña bajaban perfumes, hojas de flores, i frescuras verdes de tomillo i de saúco, que rozaban los huesos con temblores i estremecimientos de vida.

La gran noche de la danza macabra, los violines sin cuerda, los fagotes destemplados, el chasquido de los huesos, las risas de los cráneos vacíos, las miradas de los ojos sin órbitas, i aquel vals, aquel can-can desenfrenado, inacabable; aquella música agria, sardónica, aquel ris-ras de los esqueletos articulados, como quien sacude una

bolsa de nueces, el canto del gallo, la brisa de la noche, el *shuuh* de las lechuzas. Luego, despues, la música que se aleja, los esqueletos que se van, la campana que suena... Todo quedó tranquilo. Entónces, se levantó la losa de la tumba i Alberto salió envuelto en su capa, como un Don Juan.

A lo léjos un pequeño sepulcro de mármol blanco, que brillaba con la luna, parecia irisarse con sus calados i cinceladuras góticas. Los ánjeles, con las manos juntas, parecian tender las alas al cielo, como aves prontas a volar.

—Amada, soi yo, despierta, murmuró aquella boca sin labios.

Estamos en el mes de las rosas i tengo ánsias infinitas, sed de amor. Mi vida en la tierra se consumió entre orjías i carcajadas. ¡Sueño con un beso que no he dado nunca!...

¡Despierta! Soi yo. Aun puedo amarte. Me queda aun el alma de la tumba, esa que no muere jamas. Aun puedo decir a tus oidos frases ardientes. Yo llenaré de vida tus ojos, yo cubriré de carne tu cuerpo, daré color a tus labios, te prestaré mi sangre; i cuando estés así, trasfigurada, con la palidez del amor, entonaremos el himno del "mas allá"...

¡Mira! ¡los muertos saben amar como en vida, quizás mejor!...

I la pequeña puerta de la capilla se abrió al contacto de sus dedos; los ángeles bajaron sus manos. Del nicho pulido i joyante surgió, como Julieta, la vision temblorosa.

—Te esperaba, dijo la niña, como si despertase de un sueño. Las mujeres siempre aguardamos algo... ¿No es verdad que me quieres?...

La luz de la luna iluminaba débilmente aquella escena. Los semblantes pálidos se acercaban. Las bocas estaban próximas...

—Mira, volvió a decirle él. Tú eres mia. Hai hombres que esperan, como yo, hasta en el sepulcro.

—¿I por qué me amas?

—Por mí mismo. Porque jamas he amado a nadie.

—¡I solo aquí!...

—Solo aquí. En la tierra se ama rara vez. ¡Hai tan poco tiempo! Las orjías, los negocios, los negocios, las orjías...

—Va a amanecer... ¡adios!...

¿Amor noi condusce sempre ad una morte?...

Llegó la mañana. Soplabla la brisa i de aquella bruma de amor, apénas se percibia el ópalo rosado del cielo...



—Tio Lúcas. Tenemos violetas.

El tio Lúcas les contó la historia i agregó sonriendo:

—¡Eh! ¡Eh! Ese mozo no habia amado. Por eso no florecian las violetas. Las violetas son las flores del amor...

Concluyó la condesa su historia en medio de un silencio que hacia pensar: todos estaban preocupados de aquella vida sin amor i se miraban el alma, para saber si en sus tumbas florecerian las violetas.

Mad. de Luçon se puso de pié i su cuerpo fino i esbelto se dibujó en la luz; su boca pequeñita i medio arqueada, su nariz de estilo griego, sus ojos grandes de miradas intensas, que en nada se fijan i vagan como esperando la vista del ideal, resaltaban entre la tapicería oscura.

—¿No es la verdad lo que he dicho? me preguntó.

—Demasiado verdadero, por desgracia: hai

jentes que se mueren en vida i para quienes el mundo no es mas que un perfume de violetas secas.

El verdadero cariño debe ser exclusivo, se debe amar a una mujer; querer a muchas, no es querer a nadie; i yo tengo en mí ese pecado. Sin embargo, miéntras usted ha referido su historia, me parecia... que la amaba. Perdóneme, pero...

—¡Ah! ¡Si yo conmoviese siempre así!...

—¡Si yo pudiera amarla así!...

I entre aquella luz pálida del saloncito chinesco, los rosas esparcian sus húmedos olores, miéntras ondulaban ténuemente las plumas de cisne, junto a la cabellera negra i las oscuras miradas de la condesa de Luçon...

Para vosotras que nunca habeis sentido el perfume que cierra los párpados, ni conoceis los misterios de las flores iluminadas por el sol, a vosotras, lindas amigas, que no habeis temblado al escuchar el rumor de un coche que se acerca, o de un timbre de oro que suena a la puerta de vuestra casa, o de una voz que os llama; os repito este cuento.

Yo sé algo de estas cosas, yo me considero feliz soñando en vuestras felicidades i en vuestros ojos llenos de promesas; por eso ha encontrado

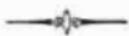
mi pluma estas frases que riman con vuestros
cabellos, como las flores con la luz; i por eso os
pido que lleveis siempre violetas en el pecho i
sonrisas en la mirada.

22 de abril de 1889.





◀ LA MARCHA NUPCIAL ▶



LA ceremonia tiene lugar en la capilla de los Sagrados Corazones. Las esquelas impresas en viejo pergamino, desflocado en sus bordes, con monograma a dos tintas, "X i M. S. de X. tienen el honor..." anuncian que despues se bailará en la casa, es decir, que "se tomará una taza de té." Habrá música del Conservatorio; i en la lista de los convidados, que se susurra *sotto voce*, están los nombres de las muchachas mas bonitas i elegantes.

¡A las once i media! así dice la invitacion. Pero las jentes no llegan sino a las once tres cuartos.

l principia a sentirse en la ancha avenida de la Alameda, bajo aquel sol primaveral, entre los grupos de curiosos estacionados en la portería del convento, el murmullo lejano de los coches de posta, de los grandes *landeaux* i de los *americanos* que se acercan atropelladamente; los caballos resbalan en los adoquines, cliquetean los arneses i los cocheros sujetan las riendas con la maestría de aprendices de circo, deteniendo gravemente sus alazanes.

Durante media hora se escucha el ruido de las portezuelas, el piafar de los caballos, los chasquidos de las guascas, las risas de las jentes, mientras las niñas van entrando en grupos alegres i tumultuosos, con sus trajes claros, sus peinados correctos i sus abrigos de seda; no se oye mas que el *fru-fru* de los vestidos i las conversaciones atropelladas de los saludos i de las promesas para el baile.

Se llena el saloncito que hai junto a la iglesia; las mamás arreglan i dan un último vistazo a las *toilettes* de sus hijas; los hombres agrupados en el patio, fuman sus cigarrillos, enderezan la corbata, estirando nerviosamente las piernas para que el pantalon i el frac caigan de un modo correcto.

La novia se hace esperar aun cinco minutos mas. Tiene razon: la felicidad hace esperar a todos en la vida, pero no tanto para que el fraile, cubierto de un sobrepelliz, se asome de vez en cuando a la puerta de la sacristía, con ojos indagadores, i murmure algunas palabras en frances.

Ya se escapa de la iglesia el perfume del incienso i las notas de los instrumentos de cuerda, que ensayan entre sí; parece que todo ese vaho caliente del misticismo incita a penetrar por aquella ancha puerta de cedro.

La orquesta preludia una sinfonía que se desparrama por la nave gótica i obliga a entrar a los concurrentes, con pausa aristocrática i mesurada, arrinconándose los hombres léjos del ábside.

El novio, pulcramente vestido, conduce con timidez a una muchacha de traje blanco, que sonrie al pasar, a todas sus amigas. Llega al altar i ahí la envuelven las luces, el canto, las flores, el oro de las imágenes; i en un momento se nos pierde de vista en la claridad luminosa de los cirios.

Las señoras se arrodillan con íntimo recojimiento, se cubren la cara con las manos, i cuando principia la salmodia de los latines i sigue con dulzura el canto de la orquesta, los hombres dan vuelta los ojos,— como si estuvieran de acuerdo

— se sonrien i principian una larga conversacion, una conversacion interminable que los obliga a levantar la voz cuando los violines ejecutan sus *crescendos fortissimos*.

Se saca la cuenta del número de bailes; se calcula la hora de la mesa; se arregla un pequeño *menu* anticipado, en el cual entran una taza de caldo, un pedazo de jamon, galantina, un sorbo de vino del Rhin, té i algunos confites. La distribucion de los vals, se ejecuta con entera independencia de las niñas: «Yo le pido el número cinco a la Fulana, tú el siete a la Zutana, Enrique el diez a Carmelita, i como Jorge no tiene deseos de bailar, le pide el quince i el dieziseis a la pobre Luisa...» i aquí vienen las risas ahogadas bajo la sombra del *claque* i el manoseo de los guantes gris-perla.

En cuanto a todas aquellas cabecitas femeninas, medio sumerjidas en la oracion i en los proyectos que asedian su espíritu, precisamente en la hora de un matrimonio, se asustan i se conmueven con los rezos, dudan de la felicidad, mientras allá, en el fondo del altar mayor, azulca el incienso, crecen las plegarias i arden las cirios con sus lenguas temblorosas. I vienen las preguntas íntimas, las esperanzas de dias risueños, i

acaso piensan en una casita bien arreglada, en un coche que reciba sus órdenes, en un sirviente que aguarde sus mandatos, en el calor alegre de una sala confortable, en los vestidos de Pra,—cuando llega la cuenta de una direccion halagadora:—“a la señora de V...”, en las sonrisas de un niño, en la gravedad apasionada que revestirán el día que sean dueñas de casa;—i todas estas ideas pasan lijero, mui lijero, casi como un sueño, por sus cerebros jóvenes; se embriagan con estos pensamientos i soñando, soñando, se sumerjen en una beatitud deliciosa, que las impulsa a cerrar los párpados, delectando en voz baja: “Dios te salve, María...”

Por el otro extremo, en las bancas de los hombres, se sigue con la vista aquella trasfiguracion de las fisonomías, se interpretan las ideas que atraviesan por sus ojos, se cree en el amor, se ambiciona un cariño, mientras algun caballero, de cabello gris por los años, frunce las cejas i encuentra que aquello dura demasiado; entabla los preliminares de un negocio, apretándose el estómago, como en las piezas de Sardou, diciendo con un ojo medio socarron:—“¡Qué bien vendria una copa de oporto, una tajada de galantina!...”

Sigue la orquesta con su melopea elegante i

sonora; las niñas continúan en voluptuosa oración, las mamás haciendo reminiscencias, i los hombres, afirmados en los pilares bajo del coro, retorciéndose los bigotes, con las piernas medio dobladas por el cansancio, i en sus bocas, la eterna risa del fastidio.

¡Gloria in excelsis Deo!

El sacerdote apura el ritual, hojeando rápidamente el libro, pasando de una a otra plegaria, de un latin a otro latin: es preciso que aquello concluya cuanto ántes,—el sacerdote está tambien en ayunas. Los monaguillos, con sus trajes de un rojo encendido, sueltan las cadenas de los incensarios, i la columna de humo sube lijero, mui lijero; parece que en la iglesia todo tiene prisa mucha prisa, ménos la novia i el novio, que encuentran tal vez que todo eso es delicioso i que la música i el perfume de las flores anuncian ya las dichas prometidas.

La ceremonia está agonizando, no da mas de sí. Una última vuelta del sacerdote hácia la concurrencia; alza sus manos blancas, dando la bendición..; i la orquesta, en aire de minué, con un brio increíble, estrepitosamente, da los compases de la gran *marcha nupcial*. Suben los violines, crecen las flautas, murmuran los oboes i de en medio de

aquella orjía de notas que parecen desear felicidades, que parecen describir en la lijereza de sus ritmos, un cuadro del hogar, de la vida del matrimonio, el novio i la novia, ámbos del brazo, cruzan sonriendo por entre las filas de las señoras, como exhibiendo el placer intenso que ellos quisieran ofrecer a todos.

—¡Oh! el jamon! el vino del Rhin! la taza de té caliente! la lista de nombres apuntados en el reverso de una tarjeta de visita!

Se ponen los ramos de azahares en el ojal del frac, se da un abrazo mui apretado, se charla a escape, en medio de aquel rumor de voces i de carcajadas.

—Yo me voi a pié; nos encontraremos en la casa...

—Voi a acompañar a la señora Y., que me ha ofrecido su coche...

—Dispensa, no puedo: es un compromiso de amigo...

Llega de nuevo la confusion de los carruajes; las portezuelas se abren, se cierran; vienen las despedidas.

—No deje usted de pasar a casa a tomar una taza de té!

—Mil gracias, señoral!

¡Siempre la taza de té!

Eso es el matrimonio para los estraños: una taza de té.

I todos apurados, mui apurados, abrochándose los sobretodos, dando las señas a los cocheros, se dirijen al lugar del baile. Los curiosos de la portería ven alejarse los coches, i en cinco minutos, la calle queda desierta, miéntras la novia en su *coupé*, ahogada por los encajes, los azahares i el velc que le acaricia suavemente las mejillas, parece aspirar el último deajo de incienso i de velas de cera, que aun conserva su vestido; i sueña, entre el estrépito alegre de los cristales del coche, con el hogar que aun no ha visto; i observa sin mirar, a su madre, que enjuga con la punta del pañuelo de batista, para no desarreglar su tocado, dos o tres lágrimas que ruedan por sus ojos,—las mismas lágrimas de la bendicion, las mismas lágrimas de los besos, de la sacristía, del saloncito!...

¡Pobre señora! ¡Es la única que, durante la ceremonia, ha gastado cinco minutos de sinceridad!...





LOS SALONES LITERARIOS



(Lectura hecha en el Ateneo de Santiago.)

SEÑORAS, SEÑORES: Goethe, que conocía mucho el corazón humano, hablaba siempre de los escritores que tienen en sus obras el *eterno femenino*. I estas palabras han venido expresando en la vida literaria, la delicada influencia que la mujer ejerce sobre el hombre de letras.

Hoi día, en nuestro propio tiempo, los novelistas de mayor fama, aquellos que gozan de mayor popularidad, son los que llevan el sello irresistible

de la ternura, de las mas dulces impresiones de la vida, comunicadas por el afecto del hogar.

Es este el secreto májico de muchas reputaciones.

En esa intimidad adorable reside la fuente de emocion que suaviza a los hombres, les comunica sensaciones desconocidas, les abre horizontes nuevos, sendas ignoradas, que los hace mejores i mas dispuestos para la lucha de la existencia. Es esa misma fuerza la que hermosea i pule las rudas esterioridades de los escritores, la que les da ese colorido que no poseen, esa finura que no conocen, ese aroma que no es de ellos i que ha hecho esclamar a Legouvé:

“Es delicado como una mujer. Se diria que alguna vez lo ha sido!...”

En la vida de la sociedad no es posible desconocer este elemento de cultura intelectual; i casi podríamos decir una verdad que no es lisonja, a saber: que no hai agitacion, que no hai idea nueva, que no hai hombre de talento, que no haya recibido su consagracion en los salones.

Desde aquellos poetas que nacieron con el romanticismo, desde Alfredo de Musset i Lamartine, hasta los novelistas contemporáneos, todos han comenzado aspirando a la gloria, merced a los

aplausos de las manos delicadas i sensibles de una mujer... Porque su influencia no es solo la influencia de su talento: es todavia la influencia de su sexo, de su naturaleza, primorosamente débil; del conjunto de sus cualidades femeninas, que en donde quiera que se manifiestan, llevan consigo el sello de la bondad que las inspira, de la luz que las alumbra.

I cuando esas cualidades de mujer se completan con las condiciones prácticas, con toda la energía, con toda la claridad de los espíritus superiores, se observa el fenómeno encantador de un siglo como el nuestro, en que la vida del arte se halla encarnada, casi en absoluto, en los frágiles hombros de toda una corte de damas escritoras i artistas. I no artistas por cuanto su temperamento las lleva insensiblemente a encontrar el lado bello de las cosas, sino porque la educacion de su espíritu, las condiciones de su carácter, las colocan en la envidiable situacion de pensar por sí mismas, de sentir por sí mismas; pues si el hombre necesita buscar en los libros la espresion de sus pasiones, la mujer, que vive con el alma, encuentra en sí propia todo lo que para los hombres significa ternura, sentimiento o pasion.

Yo sé que algunos dirán que esto es demasiado

hermoso para que sea cierto. Pero, es tan fácil demostrar mi asercion... Yo preguntaria a los mas asíduos lectores, ¿cuál es su autor favorito, cuál es su libro de preferencia? I es indudable que entre esos, debe haber un nombre de mujer.

En Inglaterra la produccion literaria de la novela es exclusivamente femenina; i lo que es mas raro aun, la áspera filosofía de nuestro tiempo ha encontrado en ese pais, sábias investigadoras, infatigables idealistas, que aplican sus sueños i su poesía, buscando la verdad de las cosas.

De España quisiera recordar el nombre de una señora, que empapada en el estudio de los místicos, de aquella lectura viva i apasionada de Santa Teresa, se ha convertido en uno de los primeros novelistas de nuestra época, acatada en Francia como autoridad, i en España misma, reconocida como jefe de una escuela literaria. Me refiero a la señora Emilia Pardo Bazan.

Es indudable que para pintar con verdad, con sentimiento, la vida del corazon, los impresiones que en nosotros produce la naturaleza, no hai mas que la mujer. Porque su organismo, su estructura física, están formados de modo que la sensacion mas insignificante llena su espíritu, ocupa todos los rincones de su imajinacion, i se esparce, como

las vibraciones de un instrumento, en ondas de calor, en armonías de luz i de belleza... Sin duda alguna, por este motivo vemos hoy que los mas grandes escritores de la Francia han tenido, como continuadores de su tarea literaria, a las compañeras inseparables del hogar. Pero la mujer no solo abarca las letras, sino que tambien busca emociones en el cultivo de la pintura, de la música, de esas nobles actividades del espíritu humano, en que el corazon pone su sangre i la cabeza sus pensamientos. Es mas aun, sin recordar nombres, puedo decir aquí que casi todo el movimiento literario frances, desde hace veinte años, ha nacido en un salon de Paris, impulsado por aquella princesa Matilde, que, a la vez que escribia con gracia inimitable, manejaba los pinceles, con toda la delicadeza propia de un temperamento femenino. Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Béranger, los Goncourt, Balzac, Saint Beuve, Villemain, hacian sus lecturas en los salones de aquella gran dama, que, a juicio de muchos críticos, dió materiales para sus obras a mas de un escritor, i con sus conversaciones familiares, el jénesis de muchas poesías i de muchos poetas. Es la vida íntima de la sociedad la que forma nuestros gustos, pues para producirse tienen a menudo necesidad de

iniciadores, es decir, de aquellas criaturas privilegiadas que hacen vibrar en nosotros las cuerdas dormidas de muchas sensaciones, de muchos sentimientos, de aquella variedad infinita de cualidades, que trasforman al individuo, lo dulcifican i lo convierten en un hombre capaz de grandes empresas i de acciones levantadas. No sólo se trata aquí de la vida puramente intelectual, que, despues de todo, no es el elemento preciso i ordinario en que se mueven las sociedades, sino tambien de aquella otra educacion lenta i asimiladora, de aquella influencia poderosísima de la mujer, que pone algo de su naturaleza, algo de su esquisita sensibilidad, en todo lo que la rodea, en todo lo que es de su exclusivo dominio, i que, por lo tanto, abarca todas las esferas en que se manifiesta de algun modo, ya sea en sus conversaciones privadas, ya en sus relaciones sociales, ya, en fin, en aquella otra tarea mas íntima de la educacion de la juventud, de la enseñanza, del cultivo del corazon en sus propios hijos.

Por eso Michelet piensa que las sociedades tienen las mujeres que necesitan; es decir, que miéntras la mujer con su educacion, con sus condiciones de vida, con sus costumbres, irradie,

como fuerza i calor, en torno de los hombres que la rodean i les comuniquen su fe i los aliente con sus propósitos, no decaerá el ideal de la felicidad humana, esa tendencia del espíritu a buscar la paz i la tranquilidad del corazón.

Por esta causa se da tanta importancia a la influencia social de los salones, no ya de los salones literarios, en donde el cultivo de la inteligencia alcanza un perfecto desarrollo, sino simplemente, como base de reunion, como punto de contacto entre los hombres i las mujeres.

Aquí, en Chile, se mira poco esa faz de la cuestion, no porque falten los medios ni las personas que hayan de reaccionar en ese sentido, creando una nueva fisonomía a esas relaciones sociales; sino porque se ha descuidado, se ha mirado en ménos, i, casi diria, se ha mirado como ridículo, ese lazo de union que en la vida acerca los sexos, que los une i los hace pensar del mismo modo, los hace sentir las mismas impresiones, tener las mismas ideas, abrigar los mismos propósitos, conservar los mismos ideales...

Esta situacion es de responsabilidad jeneral, porque ha sido el fruto del aislamiento que ha dominado en toda ocasion cuando se trata de las relaciones intelectuales. Las señoras han vivido

en voluntario ostracismo. Si aman las letras, no las practican; si tienen inclinacion i sentimiento a admirar las producciones literarias, no han hallado con quien departir esas impresiones, discutir sus bellezas o dar forma tangible á sus ideas. La juventud, por su parte, se ha desarrollado en el aislamiento, trabajando por sí sola i dando a sus obras el sello austero de la labor que no tiene compañera, que no tiene consejo, que no tiene auditorio, del hombre de aliento que piensa sin estímulo, que lucha sin esperanza.

Por eso, señoras, en vuestros salones podeis encontrar las relaciones de las ideas, tan interesantes como las del sentimiento; por eso vuestros salones pueden ser el punto donde la juventud reciba el bautismo de las condiciones que le faltan; en donde la juventud logre suavizar sus asperezas, modificar sus conceptos i adquirir esa noción mas elevada de la vida, que solo se halla en donde estais vosotras. Sí, porque la vida es un conjunto de aspiraciones ideales i de principios positivos; y porque en el mundo, la verdadera felicidad consiste en la armonía de los corazones i en la conformidad de las ideas con el raciocinio.

No habrá escépticos mientras haya esperanzas para el porvenir i se debilitarán las desgracias del hogar, mientras exista íntima relacion, consorcio de ideas i de voluntad, comunión del espíritu, entre las personas que mas tarde hayan de formar la cadena de la vida.

Si a veces la juventud ofrece dificultades, si a veces tiene sus puntos oscuros, es por la deficiencia de sus elementos, es porque los jóvenes no se conocen bastante, es porque entre ellos hai ideas opuestas, principios negativos.

¡I no es utopía la felicidad humana! ¡I no es sueño de poetas! Porque ella reside, como lo decia hace poco, en la armonía de los sentimientos, en la paridad de las ideas, en aquella converjencia divina que arrastra las personas a sentir i pensar de la misma manera.

Ningun medio mas poderoso para acercar los espíritus que la misma intelijencia; ningun sistema mas fecundo que este de pensar mutuamente, de departir los deleites que procuran las obras de la intelijencia humana, i acercarse los unos a los otros por medio de un objeto tan noble, tan puro i de resultados positivamente benéficos.

A. vosotras, señoras, os corresponderá realizar

este milagro que anda escrito en los libros, que vaga en los corazones como una promesa, que constituye el anhelo de toda nuestra vida... ¡quién sabe si también de vuestra vida!... En vuestras manos está el cambiar la fisonomía de esa vida intelectual, de hacer práctica aquella reconocida influencia que podéis ejercer sobre la juventud, aquellos derechos que constituyen vuestras prerrogativas más encantadoras, es decir, educar al hombre, transformar sus defectos en cualidades útiles, i su negro pesimismo en fe avasalladora e irresistible...

Sí, fé para la lucha del porvenir, fé para creer que la felicidad no es un sueño, pues nace de vosotras i reside en vosotras.

Sabed, señoras, que vuestras gracias i vuestras virtudes os dan grande influencia en la vida social i en la felicidad del hombre; que si os parece nueva la tarea de asociar vuestro espíritu al movimiento literario e intelectual de nuestra época, élla no será por eso menos fecunda i menos grata, pues yo creo que hacéis fructíferas las obras que hermozeáis con vuestra presencia o acrecentáis con vuestro ingenio.

Vivo persuadido de que si el hombre es bueno, es porque nace de la mujer, i si es jeneroso, de

ánimo levantado, porque en la madre, en la esposa, en la hermana o en la amiga, encontramos siempre el amor que dilata los horizontes de la felicidad, i el ideal que nos hace capaces de las mas nobles acciones.





➤ UN NAUFRAGIO ➤



MAÑANA me voi al sur. Llevo mi máquina de fotografía i mis colores de acuarela. Es una escursion de aficionado al arte. Pasaré por ti. Tomaremos el tren de seis i media. — Tuyo. — ALBERTO. 11

Aquella carta estaba escrita con un tono tan resuelto e imperativo que me sedujo. Sin preguntarme nada, sin hacer una sola reflexion, saqué la ropa de mi cómoda i la puse en la vieja maleta de cuero.

Ademas, Alberto ejercia sobre mi espíritu una influencia inesplicable; me magnetizaba con sus

frases, me persuadía con sus silojismos absurdos, hasta el extremo de convencerme de que su filosofía era la ciencia de las ciencias. Por supuesto que ahí entraban amasados todos los escepticismos del siglo, revueltos en pintoresca confusión. I, cuando a la hora de la comida, solíamos liquidar aquellos principios filosóficos, despues de bebernos algunas copas de vermouthe i fumar una *Panatela*, resultaban las mas estravagantes confusiones, que mi amigo solucionaba heroicamente golpeándome los hombros con toda socarneria.

—Mira, no vale la pena. En la existencia hai muchos abismos. ¡Cuidado con profundizar escl...

I la cosa no seguia mas allá, pues nos asustábamos mútuamente de aquellas interrogaciones mudas que hacian nuestras almas, i el problema aquel, se resolvia en una polonesa de Chopin o en una cancion de Mendelsohn.

Mi amigo vestia con toda correccion. Tenia cuentas en todas partes, leia libros franceses, jugaba en el club, i cuando se trataba de sondear sus opiniones, seguia al personaje de Goncourt que, en política... amaba el sol.

En cuanto a mí, fascinado por las cualidades de mi amigo, seguia todas sus indicaciones, i

aquella mañana lo esperé con mi maleta preparada i mi gorra de viaje sumida hasta los ojos.

Algunos minutos despues, arrellanados en nuestros asientos, medio dormidos i acariciados por la brisa matinal, veíamos desfilas a traves de los cristales de nuestro wagon, con la rapidez de una linterna májica, aquellos anchos valles, que se desprenden de las cordilleras i siguen encajonados en las montañas, hasta dormirse en el mar.

En la ciudad de X tomamos un coche, una de esas viejas dilijencias, polvorosas, enormes como una casa, i que ruedan entre el estrépito de los vidrios, de los cascabeles i de los latigazos del mayoral, que anima a los caballos jadeantes i sudorosos.

Debíamos llegar en la tarde a un pueblecito de baños mui conocido, que tiene muchos recuerdos históricos, i se encuentra rodeado de espesos árboles, que sirven a los pintores para estudios de vejetaciones.

Mi amigo iba a empapar sus pinceles bosquejando aquellas masas oscuras. Yo por mi parte, iba tambien dispuesto a admirar sus trabajos, pero, sobre todo, me llevaba la curiosidad de conocer alguna jente de mar. Sentia el capricho de entablar relaciones con algun pescador, de esos

que salen mar afuera, duermen en su bote, i tienen olor a líquen i a pescado.

Me tomaba de nuevo la jerga de la costa. Quería estudiar aquellas cosas, aquellos hábitos desconocidos para nosotros; las redes tendidas al derredor de la casucha i la *barquia* meciéndose en el agua; el *glu-glu* de las olas, aquel perfume fuerte de las algas empapadas en la sal; i por último, los hombres, con las piernas desnudas, la camisa abierta i la faz tostada por las brisas cálidas del verano, los vientos helados del invierno, herida por las inclemencias de todas las estaciones.

Después de algunas horas de viaje, nos sentíamos ya desesperados, cuando la diligencia principió a bajar por la ancha carretera que conduce al pueblo.

Unos cuantos latigazos aumentaron el entusiasmo de los caballos; crujió con mayor fuerza la caja del coche; siguieron los gritos i los casca- beles; i cuando ménos pensábamos, nos encontramos en la puerta del hotel.

El caserío se halla desparramado en una ense- nada formada por las montañas que se juntan i estrechan cerca de la misma arena. Las lluvias han rasgado aquellas entrañas oscuras, sesgadas

por la vejetacion marítima, i del fondo misterioso de aquellos rios, han crecido las arboledas, aumentando las casuchas, hasta que, al fin, buscaron el valle, estendiéndose por las colinas i laderas, salpicando alegremente de colores vivos la tierra amarillenta i apretada.

Se edificó un hotel. I luego, despues, se construyeron las chimineas de una refinería de azúcar, que oscurecen el aire con su humo negro. Existen tambien algunas minas de carbon, las palizadas de un muelle de altos pescantes, en forma de anzuelos, i dos o tres bodegas de techo curvo, puertas anchas i macizas.

Al frente, recostada en el agua, se alcanza a divisar una isla pintada de rojo, con manchas de sepia, mui suaves.

A un lado, otras minas de carbon i destilerías aparecen medio esfumadas i envueltas en una bruma azuleja, pardusca, de entre la cual se destacan los perfiles de los edificios i las rayas negras de las chimineas, que parecen troncos secos i quemados; mas allá todavia, en la rejion del horizonte, mui cerca de la costa, se adivina el agrupamiento de un puerto, las velas blancas de algun navío. I a todos estos pequeños detalles, dibujados con un pincel de acuarela, débiles, enfermizos,

los rodea el mar, con el verde profundo de sus aguas, que se dilatan i alejan hasta confundirse con el cielo...

El muelle tiene algunas lanchas atracadas.

Cuando sube la marea, encallan en la orilla. Al oscurecerse, salen los pescadores mar afuera i vuelven con su provision que venden entre las familias del hotel i del pueblo.

El mar es mui tranquilo, casi sin movimiento; no tiene mas que ese oleaje continuo de las lagunas. Esta particularidad ha hecho de este rincon un lugar de baños.

El hotel se encuentra invadido en las vacaciones por turistas de todas las esferas sociales, especialmente por extranjeros, que acuden allí a satisfacer sus caprichos de pesca, i alguna que otra *miss* rubia i displicente, que pasa en la orilla del mar soñando en otras playas, en otros climas i con otros amores.

La hora de la comida es un verdadero diccionario de la conversacion. Se escuchan frases en todos los idiomas conocidos i por conocer; se bebe toda clase de vinos; se fuma en las narices de las señoras; se leen los diarios en los hombros de los mismos comensales. En una palabra, aquel es un comedor en donde se permiten todas las

i impertinencias imaginables i donde un mal educado puede dar rienda suelta a sus expansiones.

Nos señalaron una mesita pequeña situada en un rincon. Devoramos toda la lista de comida desde el encabezamiento, que era un potaje infernal; pero, al llegar al pescado, el guiso de la casa...

—¡Mozo! el pescado para el señor...

—No hai, señor.

—¿Cómo? ¿no hai pescado aquí, a orillas del mar? Sabe usted que esto seria mui extravagante si no fuera ridículo?... Pues... que se eche un anzuelo i que se pesque lo que salga... Yo no como sin pescado. He venido precisamente a eso...

El sirviente encojió los hombros i estiró los labios como diciendo: usted sabrá lo que hace. I por supuesto, que aquel pescado problemático no habria de tener la virtud de multiplicarse, para servir a todas las mesas del hotel. Decididamente, principiábamos de un modo desgraciado. Si tambien seria mentira que existia el mar...

Mi amigo dijo:

—¡Oh! oh!

Abrió los brazos en son de protesta, i nos quedamos el uno frente al otro, mirándonos las narices, en la postura mas cómica.

A mí se me ocurrió volver a decir:

—¿I el pescado? ¿El pescado?... ¡Yo quiero pescado!...

Nos ofrecieron pescado en conserva. Aquello nos hizo aumentar la molestia de los nervios.

—Ustedes escusarán, señores, dijo el mayor domo del comedor, acercándosenos con una servilleta entre las manos; pero ha sucedido que Hilario aun no ha vuelto, i como es él quien nos trae la provision de mariscos, hoi ha faltado... Dicen que le ha tocado mar gruesa.

—¡Bah! Hilario navega en todos los mares, prorrumpió un vecino mio, no hai que tener cuidado. Seria capaz de ir de aquí al Japon en su lancha; *singla* admirablemente.

—¡Oh! oh! con que la lancha de Hilario *singla* mui bien, agregó Alberto con la boca llena de pan.

—Lo cual no impide que hoi nos haga falta el pescado...

—No se burle usted de Hilario; es todo un marino valiente.

—¿I a mí qué? ¿De qué me sirve su valentía si hoi no he de comer pescado?

El vecino, que era un aleman, se sonrió ante aquella insistencia i se contentó con agregar:

—¡Ya sabrá usted quién es Hilario!... volviendo a seguir la lectura de un periódico que tenía frente a su plato.

Tuvimos que resignarnos a dejar en blanco el hueco del *menu* donde decía: *Pescado*, i concluir nuestra comida con una taza de café. Sacamos nuestros cigarros i salimos echando humo como unos turcos, si es que los turcos echan humo.

El aire de la tarde estaba fresco, penetrante e impregnado de ese olor característico del mar.

En el muelle de los baños encontramos algunas personas que se divertían viendo ponerse el sol entre las crenchas de nubes opalinas i rosadas, como un trozo de metal fundido.

A lo lejos se divisaba una vela, casi imperceptible, que surcaba las aguas.

—Es la lancha de Hilario, dijeron algunos.

—¿En qué la conoce usted? se me ocurrió preguntar.

—Pues, en la seguridad del rumbo; en el modo como gobierna la vela. Solo él hace esas cosas.

El nombre de Hilario me había tomado la imaginación; todos estaban acordes en declarar que era un valiente, un marino atrevido, que manejaba su barquichuelo con la docilidad de un caballo. En unos cuantos segundos, Hilario apa-

reció a mis ojos como algo mui grande, abultado por la fama i por su propia voluntad. Decididamente habia encontrado un tipo de estudio, un marinero a quien observar de cerca, con todos sus detalles.

Cuando ganó la noche las faldas de la colina, Hilario atracaba al muelle su bote que se sacudia desesperadamente.

Hilario tenia una estatura regular, las espaldas anchas, los ojos mui vivos i un cierto aire indiferente que adquiere con los años la jente de mar.

Vestia una camisa rayada; faja lacre en la cintura, i en las espaldas una chaquetilla morena, con las mangas flotantes; los pantalones recojidos mas arriba de los muslos, descubrian una pierna delgada pero nerviosa.

¡Se contraía tanto el cuerpo al lanzar la remada!

El botecito era largo, en forma de góndola, encorvado en la punta i sumamente angosto; los remos, como las piernas de un flamenco, cortaban el agua casi sin ruido, musicalmente.

En la popa habia asiento para cinco personas. Podíamos ir hasta el Japon! Así lo habia dicho, al ménos, el aleman.

Contraté el bote por algunas horas. Íbamos a dar una vuelta por la bahía. La luna, un poco

pálida, daba reflejos de acero sobre las olas. La noche estaba en calma profunda. A lo léjos, el faro aparecía como una estrella melancólica i solitaria... Hilario metió los remos en los aros de bronce; dos o tres empujes vigorosos i la embarcacion se alejó de la orilla, como un ave, desliziéndose con toda suavidad por aquella superficie sin movimiento



A los tres años ya metia las piernecitas en el mar. Así me lo contó él, miéntras hinchaba los pulmones, inclinándose para tomar con los remos una buena paletada de agua. A los cinco, su padre lo llevaba en sus escursiones nocturnas, i mas de una vez el frio i el hambre le habian cerrado los ojos entre aquellos montones de redes. Esa fué su escuela, la mar ancha, bravía, teniendo siempre en jaque a los pobres barquichuelos.

Una vez tuvo susto. Lo sacaron todo mojado i tiritando. Desde entónces ya fué dueño de su corazon i de sus emociones.

En el mar se va lijero, se crece rápidamente, i el chico tuvo que ganar su vida a los quince años, como si estuviera solo en el mundo, sin mas am-

paro que el vigor de su cuerpo i la enerjía de su espíritu.

—¡Pues!... a donde van todos, se dijo, al mar.

I de cuenta propia tuvo una *barquia*, redes i pescados. El mundo, para él, principiaba i concluía en las tablas de su bote, como que aun no soñaba con las tablas de su hogar.

Aquella vida salvaje, monótona, sin mas transiciones que la de una tormenta, sin mas alegrías que la fortuna de una red cansada por el peso de los aranques i de las corbinas, siempre remando, siempre en el agua, entristeció su carácter bondadoso. Vino la nostalgia del océano.

Aquel mozo, fornido como un roble, moreno por las brisas, solía echar de ménos, cuando se embarcaba a la hora del crepúsculo, las blancuras tibias de la casa, el fogon ardiente i aquel suave calor, que imaginaba su alma como fin supremo de la existencia.

¡Qué mal consejero es la pipa llena de tabaco, de donde sale el humo, como salen los sueños aprisionados del desvan del cerebro! La cabeza metida entre las manos, acurrucado en una piedra, tragaba el humo, es decir, los sueños.

¡Bah! En las ciudades, las jentes se imaginan que la vida de mar es una barcarola con música, como

las que se oyen en la zarzuela, i que los marinos son poetas, sin saberlo, que viven sobre el agua por capricho, por placer, como vivimos nosotros en el club leyendo los periódicos. I se olvidan del terrible reverso, de la verdadera vida, aquella lucha anónima, constante, tenaz, de todo momento.

Sí, yo he leído muchas historias dolorosas a través de aquellos semblantes impasibles, como se siente correr el agua bajo la nieve. ¡Dolores congelados por la miseria i el hambre!

I no es que vivan descontentos de su suerte. El hombre de mar lo lleva todo en sí: su fuerza i sus esperanzas; nada hai mas allá del océano. Cuando mas alguna compañera; i entónces el amor es doble lucha, doble enerjía. Vienen los pequeñuelos i hai que aumentar el trabajo para dar alimento a las pobres avechitas de aquel nido amasado con las caricias de la madre i las fatigas del esposo. I cuando los chicos están ya con su camisita, se les embarca en el bote para que acostumbren sus cuerpecitos débiles, calientes aun por el hálito del regazo, a los padecimientos i al frio, para que eduquen sus nervios i su sensibilidad en aquellas jornadas que han de constituir su vida futura.

Todo se reduce a eso, a criar lobeznos de mar,

i cuando los músculos del padre están cansados, se pone en las manos del hijo el timon, los remos i las redes, es decir, el patrimonio de la casa. Esta es la historia que todos cuentan i esta es la vida que todos viven, teniendo el mar al frente, insondable, misterioso, gruñon i tragando i devolviendo los restos de la víctimas, las entrañas desgarradas de los barcos, entre el frio de la niebla i la cancion jemidora de las aguas.

Pues bien, Hilario era como los demas. Se casó con una de esas flores de la miseria, con una muchacha ahogada en su desarrollo femenino por las necesidades materiales, por la escasez i por el trabajo, que es el pan de los pobres. Detenida en su desarrollo, no alcanzó a redondear su cuerpo, esquivo de contornos, empaquetado en un vestido de mezclilla azul, descalza, con un pañuelo lacre sobre los hombros, un delantal en la cintura, pálida, con esa risa franca de los que viven atados a la cadena de su suerte, parecia un arbusto joven pasmado en su crecimiento.

Sin embargo, era ágil, fuerte, i las faenas de la casa parecian disipar sus melancolías. Además, se habia casado con Hilario, que era tan bueno. ¡La queria tanto! Cada vez que habia dinero, le llevaba alguna cosilla para su ajuar, para los chi-

cos, que crecían al sol i a la intemperie. No había, pues, de qué quejarse. Hilario trabajaba para ella, para sus hijos. Era también justo que la pobre le devolviera sus cariños. I aquí los menesteres, la comida, algún plato nuevo i sazonado, alguna pequeña sorpresa que Hilario pagaba con abrazos i sonrisas.

Aquello duraba poco; las intimidades concluían al alba, porque el bravo mozo salía en puntillas, para no despertarlos, i se iba a sus quehaceres. El amor lo pagaba él, como el pan que comía, con el sudor de su frente.

Una tarde la encontró en cama. No había podido levantarse; se sentía muy débil i tenía ojeras en los párpados.

Hilario hizo de comer i se sentó a la mesa silencioso, con sus chicos.

—La mamita está muy regalona, decían.

La mamita estaba muy enferma.

Al fin de la semana, la mamita respirando con dificultad, abrazaba a sus hijos con esa insistencia dolorosa del que sabe que parte, abandonándolo todo. I los chicos reían i jugueteaban, sobre el jergon que apenas cubría el lecho de la enferma. A veces suele llegar la muerte entre sonrisas.

Amaneció otro día,—un día horrible, borrasco-

so,—i ella estendia las manos, con los tanteos incontenibles de la agonía, buscando las cabecitas de sus pequeñuelos, que murmuraban sonriendo:

—Mi mamita se quiere dormir.

¡Se quiere dormir!...

La fisonomía de aquella pobre mujer se contrajo un instante i volvió a quedar inmóvil, un poco pálida, pero tranquila, como quien se deshace de un fardo grande i mui pesado...

Hilario, con los ojos fruncidos, se fué a la cocina, tomó el machete de la carne i esgrimiéndolo con fuerza, deshizo el techo de tablas que cubria el fogon. ¡I era de ver cómo se rajaban al golpe del hacha!...

Las juntó como pudo, las llenó de clavos e hizo con ellas un ataúd. Si no era mui bueno, tenia el espacio necesario para alojar un cadáver. Estos son los lujos de la pobreza.

Despues asió el cuerpo de su mujer, pasándole los brazos por debajo de las espaldas i lo colocó en aquella especie de cajon. No pudo contener un jemido, i la besó en la boca... ¡Ya podía marcharse!...

Se puso el sombrero con desesperacion, tomó aquel fardo, se lo echó al hombro i fué a deposi-

tarlo en la lancha que estaba en la orilla. No había cementerio i era menester llevarla allá al frente, al puerto que se divisaba entre las brumas...

«Mientras tanto, los chicos no sabían que su madre estaba muerta, i sonreían.

No era cosa fácil atravesar aquel mar embravecido. Las olas se arremolinaban, encrespándose, como si bailara una lejion de locas. I luego, despues, el cielo, anubarrado, oscuro, con grietas de luz en el horizonte, presajiaba la tempestad. No se divisaban casi las manos. La neblina escarchaba los árboles i el viento los hacia jemir, golpeando con fuerza sus ramas desnudas i quemadas por el frio.

El mar, con murmullos sordos, que se alejaban a veces i que volvian de nuevo con desoladora insistencia, tenia un color indefinido de ajeno con barro.

Solo, en medio de la playa, empapado por la lluvia, con las ropas destilando i helado hasta los huesos, Hilario aparejaba su chalupa, que subia i bajaba al compas de las olas, llevando en el fondo aquel bulto oscuro, el sueño de sus amores.

Soltó la cuerda, por fin, i empeñó con los remos la batalla de las olas, la lucha con el viento,

con la lluvia, con el cielo que no tenía compasión para sus tristezas.

En unos cuantos instantes se encontró en alta mar. Las tablas crujían ásperamente, como si amenazaran abrirse; los remos apenas cortaban aquellas montañas de agua, i la marejada impedía toda dirección. El pobre hombre, con la cabeza descubierta, los brazos desnudos, chorreando sudor, fatigado, sin poder respirar, movía los remos i los ajitaba con rabia, luchando en la impotencia...

Las olas lo cubrían, a veces, por completo, i de entre el abismo, salía de nuevo a la superficie, con mayor vehemencia, con toda la desesperación de su alma, empuñando aquellos remos que no obedecían a su voluntad...

Se abrió otra vez el agua, implacable como el abismo; alcanzó a decir: ¡ah!.. i se sintió sepultado bajo las olas.

Cuando reapareció, uno de los remos estaba roto, i su pequeño fardo había desaparecido. Ya no estaba allí en el fondo de la lancha. El mar, que todo lo traga, se había guardado también el cuerpo de la infortunada esposa...

Puso el remo que le quedaba en forma de timon, trabajó rudamente muchas horas i consiguió, por fin, que las aguas lo arrastrasen a la orilla.

I llegó solo.

Se tendió en la arena, empapado, con los ojos oscuros por la desesperacion; i mirando hácia el mar, apretaba los puños, impotente, encolerizado, como si quisiera domar la braveza de aquella superficie inmensa!

.

—¿I apareció el cadáver?

—¡Nunca mas! murmuró.

—¿I tus hijos?

—Se murieron.

—¿I no lloraban?

—Nó; cuando volví a mi casa, me recibieron entre risas.

—¿I tú, Hilario?

—Ya lo ve usted; sobre el monstruo; bogando en el mar.

—

Siempre me acuerdo de aquella historia i de aquel hombre. I ahora que escribo estas líneas, abrigado en mi pieza, fumando un cigarrillo, no puedo olvidar la cancion de las olas i el poema de los naufragios.



SESTA PARTE



EL JUICIO DE LA PRENSA



EL SEÑOR PEDRO BALMACEDA TORO

(De *La Tribuna*)

NA triste noticia se ha convertido en la mas dolorosa de las realidades.

El corazon jeneroso de nuestro amigo Balmaceda Toro ya no late al impulso de los nobles sentimientos que fueron los inspiradores de su breve i luminosa existencia.

La vida material, que fué para él constante lucha con la terrible i traidora enfermedad que le ha conducido prematuramente al sepulcro, ha concluido para siempre.

Ante los misteriosos designios de la Providencia debemos inclinarnos respetuosos i esperar que la resignacion, lenitivo de los mas grandes dolores, venga algun dia a hacer mas llevadera, para sus deudos i amigos, esta desgracia inesperada.

A los que de cerca le conocian i de veras le estimaban, les es penosísimo convencerse de que haya podido terminar, en plena juventud, una existencia consagrada al culto de los mas sagrados deberes, de los mas sinceros afectos i a la satisfaccion de brillantes esperanzas i de altísimos ideales.

Nuestro malogrado i queridísimo amigo era, en efecto, acreedor, mas que nadie, a gozar de la satisfaccion completa de sus lejitimas aspiraciones.

Llevaba en su alma los jérmenes fecundos del que nace predestinado para señalar horizontes desconocidos a los demas. Su corazon sentia los goces de las pasiones mas levantadas: el respeto casi relijioso por la familia i la amistad; el culto de lo verdadero i de lo bello.

Su tránsito terrenal se asemeja a la breve i fugaz aparicion de los meteoros; pero en tan corto espacio de tiempo, a pesar de que muere a la edad de veintiun años, edad de dichas i de dorados ensueños, supo hacer lo bastante para que su

recuerdo sea perdurable en la memoria de sus deudos i amigos i en la de cuantos pudieron apreciar el valer privilegiado de su talento i de su ingenio.

Espíritu de potencia creadora al par que rica i esmeradamente cultivado, comenzó a dar sazonados frutos cuando aun no contaba quince años. A los dieziseis, a pesar de los sérios inconvenientes que le oponia su delicada salud, obtuvo el diploma de bachiller en filosofía, humanidades i bellas artes.

En lucha abierta i casi cotidiana con sus traidoras dolencias, continuó sus estudios legales i de derecho a la vez que su aprendizaje literario; con tal éxito que ha fallecido en vísperas de terminar su carrera de abogado i de dar a luz un volúmen de mas de quinientas páginas de artículos publicados en diarios i revistas de la capital.

Su mejor i mas valioso título, el que mas le enaltece en el concepto de los que le sobreviven, debemos buscarlo en las cualidades privilegiadas de su talento, en sus excepcionales aptitudes para la carrera de las letras.

Nadie como él, entre todos los que hoi ocupan un puesto en las filas literarias de nuestro pais; nadie como él, decíamos, supo cultivar con mas bri-

llante suceso el jénero de las novelas cortas, por el estilo de los cuentos del célebre autor del *Nabab* i de *Safo*; ni nadie como él, tampoco, dió, entre nosotros, a la publicidad, críticas de arte mas acabadas i de gusto mas delicado.

Sus cuentos i sus artículos críticos tuvieron desde el primer momento, increíble suceso, si se atiende a que empezó a escribirlos a la edad de dieziocho años.

Los Debates, La Época, La Tribuna, La Revista del Progreso i otras publicaciones, rejistran la mayor parte de sus trabajos, suscritos con el conocido i aplaudido seudónimo de *A. de Gilbert*.

Las bellas letras, la pintura, la escultura i la música dominaban entre sus gustos favoritos i les dedicaba sus mejores horas.

Dias ántes del golpe fatal que hoi lloramos, ponía fin a un interesantísimo ensayo sobre el realismo en el arte, i comenzaba a escribir una pequeña série de novelas cortas, que iba a dar a la estampa con el título de *Cuentos de primavera*.

Si en nuestro lejítimo deseo de rendir pobre homenaje de estimacion a un amigo al cual nos unian los lazos indisolubles del afecto mas sincero; si en nuestro empeño de honrar su memoria, logramos editar las páginas llenas de colorido i

de luz, que brotaron de su pluma de oro, aprovecharemos esa ocasion para presentar a los deudos, amigos i admiradores de Pedro Balmaceda, una semblanza de su carácter i de sus merecimientos, un estudio mas completo de su vida, tan fecunda en las variadas producciones de su ingenio.

Por el momento nos faltan fuerzas i tranquilidad, tiempo i espacio suficiente, para bosquejar la figura del amigo que nos abandona cuando todos ambicionábamos para él un porvenir sin nubes.

Entretanto, nos consuela, siquiera en parte, el recuerdo de su bonda inagotable i la sonrisa que selló en la hora postrera sus labios, como para dar testimonio de que su alma ha de encontrar en las rejiones del misterio i de la eterna luz, la recompensa reservada a los espíritus superiores.

EL SEÑOR PEDRO BALMACEDA TORO

(De *El Ferrocarril*)

En la mañana de ayer dejó de existir, a la temprana edad de veintiun años, el señor Pedro Balmaceda Toro. Aunque el estado de su salud inspiraba desde tiempo atras sérios temores, el fatal

desenlace no parecia estar tan cercano. El golpe ha sido, pues, el mas doloroso para el hogar de S. E. el Presidente de la República i para los amigos del jóven fallecido. El Ateneo de Santiago, del cual el señor Balmaceda era uno de los miembros mas entusiastas, rindió anoche un cariñoso tributo a la memoria del malogrado socio, tan prematuramente arrebatado al amor de los suyos, de sus amigos i de sus compañeros en las tareas literarias.

EL SEÑOR PEDRO BALMACEDA TORO

(De *La Union*)

El hogar del primer majistrado de la nacion llora en estos momentos la pérdida del mas querido de sus miembros.

El jóven Pedro Balmaceda Toro ha caido al golpe rudo de la muerte, que desdeñando juventud i talento, en un instante, convierte en polvo halagadoras ilusiones i un porvenir henchido de esperanzas. ¿A quién sino al jóven de intelijencia despejada i consagrado siempre al estudio, que conforta el espíritu i vigoriza al hombre, le es

¿dado tener derecho a la realización de sus aspiraciones i ensueños? Cuando se ha hecho la carrera de la existencia; cuando se llega al fin de la jornada, aunque se haya dejado mas de un jiron entre los zarzales del camino de la vida, puede recibirse con cierta quietud la visita de la fúnebre amiga que nos ordena despedirnos para siempre del mundo i sus efímeras venturas; pero, emprender el viaje eterno, tronchando bruscamente todo el goce que encierra la esperanza, constante compañera del alma, es la mas amarga i dolorosa de las realidades humanas. Solo Dios nos brinda entónces el único consuelo a nuestras aficciones, i en brazos de quién podemos, al decir adios a la tierra, esperar confiados del mas recto de los jueces el premio de nuestras buenas obras. Hé ahí la razon por qué el jóven Balmaceda ha abandonado la vida sin lágrimas i desesperaciones; hé ahí por qué a los veinte años se muere con resignacion i paz, con la muerte del cristiano que fija en el Dios de las misericordias su última bienhechora esperanza!

Pedro Balmaceda desde sus primeros años, se dedicó con teson digno de elojio al cultivo de la literatura i de las bellas artes.

En las columnas de *La Época* tuvimos oportu-

nidad de leer sus artículos, en los cuales palpita-
ba nobleza de espíritu i mui recto criterio.

De estilo fácil i elegante, se hacia leer con
interes i amenidad, dando siempre a sus escritos
un sello propio, léjos de la vana palabrería de las
vulgaridades.

Trataba en ellos de cuestiones literarias o de
arte con la misma facilidad i versacion que pudiera
hacerlo un hombre maduro i conocedor de las
artes i del habla castellana.

Tal vez nuestros lectores no habrán visto la
firma de Pedro Balmaceda en los artículos a que
hacemos referencia, porque, tanto los publicados
en *La Tribuna* como en *La Época*, llevan la fir-
ma de *A. de Gilbert*, que era el seudónimo que
acostumbraba usar en sus escritos.

A nosotros que tratamos al jóven Balmaceda
en la confianza de la amistad, nos fué dado apre-
ciar con todo conocimiento sus cualidades de ar-
tista i escritor. Recordamos perfectamente que,
en medio de la charla alegre i chispeante de que
hacia gala su ingenio, se quejó mas de una vez,
con cierta fria decepcion, de la vida; pues veia
que su suerte desde la cuna no le habia sido mui
favorable i que secreto mal iba minando dia a
dia su existencia. Era un alma noble, jenerosa

inteligente i buena, en una envoltura débil i destinada a consumirse pronto.

De otra suerte, Pedro Balmaceda habria sido un literato de nota, un hombre provechoso a la sociedad en que naciera.

¡Dios no lo ha querido; acatemos sus santos e inescrutables designios! ¡Él, de seguro, colocó ya en su frente la corona de bienaventuranza, galardón que solo se recibe en la patria inmortal de los cielos! ¡Felices los que, como Pedro Balmaceda Toro, abandonan este mundo sin dejar tras de sí resentimientos ni odios, i le acompañan en el viaje a la eternidad las oraciones i lágrimas de su hogar querido i el recuerdo de todos aquellos que supieron apreciar sus bellas prendas!

Reciba la distinguida familia del señor Balmaceda la espresion de nuestra mas sincera condolencia.

EL SEÑOR PEDRO BALMACEDA TORO

(Del *Chilian Times*)

Tenemos el sentimiento de anunciar la muerte del hijo mayor de S. E. el Presidente de la República, acaecida el lunes en Santiago.

El difunto era un brillante escritor i orador, un jóven lleno de promesas.

Su salud venia resintiéndose desde hacia algun tiempo, i, finalmente, sucumbió de una enfermedad al corazon, a la temprana edad de veintiun años.

Sus funerales, a los que asistió un numeroso concurso, tuvieron lugar el mártes.

Nos permitimos ofrecer a su acongojada familia nuestros respetuosos sentimientos de condolencia i asegurar a S. E. que toda la colonia inglesa de Chile deplora mui sinceramente tan sensible pérdida.

Un ingles, residente en Santiago, que conoció personalmente al caballero muerto, nos envia el siguiente tributo a su memoria:

«Se ha manifestado una profunda simpatía a S. E. don José Manuel Balmaceda, con motivo de la pérdida de su hijo mayor don Pedro, que dejó este mundo el 1.º del presente mes.

«Habia alcanzado la edad de veintiun años, cuando la sociedad, los amigos, las afecciones domésticas i la perspectiva de una brillante i útil vida le hacian cara la existencia.

«Su salud no fué nunca vigorosa, pero él confiaba siempre en que las enfermedades peculiares

a su organizacion desapareceria alguna vez. No fué así, sin embargo, i Chile ha perdido a uno de sus mejores hijos a una edad temprana.

«Mientras que la naturaleza no le dió vigor a su cuerpo, en compensacion jenerosa, le otorgó un espíritu, una intelijencia i una claridad tal de vision moral que lo hizo a tan temprana edad, uno de nuestros mas brillantes escritores i mas profundos pensadores, al mismo tiempo que uno de nuestros mas notables oradores.

«¡Qué gran motivo de sufrimiento es esta pérdida para sus deudos, sus amigos i el pais!—Pero, ¡ai! aquellos que mas amamos son los escojidos por Dios para que nos dejen una prematura herencia de su gloria!»

EL SEÑOR PEDRO BALMACEDA TORO

(De *El Independiente*)

Un dia leimos en *La Época* un sentido i bello artículo a la memoria de Alberto Blest, firmado por *A. de Gilbert*.

Era la primera vez que en la prensa diaria figuraba este nombre, i a fé que se incorporaba brillantemente en la ruda falanje.

¿Quién era *A. de Gilbert*? No tardamos en saberlo.

Era Pedro Balmaceda Toro, el hijo mayor de S. E. el Presidente de la República, arrebatado ayer, en la flor de la juventud, al cariño de sus padres i al vivo afecto de sus amigos.

Desde entónces estimamos al señor Balmaceda, sin conocerlo personalmente.

En aquel artículo habia tal diafanidad de estilo, tal novedad en la frase i, sobre todo, palpitaba desde el principio hasta el fin tal nobleza de alma que conocimos en el señor Balmaceda a un literato i a un hombre de corazon.

Literato a los veinte años, de factura propia, sin la vana hojarasca de las vulgaridades i sin las audacias estravagantes de las nulidades.

¡Pobre artista!

No ha pasado mucho tiempo de aquella página de lágrimas i de exquisita fragancia en homenaje a Alberto Blest, cuando la muerte ha venido a juntar a esos dos niños, marchitos en la primavera de la vida...

El señor Balmaceda cultivaba las letras con esa fria desesperacion del que nada espera, del que sabe que no llegará jamas a la cumbre, no por falta de talento o de medios, sino porque se-

creta espina va minando lenta pero seguramente la salud. Si él hubiera nacido robusto i sano, si él no hubiera sentido en su organismo desde niño el hielo de la muerte, sus facultades, aquilatadas por el estudio, habrian hecho un camino rápido i glorioso.

Pedro Balmaceda muere cristiano i con la vista en el Dios de las misericordias. ¡Dichoso él que ya está en la patria inmortal i que deja en la tierra un grato i querido recuerdo!

EL SEÑOR PEDRO BALMACEDA TORO

(De La Época)

A las siete i media de la mañana de ayer dejó de existir este distinguido jóven, hijo de S. E el Presidente de la República, víctima de una enfermedad al corazon.

Su fallecimiento, a mas de sembrar el pesar i el desconsuelo en el hogar de sus padres, ha impresionado vivamente a sus amigos, que apreciaban sus dotes de intelijencia, sus maneras afables i cariñosas i los buenos sentimientos, propios de su educacion, sus antecedentes de familia i todas

aquellas nobles jenerosidades, patrimonio que nadie puede arrebatarse a la juventud.

Era un entusiasta cultivador i admirador de las letras, amigo de la escojida i buena lectura, i se dedicaba a todos aquellos estudios que significan recreo para el espíritu i gratos desvelos para la imaginacion.

Al recordar sus gustos i su verdadera pasion literaria, no podemos olvidar que en este diario hizo sus primeras armas, que en estas mismas pájinas dió a luz muchas producciones de su pluma i que en mas de una ocasion tuvimos con él charla animada i bulliciosa, en que revelaba las aspiraciones de que estaba poseido i su verdadero entusiasmo i decision por adquirir un nombre entre los amantes de las bellas letras.

I como tenia talento i palpitaba su corazon por todo lo bueno i amable, escribió muchas pájinas empapadas en sentimientos que revelaban sana reflexion, revestidas de estilo lijero i ameno, que hacian concebir lejítimas i envidiables esperanzas.

Pedro Balmaceda sabia mui bien que su constitucion delicada le auguraba muerte temprana; i por eso, en medio de su labores literarias cuando sostenia conversacion mas jovial, en la intimidad de las afecciones amistosas, no ocultaba

ba sus temores i presentia que la tenacidad del mal que le aquejaba, desbarataria sus mas caras ilusiones.

No es posible desechar las ideas desalentadoras cuando vemos desaparecer existencias queridas, a quienes alentaba un propósito bueno, que avaloraba la natural ambicion de los años juveniles. I si la amistad se siente conmovida ante una desgracia cruel e irreparable, ya calculamos que el dolor, con todo su cortejo de lágrimas i padecimientos, ajitará i sacudirá hondamente el alma de sus padres i amantes hermanos.

En estas horas de sufrimientos que parecen interminables, i de la desesperacion, casi justificada, hai que recordar las felicidades de una vida mejor, la tranquilidad apacible i anhelada con que el cielo recompensa a las almas que durante su paso por la tierra, encaminaron sus actos al bien; i eso habrá conseguido con justos títulos, un jóven cuyo desaparecimiento prematuro ha sido lamentado por todos los que le conocieron i amaron.

I él mismo se encargará de enviar a los suyos los consuelos que han menester para mitigar el dolor que les embarga i al que nos asociamos de todo corazon.

EL SEÑOR PEDRO BALMACEDA TORO

(De *La Libertad Electoral*)

En la mañana de hoy ha fallecido don Pedro Balmaceda Toro.

Jóven de intelijencia viva, de bondadoso corazón, alma abierta a las inspiraciones de lo bueno, deseoso de aprender, había dado pruebas de lo que valía i había demostrado que era capaz de inspirar amistad.

En algunos diarios de esta capital escribió durante algun tiempo con brillo, con madurez i facilidad.

Su constitucion delicada le facilitaba la concepcion i comprension fáciles de todo lo que había de sutil, de armonioso i perfumado en lo bello i en lo bueno.

Alcanzó apénas a asomarse en el escenario de la vida i pudo distinguirse: las flores mas preciadas i hermosas viven apénas una mañana...

Su complexion débil, su temperamento nervioso, la desgracia, todo se unió para gastar sus fuerzas. Sufria desde hace tiempo; i la ciencia no encontró alivio a su enfermedad.

En los últimos días los ataques se sucedieron rápidos, incesantes; parecía que la muerte se encarnizaba con una vida que se resistía... ¡Era tan corta!

Al fin, esta mañana cayó, vencido, tranquilo, sin sobresalto. Sabía que su fin estaba próximo; pero su vida no tenía acciones reprobadas, i su alma era bastante fuerte para aceptar con valor la tremenda lei del destino.

¡Morir tan jóven! Es una gran desgracia; pero nosotros, convencidos de que el que se ha ido no sufre i de que los que quedan lloran en este momento todas las lágrimas de su vida, les presentamos nuestro mas respetuoso i sincero homenaje de condolencia.



HOMENAJE
DEL ATENEO DE SANTIAGO



➤ ATENEO DE SANTIAGO ➤



Sesion trijésima quinta, celebrada el 1.º de julio de 1889

SE abrió a las ocho i media P. M., presidida por el señor director de turno don Luis Arrieta Cañas, i con asistencia de los directores, señores Barros Borgoño, Barros Grez i Holley, del pro-secretario señor Ricardo Montaner Bello i ciento ochenta i tres socios.

Abierta la sesion, el director de turno don Luis Arrieta Cañas dió cuenta del sensible fallecimiento del señor Pedro Balmaceda Toro, miembro fundador del Ateneo, i dijo las siguientes palabras:

«Tengo que daros una triste noticia: la muerte acaba de arrebatarnos a nuestro consocio Pedro Balmaceda Toro.

«Todos vosotros le conocísteis. Fué uno de los primeros que en agosto del año próximo pasado, acudió a esta misma sala en busca de esa vida intelectual que era para él, mas que para otros, una necesidad i un consuelo en la existencia.

«Cuando el mal que lo llevó a la muerte daba tregua, aunque pasajera, a su pobre naturaleza, le veíamos entónces siempre entusiasta, tomar con empeño una parte en la labor comun, la que, debéis recordarlo, fué a veces superior a sus fuerzas.

«Apasionado por las bellas letras, por el arte, por todas las manifestaciones de la intelijencia, no sabia, tal vez no queria, detenerse en el límite hasta donde la enerjía física podia solo acompañar a su espíritu impaciente.

«Pedro Balmaceda apénas se sintió vivir cuando ya comprendió lo que iba a ser para él la vida.

«I era aquí, en nuestras reuniones, ya tranquilas, ya calorosas por la lucha de las opiniones, pero siempre cordiales i sinceras, en donde gastaba un entusiasmo que era parte de su vida misma.

"Consocios, aparece por primera vez en nuestras filas un vacío doloroso; i, al comunicároslo, espero que acompañeis a la última morada al que lo ocupó con honra.

"Quién sabe si en el fondo del ataud, su cuerpo, que apenas pudo contener por veinte años un espíritu entristecido, se estremezca de contento al ver al borde de su tumba, al rededor de su último lecho, a los que acá en la vida, fueron sus compañeros de trabajo."

En seguida, don Raimundo del R. Valenzuela hizo indicacion para que se suspendiera la sesion i se nombrase una comision de socios que, a nombre del Ateneo, asistiera a los funerales del señor Balmaceda.

La indicacion fué unánimemente aprobada, i el director propuso la comision siguiente:

Señores directores don Juan N. Espejo i don Jorge Huneeus Gana.

Señores socios don Tomas Rios González, don Luis Orrego Luco i don Enrique Swinburn.

A indicacion del director don Luis Barros Borgoño, se acordó que se agregara a los nombrados el director de turno señor Arrieta Cañas.

Finalmente, se designó a don Narciso Tondreau para pronunciar en el cementerio un discurso fúnebre en representacion del Ateneo i para hacer público el sentimiento con que dicha corporacion ha recibido la muerte de uno de sus miembros mas entusiastas e intelijentes.

Con lo que se levantó la sesion a las 9 P. M.



DISCURSOS

I COMPOSICIONES POÉTICAS



DISCURSOS

I COMPOSICIONES POÉTICAS



HN el cementerio de Santiago, momentos ántes de la inhumacion de los restos de Pedro Balmaceda Toro, se leyeron los siguientes discursos i composiciones poéticas:

DON EDUARDO FERNÁNDEZ F.

Escusareis, señores, que venga a interrumpir el sagrado silencio de esta mansion, si tomais en cuenta que estas palabras son la mas severa in

interpretacion de ese deber que impone imperiosamente la sinceridad de nuestras caras afecciones.

Escusadme: es el postrer adios al amigo cuya muerte no viene a ser sino el preludio de una indeleble memoria que recojerán sus admiradores.

¡Ah! señores, esta continúa peregrinacion que, desde tiempo atras, venimos haciendo a este lúgubre i comun hogar de las creaturas, se ha encargado de demostrar que es tan cierto como tremendo lo que el poeta latino decia, dando novedad al pensamiento: *La pálida muerte pisa con planta igualmente segura la cabaña de los pobres i el alcázar de los reyes.* Mas no es esto solo, parece que esta misteriosa guadaña va arrancando la vida, no únicamente a los hombres que eran orgullo i ejemplo para la nacion; sino que tambien parece que quisiera batirse con aquellos que están destinados a ser esperanza de la patria.

En efecto, señores, Pedro Balmaceda habia dado ya mas de un paso en aquel sendero, a cuyo límite llegan solo los hombres que por su carácter, ilustracion i juicio necesariamente reclama la sociedad.

Era modesto i con razon; esta gran virtud suele cobijarse siempre a la sombra del talento.

Su vastísima i provechosa ilustracion la habia adquirido en esa escuela de sapientísimos autores que saben enseñar i no en la de aquellos que solo entretienen el espíritu i entibian el corazon...

¡Ah! señores, en verdad que esta desaparicion deja un vacío en el corazon de sus aflijidos padres i una dolorosa huella en el seno de sus amigos; pero es consuelo i es satisfaccion reconocer que cumplió, en su corta vida, con la mision de los hombres que dejan para la posteridad un nombre que estampar en la historia de los nobles recuerdos.

¡Ah! se marchitarán, señores, las flores que entretrejidas forman las coronas que hoi depositamos aquí; pero no se marchitan ¡ai! los recuerdos que crecen al calor de las afecciones i que se riegan con las lágrimas de sincera i amistosa admiracion.

¡Descansa en paz, que es grande i jenerosa la justicia de Dios!

DON SANTIAGO ESCUTI ORREGO

I

¡Brilló i murió!... ¿Por qué tan raudamente
En el azul profundo se aniquila?

De su mágica luz el rayo ardiente
Aun parece alumbrar nuestra pupila.
¡Astro novel! La pública mirada
Surjir le vió, entre aplausos i loores,
De esa vivaz constelacion, formada
Por tantos juveniles resplandores!

¡Cuán breve su jornada!
La juventud, con voces de cariño,
En entusiasta aclamacion le nombra;
I el inspirado niño
La pensadora sien acuesta helada
En el regazo de la eterna sombra!

II

Murió, pero aun le veo,
Le escucho todavía:
Pienso que hablando está, como solia,
Con su ingenio hechizando al Ateneo;
Vertiendo con sus frases rutilantes,
Sobre la sorprendida muchedumbre,
Sus ideas triunfantes,
Como un collar de perlas i diamantes,
Como lluvia magnífica de lumbre.

III

¡Qué jeneroso sér! Dando al olvido
De la natura injusta los rigores,
Hizo del arte su ideal querido.
¡Quién no le amó al tratarle! Alma despierta
A todos los impulsos superiores,
A todo noble sentimiento abierta!

¡I vivir un instante!
Morir tan niño, soñador i amante,
Con un mundo de intensas afecciones,
En el pecho que empieza
A latir con las grandes emociones;
Con todo un cielo, en la febril cabeza,
De hermosas i elevadas concepciones.

.....

IV

¡Débil ramo, cargado
De promesas en flor, que al patrio ambiente
Ya exhalaba su aroma regalado!
¡Frágil brote, arrancado

Por traïdor vendabal súbitamente,
Cuando recién, al desplegar sus flores,
Embalsamadas urnas de colores,
Al árbol paternal ricos tributos,
Ver ya dejaba sazonados frutos!

V

I tú, padre infeliz, dime ¿qué has hecho
Para tal golpe recibir? ¿No has sido
Guardian celoso del comun derecho,
A tus altos deberes contraïdo?
¿No eres del pueblo tuyo la grandeza,
De su felicidad prenda segura,
Tendiendo el riel, la material riqueza;
Abriendo el libro, la moral ventura?
Victorioso en las luchas del trabajo,
I del saber en las pacientes lides,
Merecedor del público agasajo
De la nacion altiva que presides!

Seguías, en tus ímprobos labores,
Pudiendo contemplar, de gozo lleno,
En futura vision, dias mejores
Para la suerte del hogar chileno.

Pero ¡ai! que la gran lei desconocida
Que rige de los hombres el destino,
Te hirió en el corazon, i de tu vida
Empañó el horizonte cristalino;
Esa suprema lei que los arcanos
De este mundo gobierna,
Sin excepcion, vedando a los humanos
Goce alguno cabal, ni dicha eterna.

Sé tu dolor ¡oh padre infortunado!
Justo es que llores la temprana muerte
De tu primer retoño malogrado,
Mientras llorando estás, del cuerpo inerte
Ante la realidad desoladora,
Chile lágrimas vierte,
Con tu afliccion, inconsolable llora;
I los húmedos ojos
Clavando en estos pálidos despojos,
Vibra el poeta que tu duelo mira
El triste són de su enlutada lira!

DON NARCISO TONDREAU

Señores:

Impresionado hondamente por la infausta nueva que ayer, en la mañana, se trasmitió a nuestra juventud estudiosa, el Ateneo de Santiago me ha conferido la triste honra de dar la despedida suprema, al borde de su sepultura, al que fué Pedro Balmaceda Toro, uno de los miembros mas entusiastas i distinguidos de esa corporacion.

La muerte de este jóven amigo nuestro, ornato i esperanza de las letras chilenas, ha sido para el Ateneo justo motivo de pesar i de luto. Cuando se trató de fundar esa institucion, Pedro fué uno de los primeros en colocar su firma al pié del acta de compromiso que, para llevar a cabo tan bella idea, suscribieron numerosos miembros de la juventud intelijente i progresista. Fundado el Ateneo, subió mas de una vez a su tribuna, para leernos artículos literarios i estudios críticos brotados de su pluma elegantísima i de su cerebro privilegiado, en que bullian las mas lozanas ideas, iluminadas por la percepcion artístitica mas cabal i delicada.

Escribia con seductora elegancia i con admira-

ble facilidad; sus artículos, llenos de colorido, viveza i frescura, no podian leerse sin cariño ni dejar de aplaudirse con calor. Artista eximio de la frase, la modelaba con opulencia de formas i contornos, dándole la novedad i jentileza que encontraba en los modelos franceses, que eran los de su apasionada preferencia.

En *Los Debates*, en *La Época* i en *La Tribuna* publicó muchos artículos, que fueron adorno i galanura de estos diarios: algunos de esos artículos eran improvisados i escritos al calor de una conversacion sobre estética, hojeando las últimas entregas de las revistas i periódicos extranjeros, i entre el bullicio que rodea las mesas de redaccion de los diarios. Arrastrado por el ejemplo i el éxito de algunos de sus amigos, buscaba en la prensa el lugar adecuado para dar vida i forma a las ideas que hervian en su cabeza, en un lujoso retoñamiento primaveral.

El arte era la fuente predilecta i siempre buscada de su inspiracion. Hablaba i escribia sobre pintura con una posesion i seguridad poco comunes entre nosotros, i tenia un ojo crítico, certero i amaestrado. En mas de una ocasion dió ideas i trazó planes a nuestros artistas para la ejecucion de sus obras; su opinion era acatada por todos,

viejos i jóvenes, porque sabia sentir i espresar el arte, i porque le profesaba culto verdadero i adoracion constante.

La firma *A. de Gilbert*, su pseudónimo definitivo, era ya respetada por los artistas chilenos; i puesta al pié de un artículo, significaba que éste era emanacion de un espíritu empapado en ese arte sincero que solo saben comprender i glorificar unos pocos elejidos.

La escultura tenia para él atractivos i tentaciones vehementes, i si su frágil salud se lo hubiera permitido, pronto, mui pronto, habria podido modelar alguno de sus múltiples i siempre perseguidos ensueños. La música, a la vez que le deleitaba, dábale vigoroso baño de alivio i esperanza, en los momentos de aridez i de vacilacion. La poesía le fascinaba con su brillo i con su ritmo: los versos de sus amigos i de sus poetas predilectos, tenian en sus labios una sonoridad solemne, una vida palpitante i nueva, un perfume delicioso de lozanía i juventud.

Una sensibilidad exquisita, refinada, era la cualidad eminente del temperamento de Pedro, i se revelaba tanto en sus movimientos íntimos i en las expansiones del hogar, como en sus escritos i en sus afectos de amistad. Esa sensibilidad era

natural en él, i se habia ido acrecentando lentamente con sus lecturas, su aficion a las letras i el medio social en que vivia. La misma enfermedad tenaz i demoledora que ha puesto fin a su existencia, contribuyó al desarrollo de este temperamento, dando pábulo a sus inclinaciones artísticas i soñadoras.

Aunque no alcanzó a llegar el talento de Pedro a su completo desarrollo i plenitud, sin embargo, harto se pudo comprender lo que habria sido, si la naturaleza hubiera prolongado los cortos dias de su corta vida.

Entusiasta por todo lo que significa estudio, anhelo i progreso, habria contribuido a aumentar el brillo de las letras nacionales; los artistas habrian tenido en él un alentador decidido i cariñoso, i mas de una corona de gloria habria sido tejida por su mano, siempre dispuesta al aplauso merecido i justiciero.

El porvenir que por delante de sí se presentaba a Pedro, era, por mas de un motivo, envidiable. Él mismo, sin embargo, comprendia a veces, en las horas lánguidas de decaimiento i de fatídica revelacion, que no habria de tocar esos horizontes rosados i fulguerosos; i entónces nos hablaba con íntimo convencimiento i con dulcísima tran-

quilidad, del próximo i prematuro desenlace de su vida.

Ese desenlace se ha efectuado, para desgracia i luto de su hogar, i para íntimo dolor de sus amigos.

Aquí, delante de nosotros, en esta caja negra cubierta de flores, barco fúnebre en que se hace el viaje del cual no se regresa, están encerrados los despojos del que fué nuestro amigo i compañero en las tareas intelectuales. Acerquémonos con piedad i demos a estos restos la postrera despedida, la que los amigos dan con lágrimas en los ojos i oprimido rudamente el corazon.

DON EDUARDO POIRIER

(Encargado de Negocios de Nicaragua)

No creais, señores, que haya venido a esta fúnebre tribuna tan solo por darme la satisfaccion dolorosa de hacer un discurso; ni espereis de mis labios golpes de oratoria ni banales floreos retóricos.

Habla el alma en estos instantes, el alma con-tristada, doliente, huérfana. Sus arranques no son

sino el tristísimo desahogo de un dolor tan amargo como intenso, el cumplimiento de un deber tan imperioso como desgarrador.

¡Ah, señores! ¡Qué triste, qué ominoso año es éste! Ya no es tan solo el árbol secular, decadente i debilitado por los años, el que sucumbe al empuje del huracan formidable: son ahora los renuevos, lozanos i verdes, los que van tambien cayendo a su soplo letal i funesto...

No voi a reseñar la vida de Pedro Balmaceda Toro. Ello seria ocioso. ¿Quién no le conoció, le admiró i le quiso? Dos o tres de los rasgos mas salientes de su individualidad bastan para pintarlo.

¿Sabeis cómo le conocí, cuál fué el lazo de union de una amistad tan leal, abierta i noble como la que nos ligó?

Hallábame a la sazón en Valparaiso. La tuicion que por mi cargo oficial debo ejercer sobre los súbditos del pais que represento, me impone ciertos deberes; i teníame preocupado la idea de facilitar a un distinguido poeta extranjero medios apropiados de dar vuelo a sus facultades en este emporio de actividad literaria.

Me dirigí aquí a colegas i amigos en busca de esos medios. No conocia entónces personalmente

a Pedro Balmaceda, pero éranme notorias su bondad injénita, su talento precoz i su gran corazon. Llamé a sus puertas. Me abrió los brazos. Habíase adelantado a mis deseos i colmádoslos con usura. Ruben Darío, mi recomendado, era ya su compañero, su amigo, i le debía muchos estímulos, muchos alientos en la lucha, muchas resoluciones triunfantes. Pedro Balmaceda le abrió caminos, le introdujo en los buenos i nobles círculos i a las veces dió pan al cuerpo i calor al alma de aquel querido poeta peregrino...

I así era Pedro con cuantos se le acercaban: todo luz, todo corazon, todo cariño.

Tratado íntimamente, se advertían en él pudores i ternezas de mujer, injenuidades i candores de niño. I eso se veía en su rostro hermoso i en su mirada límpida como su alma, que jamas hollaron, ni con el mas leve contacto, el rencor, la envidia o la emulacion.

Se daba por completo i sin reserva. Era todo de su familia, de sus amigos i de los que padecían de necesidad o de angustia. De sí propio jamas se preocupó.

En sus días melancólicos, parecía como si esa alma sintiera las nostalgias íntimas del infinito
¡Cuán lejítimo el dolor de su dignísimo padre,

de su madre abnegada, de su interesante familia!

Desaparecer así, de repente, un niño de veinte años, dotado a tan temprana edad de todos los atributos nobles de la inteligencia i de todas las cualidades excelsas del espíritu!

Todos le conocíais. Los jóvenes de su círculo disfrutábamos del privilegio de las dotes de su ingenio, que ora daba como el que mas, frutos sazonados i vigorosos, ora se desbordaba chispeante i derrochador de sus tesoros. De pluma galana, culta, elegante, nerviosa, de gustos delicadamente artísticos, mereció *A. de Gilbert* ser citado hasta en España como estilista notable i atildado.

¡Qué variedad en ese talento joven, brioso i flexible, lleno de viveza, de vigor i de imágenes fulgurantes!

Era un artista que cincelaba frases, dándoles las formas mas variadas i opulentas.

Con igual facilidad i soltura escribía una crítica sobre arte, sobre música, pintura o bellas letras, como hacia un afilegranado cuento del género de los de Goncourt o Mendès. I estos últimos, a manera de solaz lijero, de retozona gimnasia intelectual, en sus horas de buen humor i como des-

canso despues de trabajos mas serios, meditados i duraderos.

¡Qué grande, qué bella esperanza, tronchada tan de improviso por la muerte!

¡Cómo vienen a mi espíritu ahora los momentos en que, presa de los ataques acerbos de su enfermedad, dirijia nuestro querido Pedro hácia arriba su mirada dulcemente melancólica!

Era que presentia su fin ya cercano i buscaba su celestial morada...

En ella encuentres ¡oh amigo querido! el reposo inefable, la eterna ventura que allí es patrimonio de las almas buenas! Ha sido mui corta tu jornada, pero fecunda en beneficios, jenerosa en efectos, i todavia realzada por los dardos punzadores del martirio, cuya palma es hoi tu premio i tu gloria!...

DON BELISARIO GUZMAN CAMPOS

En plena primavera de la vida,
Cuando alzaba tu númen alto vuelo,
Caiste derribado contra el suelo
Al rigor de la parca encrudecida.

Sin piedad llegó a herirte la homicida,
Cediendo a un egoista, injusto celo;
Privar quiso a tu sien del noble anhelo
De verse, un tiempo, de laurel ceñida.

Cual árbol, que cediendo a los rigores
Del hacha, cuando estaba mas lozano,
Al caer se amortaja entre sus flores,

Caes hoy, escritor tierno i galano;
Pero, pese a la muerte, meritoria
Vivirá en nuestras letras tu memoria.

DON ENRIQUE DEL CAMPO

Señores i amigos:

Al borde de esta tumba, abierta para recibir la envoltura corporal de un alma jóven, buena i soñadora, que voló al cielo, es donde vengo a comprender, oprimido el pecho por el desencanto, la profunda verdad que entraña aquel pensamiento de Lamartine definiendo la vida humana: *El dolor de haber nacido que encierra el dolor de morir!*

¿I cuándo, con mayor razon que ahora, puede

acudir a nuestra mente esta melancólica idea; ahora que vemos, con lágrimas en los ojos i punzadora angustia en el corazón, desaparecer para siempre un espíritu noble i simpático, una inteligencia cultivada i artística, un amigo querido, joven i lleno de lejítimas esperanzas?

Si es verdad que la madre naturaleza no prodigó con él sus tesoros de fuerza i de salud corporal, en cambio i como para resarcirlo de esta pérdida que lo ha traído fatalmente a la tumba, había dotado su espíritu con especialísimos i no comunes dones.

Las elevadas aspiraciones i sentimientos de su alma de artista, lo hacían olvidar, en ocasiones, las flaquezas de la carne; i aun cuando su inteligencia se deleitaba en lo bello buscando en el arte su consuelo i su solaz, la constante i cruel mordedura del dolor físico había llegado a imprimir en su espíritu un melancólico i habitual sello de tristeza i desaliento...

Tal le conocí yo cuando tuve el gusto de estrechar por la primera vez su mano de amigo.

Había nacido para amar i ser amado. Necesitaba afecciones íntimas i lazos sinceros que lo reconciliaran con la vida; i su sér espiritual, dotado particularmente para apreciar el amor i la

belleza en todas sus manifestaciones, sabía descubrir la herida oculta para derramar una lágrima, i el gozo íntimo i efusivo para reír con él...

En sus ratos de charla i esparcimiento, cuando en el seno de la amistad franca i sin ambages, dejaba rodar su simpática i fatigada palabra por el ameno terreno de sus lecturas favoritas, era cuando los que le conocimos i tuvimos la fortuna de tratarle de cerca, podíamos apreciar las felices disposiciones de su clara intelijencia, las delicadezas casi femeninas de su alma de artista, su gusto fino i aristocrático, i en suma, las fundadas esperanzas que claramente dejaba entrever a los que le escuchábamos, de un porvenir no lejano i brillante, cuando el mayor estudio i la experiencia hubieran desarrollado plenamente todas las facultades de su espíritu. Había, si puedo decirlo así, como *paladeado* el arte; i ninguno como él gozaba con sus figuras, sus jiros, sus líneas i sus imágenes.

La literatura contemporánea con sus toques, sus galas i su realista colorido, había educado su gusto; i por eso la asídua lectura de los modernos maestros de la novela le seducía.

Siguiendo acertadamente sus huellas, escribió muchos interesantes artículos que vieron la luz

con jeneral aplauso, en diversos diarios i revistas de esta ciudad; i como la modestia le inclinaba a ocultar su nombre bajo un seudónimo, hubo muchos que, al leerlos, sintieron la curiosidad de conocer el nombre del escritor que así lo disfrazaba.

Tal fué, señores, pintada a grandes rasgos, la interesante fisonomía moral del querido amigo a quien venimos ahora a dar sepultura.

Pudo conquistarse afecciones profundas, porque sabia inspirarlas.

En el hogar, hijo modelo i cariñoso, hermano delicado i tierno. Humilde i modesto en la opulencia, nunca desvanecido por la atmósfera de las alturas, i siempre dispuesto a reconocer i a apoyar al talento desvalido, donde quiera que se le presentara.

¡I todo esto es solo ahora un recuerdo! I todo esto se ha reducido a un inerte i miserable vaso terrenal, que mañana se tornará en gusanos!

¡Ah! señores, cuánta razon tenia yo al decirs que Lamartine dijo verdad, al definir la vida, como *el dolor de haber nacido que encierra el dolor de morir!*...

Pero, ¡qué importa que la materia se aniquile i perezca, cuando el alma es inmortal! ¡La tuya,

amigo Pedro, debe gozar en estos momentos de la eterna mansion de la luz!

Al darte nuestro último adios, envíanos desde allá, consuelo i fortaleza para seguir luchando.

¡Ya tu cuerpo, que tanto sufrió, descansará en paz a la sombra bendita de la cruz!...

DON ALFREDO IRARRÁZVAL

Señores ¡cuántas veces a la tarde
Hemos visto pasar las hojas secas
En las alas heladas de las brisas,
Que no sé a qué rejion corren con ellas!

Pero tambien, al despuntar el alba,
Nunca pudimos contemplar sin pena
Que el viento arrebatara los retoños
I llegase a arrancar las hojas frescas.

Entre la cuna que meció a mi amigo
Cuando le vino a herir la luz primera,
I el ataud, la cuna de otra vida,
Que en este instante para él comienza,

No ha habido, en realidad, mayor distancia
Que desde una ilusion grata i risueña

A una fria decepcion amarga.
De la cuna al sepulcro... ¡un paso apénas!

Próxima el ave a remontar el vuelo,
Dejar el nido i traspasar la selva,
Plegó las alas i apagó sus trinos
En el sudario de la muerte envuelta.

Se durmió en la ribera de la infancia
I ha despertado en la ribera opuesta,
Sin conocer el choque de las olas
Ni sufrir el rigor de las tormentas.

¡Feliz aquél que cruza el Oceano
Sin ver tronchada su ilusion primera!
¡Bendigamos a Dios, pues ha querido
Que mi amigo hasta Él llegue con élla!...

No teniendo otro espejo que su alma
Franca, sencilla, jenerosa, abierta,
No vió, Pedro, en su paso por la vida.
(¡Mil veces feliz él!) sino almas buenas.

Unia Pedro a su talento claro
I a su vasta instruccion, esa modestia

Que es a ciertas almas delicadas
Lo que el suave perfume a las violetas.

I en su rápido paso por la vida
Despertar supo esa amistad sincera
En nombre de la cual vengo a este sitio
A darle yo mi despedida eterna.

DON CÁRLOS L. HÜBNER

Señores:

Antes de entregar a la tierra los restos mortales de Pedro Balmaceda, debo, en la amistad que nos unia, cuatro palabras a vosotros que venís como yo, a rendir este último homenaje.

Rápido fué su paso por la vida, i como el meteoro, dejó ancho raudal de brillo i de recuerdos; de brillo, en cien pájinas que ilustraron diarios i revistas; de recuerdos, en cien corazones que, no como el suyo, laten aun, pero sí oprimidos i sollozantes.

Fué el primero entre su círculo por el poder de su talento, por la vivacidad elegante de su ingenio, por la franca espontaneidad de su carácter;

i es tambien el primero que nos deja, el primero que ha caido a la tumba, el primero que coloca el infinito entre su alma i nuestras almas.

Cedió temprano en el combate terrenal; su débil envoltura cayó luego bajo la implacable gadaña de la muerte i dejó escapar aquel espíritu vigoroso i bello, abierto a todas las ideas grandes i templado para todo sentimiento jeneroso.

No hace mucho tiempo estuve a verle; le pregunté por su salud. «Mala está, me dijo; aguardo de un momento a otro, un ataque que me lleve.» I pronunció estas palabras con la voz entera, sin un pliegue en el rostro.

Poseia ese frio valor que requiere la lucha con la muerte. ¡Quién hubiera imaginado esa enerjía, la verdadera enerjía, en aquel carácter tan hermoso, en aquel niño sonriente, que, con su alma de artista, parecia venido al mundo para gozar de todas sus delicias, sin apurar una sola gota de hiell...

Pero el destino, que inmola con fria crueldad los mas cariñosos ideales, no podia dejar entre nosotros a un sér tan excepcionalmente dotado. Ni quiso siquiera que se pudiese entrever una esperanza, i por eso, desde hace años, se alzó visible, como permanente espectro, el mal que debía

llevar a Pedro, apenas despertado a la vida, paso a paso, hasta su temprana tumba.

¡Querido Pedro! el hielo de la muerte ha sellado tus labios i aterido tus miembros; ¡en cambio, tu memoria vive y vivirá siempre, guardada con caluroso afecto en el corazon de tus amigos!

¡Dejar un recuerdo de amor i de cariño no es morir! ¡La muerte es la nada!

DON LUIS ROJAS SOTOMAYOR

El año 1889, que deberia ser para nosotros de público regocijo, como lo es para todos los pueblos republicanos, nacidos a la vida independiente al calor de las grandes ideas que, hace ya una centuria, hicieron su aparicion en la escena del mundo, ha sido, por una suerte desdichada, un año fatal i de memoria infausta para los hijos de esta tierra.

Durante este relámpago de tiempo, ¡cuántos hombres ilustres se han hundido en las rejiones insondables del mas allá, cubriendo a la patria chilena con los fúnebres crespones de un duelo nacional!

La química i la mineralojía perdieron a Do-

meyko; despues bajó a la fosa el ilustre físico i eminente jeógrafo Pissis; cayó en seguida Vergara, astrónomo i hombre público distinguido; siguióle breves días el brillante profesor de derecho Huneeus, sabio jurisconsulto i notable estadista.

No bastó a la fatalidad este ópimo tributo de luminosos talentos, escojido en la primera fila de nuestro mundo intelectual, i tambien exijió el suyo a la ilustrada i progresista juventud de la capital de Chile.

A la vanguardia i entre los mejores, figuraba un jóven, casi un niño—cumplia hacia poco los veinte años—que ya se atraia poderosamente la atencion de sus compañeros en esa época de la vida en que el hombre, no habiendo todavía traspasado los umbrales de la pubertad, dedica toda su atencion e intelijencia a las infantiles distracciones de esa edad encantadora.

Al abandonar las aulas de un colejio de humanidades ingresó en un círculo de mozos entusiastas, recién organizado, que tenia por objeto, aparte de una de esas idealistas i fraternales relaciones de amistad sincera que acarician los corazones jóvenes, el cultivo de las ciencias, las bellas letras i las artes, en todas sus manifestaciones.

Despues de una labor tan corta como fructífera

dejó de existir nuestro círculo —¿hai algo durable en nuestro planeta?—pero los lazos de esa amistad nacida al calor de tan nobles sentimientos, se hicieron cada día mas indisolubles, i el cariño entusiasta del niño se trasformó en la amistad seria i profunda del hombre que entra a la vida con algunas ilusiones de ménos, pero, en cambio, con mas sentido práctico i con la suficiente experiencia para saber pesar en la balanza de precision del buen sentido, los quilates de verdadera amistad de los afectos juveniles.

Casi todos los que tuvimos el honor de formar parte de ese centro, salimos incólumes de esas *horcas caudinas* i, hasta el presente, hemos mantenido con la comunión fraternal de los amigos, las íntimas i cariñosas relaciones de los compañeros de trabajos intelectuales.

«La juventud es confiada» dice un conocido adajo, el cual tiene, a mi juicio, indiscutible razon.

En nuestros sueños ambiciosos de porvenir i gloria ¿quién soñó alguna vez con la desaparicion de alguno de los compañeros de trabajo i esperanzas?

¡Ninguno! En cambio, todos esperábamos subir unidos la escala de los honores i de la fama, abrigando la noble i jenerosa esperanza de dar

la mano al que la suerte hubiera rezagado en nuestro camino; que el lema de nuestra asociación era: *Todos para uno i uno para todos.*

¿Cómo, pues, hubiéramos imaginado que tú, amigo inolvidable, ibas a abrir en nuestras filas la primera brecha, dejando un claro que jamás será llenado dignamente?

Contigo, amigo querido, se ha derrumbado una de las más bellas esperanzas de nuestra joven literatura.

¿Quién, en nuestra patria, ha escrito a tu temprana edad, esos delicadísimos i encantadores cuentos que podrian llevar la firma de los Goncourt i de Catulle Mendès; esas artísticas i brillantes revistas de teatro i bellas artes, que con tanta justicia llamaron la atención de los inteligentes; i esas espirituales i galanas traducciones de los ingenios franceses, que vertiste a nuestro idioma con todo el sabor de estilo i el brillo i lijereza de la forma?

Pero ¿a qué hablar del talento literario i artístico tan ventajosamente conocido en Chile i aun en el extranjero, del joven escritor que ocultó modestamente su ya envidiable personalidad, bajo el seudónimo de *A. de Gilbert*?

Esos méritos son conocidos de todos vosotros; pero quizás no conoceis bastante las prendas mo-

rales que adornaron al malogrado jóven, cuyos restos encerrados entre las cuatro tablas de ese féretro, van a dormir en este camposanto el sueño de que jamas se despierta.

Pedro Balmaceda, señores, fué uno de esos hombres de alma de luz que se conquistan un sitio importantísimo en la historia de su país, cuando no caen, segados en flor, al rudo embate del viento del destino.

Tenia un noble i jeneroso corazon. Lleno de ilustracion i buen sentido, a la par que indulgente i afectuoso con sus amigos, supo granjearse, entre nosotros, un puesto de primera fila, llegando a ser en breve el alma de nuestra pequeña sociedad.

Triste es ver troncharse en los albores de la juventud una existencia que era una esperanza para la patria; pero mas desconsoladoramente triste es ver en un hogar ilustre i en el seno de un grupo de amigos unidos estrechamente por los vínculos de fraternal i desinteresado afecto, el sitio que deja para siempre vacante el que ha caido en los surcos de la vida al inconciente golpe de la muerte.

La pérdida que deploramos significa, señores, un duelo público para la juventud chilena.

Las letras han perdido uno de sus mas entusiastas propagadores i el país un ciudadano noble

e ilustrado que hubiera consagrado su existencia a su adelanto material e intelectual.

A nombre de ese antiguo círculo, a que perteneció Pedro Balmaceda, doi a ese amigo inolvidable i compañero querido, los adioses de la partida a un mundo, en donde, tarde o temprano, volveremos a reanudar los lazos que nos ligaron en esta vida transitoria.

No diré, pues, a mi amigo "*adios para siempre,*" como el novelista frances en la tumba de Lamartine; tengo el consuelo de poder decirle: "*¡Amigo mio, hasta luego!*"

DON MANUEL J. HERRERA S.

Señores:

Agobiado el espíritu por la desaparicion sucesiva de la escena de la vida, de los hombres mas notables del pais, nos es doblemente triste ver en estos solemnes momentos que la muerte, con su eterno llanto, nos ha arrebatado al distinguido i bondadoso jóven Pedro Balmaceda Toro.

Figura fresca, amable i risucña, representaba la intelijencia de la juventud chilena, i en su ce-

rebros bullian las nobles ideas i de sus labios fluia siempre la palabra rápida i chispeante.

La elevacion de su carácter, la exquisita corte-sía de maneras que le adornaban, i su alma siempre abierta a las inspiraciones de lo bueno, conquistáronle pronto, i a pesar de sus pocos años, el aprecio i estimacion de la sociedad de Santiago.

Llóralo hoi con honda pena la juventud, i con ella el pais entero, que con su muerte ve desaparecer una de sus mas risueñas i caras esperanzas del porvenir.

¡Que la tierra le sea lijera; i que esa tumba prematuramente abierta, sirva en lo futuro de nobles ejemplos i de nobles enseñanzas a las almas juveniles!

DON CLEMENTE BARAHONA VEGA

Señores:

Al borde de esta tumba, que sorprendida va a recibir el sagrado depósito que condolidos le traemos, permitidme recordar una virtud del querido muerto, virtud que, en mi concepto, contribuia mas que cualquiera otra a enaltecerlo, i la que con mayor fuerza ha inducido a que se tribute a

sus restos un tan espléndido homenaje como el que presenciarnos.

Pedro Balmaceda Toro, es cierto, a pesar de sus cortos años, agotando i aniquilando a sabiendas su enfermiza i frágil naturaleza, pudo conquistarse un alto puesto en el bello campo de la literatura. Como pincelista de la pluma, como autor de preciosos artículos que se leían con delectación, como orador de palabra fácil i galana, como crítico ilustrado de música i pintura, se hizo aplaudir, se hizo admirar.

Pero como amigo i compañero, consiguió mas: se hizo querer, se hizo amar.

No es éste privilegio de todas las almas. No todos tienen ese influjo suave i grato para granjearse un espontáneo cariño, ni todos sellan sus relaciones con tan envidiable timbre de oro.

Nacido en un alcázar acariciado por la fortuna, viviendo entre los esplendores del poder que fascina, respirando en un ambiente de comodidades i ternísimos i solícitos cuidados, dueño de dos nombres ilustres, Pedro Balmaceda Toro tuvo el tacto esquisito de acrecentar la herencia de carácter caballeresco i bondadoso de sus padres.

Fué amable con todos, con todos fué cortes; a

nadie interrogó por su linaje ántes de tenderle la mano.

Guiado por sabias inspiraciones, con la experiencia suficiente que habia adquirido en la asidua lectura, habia llegado a formarse un hermoso i ejemplarizador programa de vida social. Sabia él que las democracias modernas van borrando las fronteras de castas; que ya no deben existir líneas divisorias entre los hombres; que en una república como la nuestra, que diestramente dirigida entra por la ancha vía de la libertad i de la igualdad, todos necesitamos de todos; que en la colmena del trabajo, los esfuerzos de los grandes i de los poderosos requieren los esfuerzos de los humildes i de los débiles para que el progreso se arraigue i fructifique. I sabiéndolo i estimándolo en su justo valor, era afectuoso con unos i otros, a unos i otros trataba con igual benevolencia i afabilidad, con unos i otros departia con la misma sonrisa que aun la muerte no pudo destruir al darle el último i terrible asalto...

Poseyó Pedro Balmaceda Toro esa brillante i rara virtud, que despertó entre los que lo trataron de cerca o de léjos una profunda simpatía.

Si por sus preclaras dotes de intelijencia, quedará su nombre estrechamente vinculado al li-

sonjero renacimiento de las letras, por sus sobresalientes dotes de corazón, su memoria será alabada siempre; i aquí, en su sepulcro, no habrá viento profano que arrastre i confunda en el torbellino de las hojas mustias i secas, las flores del sincero afecto que le profesábamos.

DON LUIS ORREGO LUCO

Señores:

Con la autoridad de un viejo afecto, que comenzó siendo niño i que aun no ha terminado, vengo a decir adios al amigo i al artista.

Los que le conocieron de cerca han podido ver una intelijencia clara, una imajinacion extraordinaria i un carácter notable encerrado en un cuerpo débil i enfermizo. I en ese combate vencía a menudo lo impalpable, lo impercedero, lo ideal. En medio de sus dolores hallaba siempre libres las horas del corazón, esas inolvidable horas que consagró a los amigos i al cultivo de las letras. El arte era la mitad de su vida; sin él quizás hubiera acabado mucho ántes esa existencia que tenía tan pocos instantes felices en medio de tantos desgraciados. La pintura, la música, sobre

todo, las bellas letras, lo atraian como un consuelo i como espresion de un mas allá; daban el remedio supremo a su amargura, permitiéndole beber ámpliamente la copa de la esencia de la vida. El arte fué el amor de sus amores.

Ha muerto feliz, rodeado de los suyos que lo amaban entrañablemente; ha muerto sin sentir las aflicciones morales de la vida, sin ambicion alguna, sin haber hecho mal a nadie. ¡Hermoso i envidiable término, que mui pocos alcanzan! En esta hora de separacion necesaria desearia poder manifestar ese cariño estrecho de tantos años, que ha incrustado su nombre en mi existencia con recuerdos que no se borrarán.

Pasarán los dias i ninguno de los que le conocimos de cerca, olvidará esa alma llena de aspiraciones elevadas, esa intelijencia brillante que vió confundidos a un tiempo el ocaso con la auro-
ra; ese noble amigo.

DON CÁRLOS A. GUTIÉRREZ

Au banquet de la vie, infortuné convive,
J'apparus un jour et je meurs;
Je meurs, et sur ma tombe, où lentement j'arrive,
Nul ne viendra verser des pleurs.

A. DE GILBERT

Nunca cual ora se cumplió en mi patria
Con mas rigor la helénica sentencia:
«¡Jóven muere el amado de los dioses!»
Te amaron i la tumba ya te encierra.

Como el bardo frances, brillaste un dia;
Mas débil, como flor de primavera
Que el menor soplo de la brisa agosta,
Tu cuerpo jóven se inclinó a la tierra.

Prediciendo tu fin, su triste nombre
Ligaste con el tuyo en tu existencia,
Él llevó en la batalla de tu vida
Alta siempre i triunfante la bandera.

Como él de nobles sentimientos, puros,
Como él de corazon, como él poeta,
Cual meteoro fugaz, cruzaste el mundo,
Tal vez guiado por su misma estrella.

Tú mas feliz: tu vida mas hermosa
Porque el amor te cobijó en su tienda;
Tú mas feliz porque al morir tan solo
Abandonaste la mansion paterna.

Porque una madre a tu postrer morada
Vendrá a verter sus lágrimas mas tiernas,
I como ella el amigo, i el que solo
Pudo admirar tu viva intelijencia;

Tú mas feliz porque ornarán tu tumba
Bellas guirnaldas del cariño emblemas
I se verán en ella siemprevivas
Enlazadas con rosas i con hiedras;

Yo, el que ménos, tambien al campo santo
Vengo a depositar mi pobre ofrenda;
Con sincero dolor sobre tu fosa
Hoi traigo una violeta.

Humilde flor que del jardin estraña,
Del mundo al huir se esconde entre la yerba
Que guarda, empero, del cariño, oculta
En su cáliz purísimo, la esencia.

La ofrenda que dedico a tu memoria
No es hija, nó, de escoria de la tierra,
Es de aquellas que nacen en los pechos
Cuando la savia del dolor las riega.

FIN



ÍNDICE



	Pájs.
PEDRO BALMACEDA TORO (A. DE GILBERT). PRÓLOGO, por M. Rodríguez Mendoza.	V

PRIMERA PARTE

Hamlet.	3
Otello.	19
Romeo i Julieta.	27

SEGUNDA PARTE

El salon de 1886.	39
Sobre pintura.	63
Los cuadros del señor don Alberto Orrego Luco.	83
Los dioses que civilizan.	87
Los artistas chilenos en el último salon de Paris.	101

TERCERA PARTE

La semana en Santiago.	107
--------------------------------	-----

Paris-Santiago.	119
Paris raro.	127

CUARTA PARTE

La relijion en el arte.	139
La novela social contemporánea.	157

QUINTA PARTE

Pinceladas.	211
Románticos i bohemios.	221
Alberto Blest B.	233
Guajardo.	241
Por las playas.	247
Camino del sol.	259
Las violetas.	266
La marcha nupcial.	277
Los salones literarios.	285
Un naufragio.	297

SESTA PARTE

El juicio de la prensa.	319
Homenaje del Ateneo de Santiago.	337
Discursos i composiciones poéticas.	343

